



Cristología

Doctrina de la Persona y Obra de Cristo

Gabriel Ferrer Ruiz
Yolanda Rodríguez Cadena



Sello Editorial
**UNIVERSIDAD
DEL ATLÁNTICO**



CRISTOLOGÍA

Doctrina de la Persona y Obra de Cristo

Gabriel Ferrer Ruiz
Yolanda Rodríguez Cadena

Universidad del Atlántico
Barranquilla 2020

Catalogación en la publicación. Universidad del Atlántico. Departamento de Bibliotecas

Ferrer Ruiz, Gabriel-Rodríguez Cadena, Yolanda.

Cristología: doctrina de la persona y obra de Cristo / Gabriel Ferrer Ruiz, Yolanda Rodríguez Cadena. – 1 edición. – Puerto Colombia, Colombia: Sello Editorial Universidad del Atlántico, 2020.

235 páginas. 17x24 centímetros.

Incluye bibliografía

ISBN 978-958-5131-14-9

1. Jesucristo -- Enseñanza 2. Jesucristo – biografías 3. Cristianismo. I. Autor. II. Título.

CDD: 200 F385

CRISTOLOGÍA

Doctrina de la Persona y Obra de Cristo

© Universidad del Atlántico, Septiembre 2020

© Gabriel Ferrer Ruiz , Yolanda Rodríguez Cadena

ISBN: 978-958-5131-14-9

Universidad del Atlántico- Uniatlántico

Puerto Colombia, Colombia

Tel: PBX (57) (5) 3852266

Corrección de estilo, diagramación e impresión:

Xpress Estudio Gráfico y Digital

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra y su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin autorización escrita de la Universidad del Atlántico y sus autores.

Tabla de Contenido

Introducción	5
Capítulo 1	
La doctrina cristológica en la historia	9
1.1. La doctrina cristológica en la Biblia	9
1.2. La doctrina cristológica en la historia humana	70
Capítulo 2	
Los nombres y títulos de Cristo	77
Capítulo 3	
Deidad y atributos de Cristo	101
3.1. Naturalezas de Cristo	101
3.2. Hechos que confirman la deidad de Cristo	105
3.3. La Unipersonalidad de Cristo	111
Capítulo 4	
El ministerio terrenal de Cristo	113
4.1. El nacimiento de Cristo: genealogía de Jesús	113
4.2. El ministerio de Cristo: sus inicios	114
4.3. El ministerio de Cristo: predicación y enseñanza	117
4.4. Ministerio de poder: los milagros	134
4.5. La muerte de Cristo	137
4.6. La Resurrección de Cristo	157

4.7. La Ascensión	172
Capítulo 5	
Los estados de Cristo	177
5.1. El Cristo antes de la Encarnación: la preexistencia	178
5.2. Estado de humillación	179
5.3. El Cristo ascendido y sentado a la diestra de Dios: el estado de exaltación	187
5.4. El Cristo que vuelve	188
5.5. El Cristo que reina	192
Capítulo 6	
La obra de redención de Cristo: expiación, justificación, reconciliación, salvación	197
6.1. La expiación en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento	199
6.2. Errores en la concepción de la expiación	205
Capítulo 7	
Los oficios de Cristo	211
7.1. Los oficios de Cristo: Profeta, Sacerdote y Rey	211
7.2. Oficios de Cristo en el ministerio actual	225
Bibliografía	231

Introducción

La cristología es la doctrina que estudia la persona y obra de Cristo. Se ocupa de temas como su deidad, atributos, estados y oficios, además de la obra de redención, propiciación, reconciliación y salvación que llevó a cabo con su muerte, entre otros tópicos. En este libro, trataremos estos contenidos a partir del estudio de la Biblia y de la revisión bibliográfica y crítica de varios autores.

Estudiar a Cristo es un privilegio, pues Él es el centro de la Biblia, de la Tierra y de todo el Universo. El contenido de las Escrituras apunta hacia nuestro Señor glorioso; Él es la persona más importante de toda la historia de la humanidad; en Él estamos completos y en Él habita toda la plenitud de la deidad (Col 2: 9). Jesús es nuestro Salvador y Señor en quien tenemos salvación, pues Él nos libró del pecado y de la muerte. El evento más importante de la historia de la humanidad es la primera venida de Cristo a esta Tierra, cuando se cumplieron los tiempos establecidos por el Padre en su sola potestad (Gá 4: 4-5). El nacimiento del Señor trajo luz a este mundo; en su introducción en la Tierra, Dios mostró su gracia, su gloria, su misericordia, su bondad, su benignidad y su amor. El Evangelio se resume en ese hermoso versículo de Juan 3: 16. "Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo

unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda mas tenga vida eterna”.¹

Antes de la venida de Cristo a este mundo, la humanidad no podía tener acceso al lugar santísimo en el cielo; los que murieron bajo el Antiguo Pacto, lo hicieron con la mirada puesta en el Mesías que vendría; su fe fue guardada para cuando Él se manifestara y pagara el precio del pecado delante del Padre. Cristo nació, caminó entre los seres humanos, siendo rico se hizo pobre, se despojó a sí mismo humillándose hasta lo sumo, probó la muerte, pero fue exaltado por el Padre; por ello, delante de Cristo, se doblará toda rodilla y toda lengua confesará que Él es el Señor para la gloria de Dios Padre (Fil 2: 6-11). En la primera venida de Cristo a la Tierra, se rompió el velo que impedía el acceso al lugar santísimo (Heb 10: 19-20).

En este libro nos acercamos al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo mediante el estudio de su persona y obra en las Escrituras. Las indagaciones se plasman en 7 capítulos distribuidos así:

Capítulo 1: “La doctrina cristológica en la historia”, en el cual se analiza dicha doctrina en el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y en la historia humana.

Capítulo 2: “Los nombres y títulos de Cristo” en el que se estudian algunas designaciones usadas para referirse al Señor en la Biblia, con sus respectivos significados.

Capítulo 3: “Deidad y atributos de Cristo”, en el cual se argumentan sus naturalezas humana y divina, los hechos que confirman su deidad y la unipersonalidad de Jesús.

Capítulo 4: “El Ministerio terrenal de Cristo” donde se analizan los eventos de su nacimiento, los inicios de su ministerio, su predicación

1 En este libro, usaremos las citas de la Biblia Reina Valera 1960, por ser la versión más usada por el pueblo hispano; pero citaremos otras versiones basadas en el *Textus Receptus* (TR).

y enseñanza, sus milagros, al igual que la muerte, resurrección y ascensión de Cristo.

Capítulo 5: “Los Estados de Cristo” en el que se estudia su preexistencia, encarnación, exaltación, su Segunda Venida y su reinado Milenial y Eterno.

Capítulo 6: “La obra de redención de Cristo: Expiación, justificación, reconciliación y salvación”, en el cual se detalla cómo esta obra trajo salvación y vida eterna a la humanidad pecadora.

Capítulo 7: “Los oficios de Cristo” en el que se analizan sus oficios de Profeta, Sacerdote y Rey, al igual que su ministerio actual. Esperamos que este libro sea un aporte a la cristología en habla hispana.

CAPÍTULO 1

La doctrina cristológica en la historia

En este capítulo, analizaremos cómo aparece la doctrina cristológica en la Biblia y en la historia de la humanidad. Escudriñaremos el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, e indagaremos las perspectivas que sobre Cristo se han elaborado en las diferentes épocas. Es necesario aclarar que este capítulo no tratará el tema exhaustivamente, debido a que no es el tema central del libro, sino que cumple la función de marco histórico aclaratorio que contextualiza el estudio doctrinal, el cual es el tópico central.

1.1. La doctrina cristológica en la Biblia

1.1.1. La cristología en el Antiguo Testamento

El conocimiento de la persona y obra de Cristo ya aparece en el Antiguo Testamento, pues al ser Dios tiene existencia eterna desde antes de su encarnación; por ende, se revela en las Escrituras desde el principio. En este apartado, estudiaremos esta temática.

1.1.1.1. La cristología en el Pentateuco

En Génesis 3: 15 encontramos lo que algunos han denominado el “protoevangelio” o “la Biblia en embrión” (*Biblia Siglo XXI, 1999*, p. 15), debido a que se hace énfasis en tres hechos:

1. En la mujer que fue engañada y es madre de todos los vivientes (Gn 3: 20); pero se establece que de ella nacería Cristo, su Simiente, y no la del varón, pues se sabe que este es el que aporta la semilla en la concepción biológica (semen) de todos los seres humanos; pero, en el caso de Cristo, fue la mujer por cuanto la herencia de pecado entra por el varón, pues con este fue que Dios hizo el Pacto Edénico y su desobediencia tuvo como consecuencia la entrada del pecado a la humanidad (Ro 5: 12; 1 Co 15: 21). En Génesis 3: 15 también hay un anuncio del nacimiento virginal que ocurrió en el cumplimiento de los tiempos establecidos por Dios, porque el hijo que estaba en el vientre de María fue concebido por el Espíritu Santo (Mt 1: 20).
2. Un segundo hecho es la lucha entre el bien y el mal, entre el hombre y las fuerzas satánicas, entre el Pueblo de Dios y el sistema del mundo guiado por el diablo.
3. El tercer hecho es la victoria de Cristo sobre Satanás; el Señor fue traicionado (herido en el calcañar) por obra del diablo, tal y como se establece en el Salmo profético 41: 9: “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, / Alzó contra mí el calcañar”, el cual es citado por Cristo en Juan 13: 18, “mas para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar”; pero Cristo triunfó en la cruz, exhibiendo públicamente las potestades y los principados (Col 2: 15); Satanás fue herido en la cabeza. Esta victoria continúa y continuará hasta cuando el diablo sea arrojado en el lago de fuego (Ap 20: 10).

En Génesis 12: 2-3 también encontramos contenido cristológico en la promesa que Dios le hace a Abraham, específicamente cuando dice: “Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Gn 12: 3). Esta referencia se reitera en Génesis 18: 18. El significado apunta a la Simiente de Abraham quien es Cristo, como dice la Epístola a los Gálatas: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu

simiente, la cual es Cristo” (Gá 3: 16). Nuevamente en Génesis 21: 12 se enuncia la descendencia de Abraham en Isaac: “No te parezca grave a causa del muchacho y de tu sierva; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque en Isaac te será llamada descendencia”.

En Génesis 17: 19 se revela la cristología a través del pacto perpetuo que recibirían los descendientes de Isaac, cuyo cumplimiento ocurrirá en el Milenio y en el Reino Eterno, cuando Cristo se sienta sobre el trono de David y reine mil años, después del período de la Tribulación de siete años en su segunda venida. La referencia aquí es al oficio del Señor como Rey, el cual le pertenece al igual que el de Sacerdote y Profeta; este tema lo analizaremos en el último capítulo.

En Génesis 22: 8, en la narración del sacrificio de Isaac solicitado por Dios a Abraham, se prefigura el sacrificio de Cristo: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah” (Gn 22: 2). Vemos aquí un tipo de Cristo, pues Dios ofreció a su unigénito, a su hijo amado, Jesús: “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn 3: 16).

En el libro de Génesis también se aprecia la cristología en las profecías:

1. En la de Jacob acerca de sus hijos la cual habla de la venida de Cristo, Siloh, a quien se congregarán los pueblos (Gn 49: 10).
2. Y en la que aparece en Números 24: 17 donde se hace referencia a Cristo con el nombre “estrella de Jacob”, como cetro de Israel, una clara alusión al reinado milenial de Cristo.

La cristología también se revela en el Pentateuco a través de las siete fiestas de Jehová. Veamos (*Biblia Siglo XXI*, 1999, pp. 164-165; Booker, 2016):

1. Fiesta de la Pascua (*Pesah*) (Éx 12: 1-28, 43-49; Lv 23: 5; Nm 28: 16; Dt 16: 1-8). Se llevaba a cabo durante la tarde del día 14 de Nisán

(*Abib*), el primer mes del año bíblico (marzo-abril). El propósito es conmemorar la liberación de los israelitas de la cautividad egipcia; también rememora que Dios pasó de largo por las casas y libró a los primogénitos de los israelitas, pues ellos pusieron la sangre en los dinteles de sus casas, la cual prefiguraba la sangre de Cristo (Éx 12: 27). Esta fiesta la cumplió Jesús con su crucifixión justamente en esa fecha del mes de Nisán. Pero antes el Señor cumplió cada detalle, cada instrucción dada a los israelitas cuando se instituyó por primera vez la Pascua antes de salir de Egipto; por ejemplo, el Señor les dijo que el día diez de Nisán apartaran un cordero y Jesús entró justamente el día diez en Jerusalén aclamado por las multitudes; ese día estaba siendo “apartado” como cordero pascual. El significado profético es Cristo como nuestro cordero pascual (Jn 1: 29; 19: 36; 1 Co 5: 7; 1 P 1: 18-19). También prefigura la cena del Señor (Mt 26: 17-29; Mr 14: 12-25; Lc 22: 7-20) y la fiesta de las bodas del cordero (Mt 26: 29; Mr 14: 25; Lc 22: 16-18).

En el capítulo 12 de Éxodo se describe la fiesta de la Pascua y los detalles se refieren a Cristo: “En el diez de este mes [Nisán] tómese cada uno un cordero” (Éx 12: 3); el diez de Nisán es la fecha en que Jesús, el Cordero de Dios, se iba a presentar en Jerusalén mediante su entrada triunfal: “Tomarán parte de la sangre y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las puertas de las casas” (Éx 12: 7); la sangre se colocaba, entonces, en la parte superior y a ambos lados de la puerta, con lo cual se simbolizaba la cruz; la sangre representa la sangre de Cristo. El cordero se preparaba entero de manera que no se le quebraba ningún hueso; esto rememora que a Cristo no se le quebró ningún hueso (Jn 19: 36).

2. Fiesta de los panes sin levadura (*Matsot*) (Éx 12: 15-20; 13: 3-10; Lv 23: 6-8; Nm 28: 17-25; Dt 16: 3-8). La ausencia de levadura simboliza la santidad, la no contaminación; por ello es un tipo de Cristo, pues el Señor nunca tuvo pecado (Heb 4: 15) y pudo ser la ofrenda perfecta delante de Dios Padre por nuestros pecados de

tal manera que nos presenta inocentes, no culpables, libres de la deuda que pesaba en contra nuestra. Las demandas de justicia y santidad de Dios son cumplidas en Cristo en favor nuestro, lo cual se denomina nuestra justificación. Pero el sacrificio de Cristo y la consecuente imputación de su justicia sobre los que lo reciben y creen en Él no solo llega hasta allí. Dios quiere que adquiramos la imagen de su Hijo Jesús, que tengamos su carácter; y esto se relaciona también con la fiesta de los panes sin levadura. Ahora bien, la fiesta ordenada por Jehová era la siguiente: el día 14 de Nisán era la Pascua y a su vez era la preparación para la fiesta de los panes sin levadura que tenía lugar el día siguiente, el 15 de Nisán, el cual era un sabbat considerado como un “alto sabbat” o “sabbat de gran solemnidad” (Lv 23: 6-7; Jn 19: 35). Esta fiesta recordaba el día en que los hebreos salieron de Egipto apresuradamente y no tuvieron tiempo de hacer su pan, por tanto, llevaron la masa sin levadura, pues esta simboliza la esclavitud en Egipto, el sistema mundano contrario a la Palabra de Dios (Éx 13: 3-7).

Antes de la fiesta de la Pascua y de los panes sin levadura, en cada casa se debía remover toda levadura, lo cual se hacía lavando escrupulosamente todo lo que estaba en la casa, incluso utensilios, paredes, techo, etc.; había entonces una “búsqueda de la levadura” y durante la noche el jefe del hogar tomaba una lámpara y buscaba diligentemente en cada rincón de la casa por si había algún rastro de levadura escondida en alguna parte. Si la hallaba entonces tomaba una pluma para removerla y luego una cuchara de madera para recogerla de tal manera que él no la tocara y se contaminara; una vez recogida la levadura, era puesta en un bolso y luego quemada junto a la pluma y la cuchara. Después de esto, el jefe de la casa pronunciaba una oración en la que le pedía a Dios el perdón por la levadura escondida y que había sido pasada por alto. Todo esto simboliza la santidad, la santificación, la pureza y la limpieza que debe tener todo hijo de Dios lavado en la sangre de Cristo, el Cordero pascual.

3. Fiesta de los primeros frutos (*Bikkurim*) (Lv 23: 9-14). Esta fiesta se celebraba un día después de la de los panes sin levadura, después de un sabbat, es decir, el domingo, y consistía en llevar al templo una gavilla por primicia de los primeros frutos de la siega de la cebada. El sacerdote mecía la gavilla delante de Jehová, para que el oferente fuera acepto. La fiesta de los primeros frutos simboliza la resurrección corporal de Cristo (1 Co 15: 20-23) y señala el comienzo de la cosecha de almas que vendría después. El cumplimiento profético de la fiesta no es solo la resurrección de Cristo, sino también de todos los muertos en Él que se levantarán el día del arrebatamiento de la Iglesia, y serán medidos como ofrenda santa delante del Señor.

4. Fiesta de Pentecostés (*Shavuot*) (Éx 34: 22; Dt 16: 10). Esta fiesta tuvo su cumplimiento cuando el Señor Jesús subió al trono de Dios después de haber resucitado en gloria. Él se refiere a la relación entre este hecho y la fiesta cuando habló de su glorificación y usó la metáfora del grano de trigo que cae en tierra, muere y luego lleva mucho fruto: Jesús les respondió diciendo: “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Jn 12: 23-24). Él sería el grano de trigo que moriría por los pecados de la humanidad y luego resucitaría como la primicia del fruto. Para la fiesta de Pentecostés, se contaban cincuenta días desde la fiesta de los primeros frutos; esto se cumplió exactamente en el Señor Jesucristo, pues transcurrieron exactamente cincuenta días después de su resurrección cuando Él envió al Espíritu Santo sobre los discípulos el día de Pentecostés: “Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dije, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hch 1: 4-5). El derramamiento del Espíritu Santo cincuenta días después de la resurrección de Jesús fue la prueba

de que fue exaltado en gloria como Señor y fue el evento profético cumplido mediante el cual la Iglesia recibía poder para ser testigos en toda la Tierra (Brooker, 2016); por tanto, el Pentecostés apunta a la gran cosecha de almas, tanto judías como gentiles, que se convertirían durante la era de la Iglesia (Reagan, s. f.), la cual inició con la venida del Espíritu Santo que se relata en Hechos 2. La tercera Persona de la Trinidad vino sobre los creyentes porque Jesús completó la obra de redención; el Señor dijo en Juan 16: 7: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”.

5. Fiesta de las trompetas (*Rosh hashanah*) (Lv 23: 23-25). Después del Pentecostés, se instauró la Iglesia, la esposa del Cordero, la cual ha cumplido la misión durante estos casi dos mil años como un paréntesis entre la semana 69 y la semana 70 de Daniel. Esta misión está a punto de terminar y está a punto de cumplirse la fiesta de las trompetas cuando el Señor vendrá a las nubes a recibir a su Iglesia, la que redimió con su sangre preciosa, para llevarla a la casa del Padre (Jn 14: 1), a la Nueva Jerusalén. El sonido de la trompeta se relaciona en el Nuevo Testamento con el evento del arrebatamiento cuando Cristo reciba en las nubes a la Iglesia, su esposa (1 Co 15: 52; 1 Ts 4: 16).
6. Fiesta del día de la expiación (*Yom kippur*) (Lv 16; 23: 26-32; Nm 29: 7-11). El Señor cumplió esta fiesta porque murió para expiar los pecados de la humanidad. Dice Hebreos 2: 17: “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo”. El Señor Jesucristo es el Sumo Sacerdote que entró en el lugar santísimo en el cielo para presentar su propia sangre como propiciación por nuestros pecados; Él fue el holocausto, el sacrificio y la ofrenda perfectos por el pecado, porque las del Antiguo Pacto no podían quitar el

pecado que separa al ser humano de Dios. De esta manera, Jesús cumplió la profecía que cita el mismo autor en la Epístola a los Hebreos (10: 4-9): “Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; Mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, Como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero, Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego, He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”.

Pero la fiesta de la expiación todavía tiene un cumplimiento final futuro a la mitad de los siete años del juicio de la Tribulación, cuando la nación de Israel se arrepienta y reciba a Cristo como su Mesías, Señor y Salvador (Dn 9: 24; Ro 11: 25-27; Zac 12: 10). Este evento será el día de la expiación para Israel, mediante el cual se preparará para recibir a Cristo en su segunda venida y así entrar en el Milenio que está representado en la fiesta de los tabernáculos.

7. Fiesta de los tabernáculos (*Sukkot*) (Lv 23: 33-43; Nm 29: 12-38; Dt 16: 13-17). Jesús cumplió esta fiesta con su obra completa de redención, por cuanto esta garantiza que los hijos de Dios entren en el Reino Milenial. Cuando Jesús vino por primera vez, inició su ministerio predicando “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt 4: 17); Él habló de las leyes del Reino (Mt 5-7), fue llamado Rey de los judíos, hizo su entrada triunfal a Jerusalén por la puerta oriental sobre un pollino de asna y fue proclamado Rey; todos estos y otros eventos señalan proféticamente el Milenio, pues el Señor Jesús vendrá por segunda vez, pisará el Monte de los Olivos y luego entrará por la puerta oriental de Je-

rusalén para sentarse en el trono de David como Rey de reyes y Señor de señores (Ap 19: 11-16). Pero la fiesta de los tabernáculos no solo se cumple en Cristo mediante su reinado milenial de paz y prosperidad, sino que también se remite al tabernáculo mismo que es Dios, que es Cristo. En Apocalipsis 21: 2-3 dice: “Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el *tabernáculo* de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”. La expresión “tabernáculo de Dios” es en griego σκηνη του θεου (*skene tou Theou*); pero llama la atención cómo la expresión “y él morará” en griego es σκηνωσει (*skenosei*), de la misma raíz de *skene* que es “tabernáculo”. El Espíritu Santo guio a Juan para que usara la misma palabra en su raíz con el fin de indicar que Dios es el tabernáculo, su presencia es el tabernáculo.

Cuando Moisés recibió las instrucciones para levantar el tabernáculo, este era modelo del celestial (Heb 8: 5); pero en este tabernáculo no se podía acceder al lugar santísimo (separado del lugar santo por un velo), sino que el sacerdote entraba una vez cada año para ofrecer la sangre de animales. Con Jesús se manifestó el camino al lugar santísimo (Heb 9: 8), pues él mismo fue el tabernáculo perfecto, tal como lo declara la Epístola a los Hebreos 9: 11-12: “Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto *tabernáculo*, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención”. Como en Apocalipsis 21: 3, la palabra “tabernáculo” aquí es σκηνης (*skenos*) referido a Cristo.

Además de las fiestas, la cristología también se revela en las ofrendas levíticas, a partir de su significado profético; Ironside (s. f., p. 2) afirma al respecto: “the marvelous types of the Person and work of Christ

given us in the early chapters of Leviticus, where we have five distinct offerings, all setting forth various aspects of the work of the Cross and unfolding the glories of the Person who did that work—a Person transcending all the sons of men, for He was both Son of God and Son of Man, divinely human and humanly divine”. Gaebelein (s. f.) asevera que “By far the greater number of the types of Leviticus have found their fulfillment in the life and death, the resurrection and priesthood of our Lord”. Es necesario diferenciar las ofrendas de olor grato (el holocausto y ofrenda quemada, la ofrenda vegetal y el sacrificio de paz) de las de olor no grato (la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la culpa). Las tres primeras tipifican la absoluta perfección y devoción de Cristo, mientras que las últimas lo muestran como un portador de los pecados del pueblo, pues su sacrificio fue vicario. Veamos cómo se simbolizan la persona y la obra de Cristo en las cinco ofrendas levíticas (*Biblia Siglo XXI*, 1999, pp. 164-165; Ironside, s. f., pp. 1-29; Gaebelein, s. f., 1-48):

1. La ofrenda del holocausto u ofrenda “del todo quemada” (*Olah*) era voluntaria y de grato olor (Lv 1: 3-17; 6: 8-13) debido a que no estaba directamente ligada al pecado, como las ofrendas por el pecado y para la expiación; esto quiere decir que cuando el oferente había hecho transgresión debía llevar a cabo primero la ofrenda por esta, porque si permanecía así, sin arrepentimiento, no era entonces olor grato. Por esta razón, David en el Salmo 51 dice que le era necesario arrepentirse y una vez que su pecado hubiera sido perdonado era que al Señor le agradaría la ofrenda del todo quemada, refiriéndose al holocausto: “Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; / No quieres holocausto. / Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; / Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios [...] Entonces te agradarán los sacrificios de justicia, / El holocausto u ofrenda del todo quemada; / Entonces ofrecerán becerros sobre tu altar” (Sal 51: 16-17, 19).

El holocausto es el más alto tipo de la obra de Cristo en la cruz y su propósito era la expiación del pecado en general y la dedicación y consagración completa a Dios. Cristo nunca pecó, la ofrenda de su cuerpo no fue dada entonces por sus transgresiones porque nunca las tuvo; por tanto, su holocausto fue de olor grato. En Levítico se describe de la siguiente manera: consistía en un novillo sin defecto (Lv 1: 3-9), una oveja macho o macho cabrío sin defecto (Lv 1: 10-13) y tórtolas o pichones de paloma (Lv 1: 14-17). Esta ofrenda era quemada completamente en el altar del holocausto, a excepción de la piel que era la porción del sacerdote. Proféticamente se refiere a la dedicación completa de Cristo (Mt 26: 39-44, Mr 14: 36); esto lo expresa claramente el apóstol Pablo en Efesios 5: 2: “Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, *ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante*”; en el Salmo 40 se profetiza que Cristo sería el holocausto perfecto: “Sacrificio y ofrenda no te agrada; / Has abierto mis oídos; / *Holocausto y expiación* no has demandado. / Entonces dije: He aquí, vengo; / En el rollo del libro está escrito de mí; / El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, / Y tu ley está en medio de mi corazón”; este Salmo lo cita el autor de la Epístola a los Hebreos refiriéndose a Cristo y su ofrenda perfecta una vez y para siempre, la cual se diferencia de los sacrificios bajo la Ley que se ofrecían continuamente cada año sin poder quitar el pecado.

2. La ofrenda vegetal (*Minjah*), de las cinco ofrendas levíticas, cuatro de ellas involucraban la sangre; la vegetal no, pero también era voluntaria y de grato olor (Lv 2: 1-16; 6: 14-18; 7: 12-13). Estas ofrendas acompañaban a las del holocausto y significaban homenaje y acción de gracias a Dios. Era de tres clases, harina fina mezclada con aceite e incienso, tortas de harina mezcladas con aceite y cocidas al horno, en sartén o cacerola; y espigas tostadas mezcladas con aceite o incienso. Aunque la ofrenda vegetal no se remite al sacrificio de Cristo por nuestros pecados, sí revela la gloriosa perfección del Señor, su humanidad perfecta; la ausencia de la levadura representa la santidad y pureza de Cristo quien nunca

pecó (Heb 4: 15; 1 Jn 3: 5), y la presencia del aceite simboliza al Espíritu Santo (Lc 4: 18; Hch 10: 38). El hecho de que la ofrenda vegetal siempre estuviera ligada al holocausto u ofrenda quemada significa que la persona y obra de Jesús nunca pueden separarse; como dice Ironside (s. f., p. 9), Él debía ser quien era para hacer lo que hizo.

3. El sacrificio de paz (*Selem*) es la tercera ofrenda de olor grato y se vinculaba al holocausto u ofrenda quemada con la diferencia de que se comía; se relacionaba con una acción de gracias y alabanza (Lv 7: 11-13). La ofrenda de paz tenía un carácter especial porque indicaba el compañerismo con Dios basado en la obra perfecta de Cristo en la cruz del calvario (Ironside, s. f., p. 14). Al igual que las anteriores, es voluntaria y de grato olor (Lv 3: 1-17; 7: 11-21; 10: 14). Consistía en ganado vacuno, del rebaño, macho o hembra sin defecto; o de las cabras. Esta ofrenda simboliza la paz del creyente con Dios, por medio de Jesucristo (Ro 5: 1; Col 1: 20).
4. El sacrificio por el pecado (*Hattat*) (Lv 4: 1- 5, 13; 6: 24-30) era de aroma no grato y de carácter obligatorio. Por medio de esta ofrenda se expiaban los pecados cometidos de manera inadvertida, sobre todo cuando no podía haber restitución; sin embargo, cuando había rebelión contra Dios, esta ofrenda no servía (Nm 15: 30- 31). Según el oferente, el sacrificio variaba, para el sumo sacerdote era un novillo sin defecto; para un gobernante era un macho cabrío sin defecto; para uno del pueblo era una cabra o una oveja hembra sin defecto; si la persona era muy pobre, podía ofrecer dos tórtolas o dos pichones de paloma (esta fue la ofrenda que María y José llevaron cuando presentaron a Jesús, lo cual indica su pobreza); si la pobreza era extrema, entonces se podía ofrecer harina fina. Las porciones de sebo debían ser quemadas en el altar del holocausto, pero cuando el pecado era ofrecido por el sumo sacerdote o por la congregación lo que quedaba del novillo se quemaba fuera del campamento. El significado profético

de esta ofrenda es la prefiguración de la muerte de Cristo, quien fue hecho pecado por nosotros (2 Co 5: 21), pero nunca pecó sino que de manera vicaria tomó nuestro lugar y cargó todos nuestros pecados sobre Él: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is 53: 4-5). Jesús padeció a las afueras de Jerusalén para santificar al pueblo por medio de su propia sangre.

5. El sacrificio por la culpa (*Asam*) (Lv 5: 4-7; 7: 1-7), al igual que la anterior, era obligatoria y de aroma no grato. Se usaba para expiar pecados inadvertidos con posible restitución la cual se hacía dependiendo de si la ofensa era contra Dios o contra una persona; en ambos casos el ofensor debía agregar la quinta parte de lo ofrendado; pero en el primer caso se debía dar al sacerdote y en el segundo caso se debía entregar al ofendido.

El sacrificio por la culpa simboliza que Cristo es nuestra ofrenda por nuestros propios delitos (Col 2: 13).

Además de las fiestas y las ofrendas, la cristología se revela en el Pentateuco en la figura del Ángel de Jehová que ha sido interpretado como la Segunda Persona de la Trinidad, en su estado preencarnado (Danyans, 2008, pp. 99-113; Walvoord, s. f.; Hocking, s. f., pp. 7-36). Podemos encontrar dos líneas de evidencia al respecto (Chafer, 1986, p. 333):

1. La que demuestra que este ángel es una persona divina y no un ser creado correspondiente a las huestes celestiales.
2. La que confirma que este ángel no es otro ser que el Cristo de Dios, la Segunda Persona de la Trinidad.

Chafer (1986, p. 333) plantea que Cristo apareció como Ángel de Jehová cumpliendo los propósitos de Dios y demostrando su trato con los santos del Antiguo Testamento. En estas apariciones se usa la denominación “el Ángel de Jehová”, la cual se refiere, según el autor, al oficio como revelador o mensajero. No obstante, White (1999, pp. 299-305) plantea que el nombre “Ángel de Jehová” no apunta a este oficio de mensajero, sino que es un eufemismo para referirse a Yahvé o a Dios.¹ En todo caso, sigue teniendo carácter divino desde esta perspectiva; veamos algunas apariciones del Ángel de Jehová en diferentes contextos del Antiguo Testamento, con las siguientes acciones, se aparece, llama, ordena, promete y profetiza (White, 1999, p. 302):

	Llama o aparece	Ordena	Promete	Profetiza
Génesis 16: 7-13	7	9	10	12
Génesis 18: 1-16	1		10, 14	
Génesis 22: 11-18	11, 15	12	17	18
Éxodo 3	2	10	17	
Jueces 6: 11-16	11	14	16	16
Jueces 6: 21-24	21	20	23	
Jueces 13: 3-22	3, 9	4, 14	3-5	5

La principal evidencia de que el Ángel de Jehová tiene carácter divino está en los nombres que se le dan, Jehová y Elohim. En la tabla anterior aparecen los versículos en los que los nombres Ángel de Jehová y Jehová/Yavhé son intercambiables. Pero White (1999) no menciona en su trabajo una de las funciones principales que cumplió Cristo como el Ángel de Jehová en el Antiguo Testamento y es la referida a librar las batallas de Israel para sacarlo de Egipto y hacerlo entrar en la tierra prometida.

1 Este autor no afirma que el Ángel de Jehová sea Jesucristo, la Segunda Persona de la Trinidad; pero sí confirma que esta expresión se aplica a Dios por la manera como se intercambia con el término “Jehová” en varios libros y pasajes de la Biblia. En este libro asumimos que el Ángel de Jehová se refiere a Dios como el estado preencarnado de Cristo y esto confirma su deidad.

1.1.1.2. Cristología en los libros históricos de Josué, Jueces y Rut

1.1.1.2.1. Cristología en Josué

En Josué encontramos un primer hecho asociado a la cristología; se trata del nombre de este varón, originalmente Oseas, que Moisés cambió por el de Josué (*yehoshua*) que significa “Jehová es salvación” (Nm 13: 8, 16). En arameo dicho nombre fue abreviado como *Jeshua*, que en griego se convirtió en *Yesous*, y en español, Jesús. La tipología que relaciona a Josué con Cristo se puede plantear de la siguiente manera: Josué hizo entrar al pueblo de Israel en la Tierra Prometida, la cual se interpreta en el Nuevo Testamento como el reposo de Dios, la Nueva Jerusalén y la Tierra Nueva para los hijos de Dios por medio de Cristo; esto se aprecia en la Epístola a los Hebreos 4: 8-9: “Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios”. Josué hizo que el pueblo de Israel entrara en la Tierra Prometida, aunque sabemos que este no la pudo poseer toda por su desobediencia, la cual también lo llevó a dejar a los pueblos alrededor. Cristo nos permite entrar en nuestra heredad y a Israel también le proporcionará su tierra completa durante el Milenio, después de haber expiado sus pecados durante la Tribulación.

1.1.1.2.2. Cristología en Jueces

La cristología en Jueces la podemos ver metafóricamente en cómo cada uno de los jueces es un tipo de “salvador” de un pueblo que continuamente caía en el pecado de la desobediencia y la idolatría. Esta relación se puede establecer ya que, como bien asevera Boa (2002, p. 14), estos jueces exhortaban al pueblo y lo guiaban a obedecer y seguir a Dios, como Jesús los hizo. Otra relación que se puede establecer apunta a algunos vestuarios que usaban los jueces; unos portaban sombreros o coronas (Otoniel y Gedeón), gorro de profeta (Samuel y Débora) o capa de sacerdote (Elí). Esto señalaba las funciones de los jueces como líderes del Pueblo de Israel. Y en relación con Jesús,

metafóricamente apunta a los oficios de Cristo como Profeta, Sacerdote y Rey (Boa, 2002, p. 14).

1.1.1.2.3. Cristología en Rut, Cristo redentor

La cristología se revela en Rut en el pariente redentor como tipo de Cristo, pues Él cumplió esta función para nosotros como Booz para Rut. Jesús es el pariente redentor por su encarnación; consumó esta obra porque Él mismo es Dios, todas las cosas le pertenecen y toda la plenitud de la gracia y la gloria son dadas a Él. Así como Booz amó a Rut, Cristo nos amó libremente, sin causa alguna; de la misma forma que aquel prometió redimir a Rut, Cristo prometió redimirnos a través del pacto de gracia acordado desde antes de la fundación del mundo (Fortner, 2009, pp. 8-9).

Se pueden establecer varias conexiones entre Booz y Cristo (Chase, 2017, pp. 89-94):

1. Ambos son de la tribu de Judá.
2. Ambos son de Belén (Rut 1: 1-2; 2: 1, 4).
3. Booz fue pariente-redentor (*gō'ēl*) y Cristo es el redentor, el salvador, quien nos compró con su sangre preciosa, pagó el precio.
4. En el matrimonio entre un judío y una moabita se establece la relación entre Israel y los gentiles, lo cual se traduce en la unión en un solo cuerpo entre los judíos y los gentiles en la Iglesia a través de Cristo el Redentor, tal como Pablo lo establece en Efesios 2: 14: "Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación", y en Efesios 3: 5-6: "misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio". El pacto matrimonial entre Booz

y Rut beneficia, entonces, a los israelitas y a los gentiles porque estos reciben la bendición en Cristo. En Rut 4: 14-15 se expresa tipológicamente esto en el hijo de esta pareja: “Y las mujeres decían a Noemí: Lado sea Jehová, que hizo que no te faltase hoy pariente, cuyo nombre será celebrado en Israel; el cual será restaurador de tu alma, y sustentará tu vejez; pues tu nuera, que te ama, lo ha dado a luz; y ella es de más valor para ti que siete hijos”. Este hijo simboliza a Cristo, restaurador de almas y nuestro sustentador.

5. Una cuarta conexión entre Booz y Cristo se refiere a la redención de la tierra; cuando aquel redimió a Rut también lo hizo con la tierra de la familia de Noemí (Rut 4: 3-4, 7-9). El sacrificio de Cristo también garantiza la redención de la tierra que ocurrirá cuando la haga nueva después del Milenio.
6. Una última conexión está en la entrada de Rut a la Tierra Prometida y su adoración a Jehová, lo cual rememora la promesa que Dios le hizo a Abraham de que a través de él serían benditas todas las naciones (Gn 12: 2-3). Por tanto, la promesa de la herencia no sería exclusivamente para el Pueblo de Israel, pues los gentiles se convierten en descendencia de Abraham, por fe; y así son herederos de todas las promesas (Gá 3: 29; 4: 7; Rut 1: 16-22; Chase, 2017, pp. 91-92).

Una conclusión que podemos sacar hasta el momento es que la cristología en Rut se observa en cómo siendo esta moabita, pagana, pasó a ocupar un lugar en el linaje de Jesús; de esta manera, se puede hablar de una conversión, la cual pasa a ser símbolo del llamado a los gentiles, pues el propósito de Dios fue salvar tanto a los judíos como a los gentiles (Rm 1, 16; Fortner, 2009, p. 12; cf. Mathew, 1999, p. 273). Ahora bien, también podemos observar que en su estado de inconversa Rut tomó una decisión a favor de su redención, pues dijo: “No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tu fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tú pueblo será mi pueblo,

y tu Dios será mi Dios” (Rt 1: 16); nótese que ella pudo regresar a su pueblo y a sus dioses, cuando su suegra se lo sugirió: “Y Noemí dijo: He aquí tu cuñada se ha vuelto a su pueblo y a sus dioses; vuélvete tú tras ella” (Rt 1: 15); pero ella eligió al Dios y al pueblo de Noemí; de la misma manera, el ser humano está ante dos opciones: escoger el mundo, su vida y la muerte o escoger a Cristo el Redentor, el Salvador.

Así es como en la historia de Rut vemos que se simboliza también el proceso de conversión y la libertad de elección que todo ser humano tiene ante la oferta de la salvación en Cristo Jesús; Orfa rechazó la oferta y Rut la aceptó.

En resumen, en Rut la cristología se revela en dos aspectos:

1. En la línea mesiánica, en Obed, el hijo de Rut y Booz, quien fue padre de Isaí y este a su vez lo fue de David (Rt 4: 17), de donde vendría Cristo, llamado también Hijo de David, por su descendencia.
2. En el pariente redentor que prefigura a Cristo nuestro redentor. Se revela aquí un tipo que apunta al acto de reconciliación entre Dios y el hombre, porque Dios redime al hombre pecador, tal como Booz, el pariente redentor hebreo, redimió a Rut, una idólatra viuda gentil. Rut eligió al Dios de los hebreos, y Dios la adoptó incorporándola a la familia. Veamos la relación del pariente redentor en el Antiguo Testamento y su cumplimiento en Cristo (*Biblia Siglo XXI*, 1999, p. 411):

Requisitos en el Antiguo Testamento	Cumplimiento en Cristo
1. Relación consanguínea	Gá 4: 4-5; Heb 2: 16-17
2. Recursos económicos	1 Co 6-20; 1 P 1: 18-19
3. Dispuesto a comprar	Jn 10: 15-18; 1 Jn 3: 16
4. Dispuesto a contraer matrimonio	Ro 7: 4; 2 Co 11: 2; Ef 5: 25-32; Ap 19: 7

1.1.1.3. Cristología en los libros históricos de Samuel, Reyes y Crónicas

En los libros de Samuel, la cristología se revela en cuanto a la segunda venida de Cristo, su oficio de juez y el cumplimiento del Pacto Davídico en su reinado. En primera de Samuel 2: 10 leemos: “Delante de Jehová serán quebrantados sus adversarios, Y sobre ellos tronará desde los cielos; Jehová juzgará los confines de la tierra, Dará poder a su Rey, Y exaltará el poderío de su Ungido”.

El pacto con David lo encontramos en el Libro segunda de Samuel 7: 15 y ss. Veamos:

1. En el libro segunda de Samuel 7: 13: “El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino”.
2. En el libro segunda de Samuel 7: 16-19: “Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente. Conforme a todas estas palabras, y conforme a toda esta visión, así habló Natán a David. Y entró el rey David y se puso delante de Jehová, y dijo, Señor Jehová, ¿quién soy yo, y qué es mi casa, para que tú me hayas traído hasta aquí? Y aun te ha parecido poco esto, Señor Jehová, pues también has hablado de la casa de tu siervo en lo porvenir”.
3. En el libro segunda de Samuel 7: 25: “Ahora pues, Jehová Dios, confirma para siempre la palabra que has hablado sobre tu siervo y sobre su casa, y haz conforme a lo que has dicho”.
4. En el libro segunda de Samuel 7: 29: “Ten ahora a bien bendecir la casa de tu siervo, para que permanezca perpetuamente delante de ti, porque tú, Jehová Dios, lo has dicho, y con tu bendición será bendita la casa de tu siervo para siempre”.

En este pacto, Dios le promete a David que levantará a uno de su linaje, afirmará su reino, edificará casa y le dará un trono estable

eternamente. En estos pasajes se destacan los tres elementos claves del Pacto Davídico: casa, reino y trono (2 S 7: 13, 16-19). Este pacto es la base del reino glorioso de Cristo e incluye cuatro promesas (Scofield, 1996, p. 335):

1. Una “casa davídica” que implica posteridad y familia.
2. Un trono que implica autoridad real.
3. Un reino que implica una esfera de gobierno.
4. Perpetuidad, “para siempre”.

La única condición es la obediencia de la familia davídica, que al no ser cumplida no anularía el pacto, sino que traería consigo el castigo (2 S 7: 15; Sal 89: 20-37; Is 24: 5; 54: 3), el cual se evidenció en la división del reino bajo Roboam y en el juicio de las cautividades.

El Pacto Davídico prometía un descendiente eterno, Jesús mismo que está sentado a la diestra de Dios Padre, como David profetizó en el Salmo 110: 1. Jesús es el cumplimiento del aspecto de la Simiente eterna del Pacto Davídico, y por ello recibe el nombre de “Hijo de David” (Mt 1: 1; Lc 1: 32) y “la raíz de David” (Ap 5: 5). Ahora bien, como afirma Couch (1999, p. 355), todo el pacto no ha sido cumplido, porque, si bien Jesús está sentado en el trono de Dios, a la diestra de Dios Padre, la promesa incluye que se sentará en el trono de David, lo cual ocurrirá en el futuro durante el Milenio. No es lo mismo el trono de Dios y el trono de David. Cuando el Señor regrese a la Tierra por segunda vez, se restablecerá el trono davídico basado en el pacto del mismo nombre. Jesús tiene tres oficios: Profeta, Sacerdote y Rey, los cuales se aplican en una secuencia cronológica: en su primera venida, actuó como Profeta; ahora es Sacerdote, intercede como Sumo Sacerdote; y en su segunda venida actuará como Rey de Israel y el mundo.

Las otras referencias a este Pacto Davídico se reiteran en las últimas palabras de David: “El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su pa-

labra ha estado en mi lengua. El Dios de Israel ha dicho, Me habló la Roca de Israel: Habrá un justo que gobierne entre los hombres, que gobierne en el temor de Dios. Será como la luz de la mañana, como el resplandor del sol en una mañana sin nubes, Como la lluvia que hace brotar la hierba de la tierra. No es así mi casa para con Dios; sin embargo, él ha hecho conmigo pacto perpetuo” (2 S 23: 2-5). Cristo es el justo que gobernará entre los hombres, que será como la luz de la mañana, el resplandor del sol y la lluvia.

En los libros de Reyes y de Crónicas también se menciona este pacto: “Y el rey Salomón será bendito, y el trono de David será firme perpetuamente delante de Jehová” (1 R 2: 45). “Mas Jehová no quiso destruir la casa de David, a causa del pacto que había hecho con David, y porque le había dicho que le daría lámpara a él y a sus hijos perpetuamente” (2 Cr 21: 7).

Además del Pacto Davídico, en segunda de Crónicas (35: 1-19) también se revela la cristología en la Pascua que celebró el rey Josías: “Josías celebró la Pascua a Jehová en Jerusalén, y sacrificaron la Pascua a los catorce días del mes primero”. La descripción de esta fiesta corresponde a la indicada en Éxodo. Hubo un avivamiento que actúa como figura de la vida que solo Cristo puede dar.

1.1.1.4. Cristología en los libros históricos de Esdras, Nehemías y Ester

Tal como lo plantea Boa (2002, p. 19), Esdras revela la continuidad de la promesa de Dios de guardar vivos a los descendientes de David; Zorobabel, hijo de Salatiel y nieto de Jeconías formó parte de la genealogía de Jesús (1 Cr 3: 17-19; Mt 1: 12-13). Es significativo que el remanente de David haya regresado a Jerusalén, pues este evento abrió el camino a la Buena Nueva de la venida del Mesías, por cuanto sin el acceso a la “tierra de la promesa” Jesús no hubiera podido nacer en Belén, lo cual era el requisito (Mi 5: 2); como lo afirma Boa (2002, p. 19): “As Ezra documents the return from Babylon, the soundtrack

of forgiveness and restoration plays in the background. It is a melody line that will accompany the life, death, and resurrection of Jesus. It is music to God's ears to hear His people confess and repent”.

La cristología en Nehemías la vemos en un plano simbólico. Como Jesús, él llegó con una misión específica que logró cumplir y su vida se caracterizó por una dependencia total hacia Dios (Neh 1: 5; cf. Lc 6: 12); su propósito no era exactamente hacer regresar a los judíos a Jerusalén, sino más bien hacer que el pueblo retornara a su obediencia hacia Dios y su Palabra, lo cual implicó también la reconstrucción del Templo, símbolo de restauración de adoración, búsqueda y comunión con Dios; hechos como la reparación de la ciudad, de sus muros, de sus puertas y la reconstrucción de Jerusalén, según Boa (2002, p. 19), se pueden tomar como referencias indirectas a Jesús, pues su entrada a este mundo logró la reconciliación de la humanidad con Dios.

Además de estos eventos y sus implicaciones simbólicas, tenemos un gran acontecimiento referido directamente a Cristo, el decreto de Artajerjes rey de Babilonia, que marca el inicio de la profecía de las setenta semanas de Daniel, a partir de la cual se establece el tiempo de la venida del Mesías, de su entrada triunfal a Jerusalén y de su muerte (Dn 9: 25-27; Boa, 2002, p. 20).

Finalmente, en Ester se observa la cristología en la manera poderosa como Dios salva a los judíos del exterminio que Satanás había determinado a través de Amán. Si hubiese logrado sus inicuos designios, no se hubiese cumplido la profecía según la cual Cristo sería de la descendencia de David. Dios preservó la ascendencia de Jesús.

También podemos ver la relación entre la historia de Ester y Jesús, en cómo ella fue elegida para interceder y lograr la salvación de su pueblo; y cumplió el propósito de Dios, en su soberanía (Boa, 2002, p. 20).

1.1.1.5. Cristología en los libros poéticos

1.1.1.5.1. Cristología en Job

En Job encontramos una referencia cristológica clara en el siguiente pasaje: “Yo sé que mi redentor vive, Y al fin se levantará sobre el polvo; / Y después de deshecha esta mi piel, En mi carne he de ver a Dios; / Al cual veré por mí mismo, Y mis ojos lo verán, y no otro” (Job 19: 25-27). En este versículo hay dos tipos de contenidos referidos a Cristo, pero relacionados con la soteriología y la escatología. Veamos:

1. La redención que tenemos en Cristo Jesús: “mi redentor vive”.
2. La resurrección de Cristo: “Y al fin se levantará sobre el polvo”.
3. La resurrección del creyente que se puede relacionar con el arrebatamiento de la Iglesia: “después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios”. Se relaciona este versículo con el del apóstol Pablo: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Ts 4: 16-17). Pero esta resurrección se refiere directamente a la que les acontecerá a los santos del Antiguo Testamento, dentro de los que se ubica Job y que ocurrirá al final de la Tribulación con el fin de que puedan recibir la recompensa durante el Milenio.

1.1.1.5.2. La cristología en los Salmos

Los Salmos, después de Isaías, es el que posee más contenido cristológico. El mismo Jesús dijo acerca del cumplimiento profético de su persona y obra: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que esta escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos” (Lc 24: 44).

En efecto, dentro de la clasificación de los Salmos encontramos los mesiánicos,² los cuales a su vez se pueden ordenar en las siguientes clases (Biblia Siglo XXI, 1999, p. 807):

1. Salmos puramente mesiánicos referidos a Jesús como el futuro Rey davídico (cf. Salmo 110).
2. Salmos escatológicos que entronizan y describen la venida de Jesús en su Reino (cf. Salmos 96-99).
3. Salmos tipológico-proféticos en los que el escritor describe su propia experiencia en la cual se puede ver simbólicamente a Jesús el Mesías (cf. Salmo 22).
4. Salmos indirectamente mesiánicos que fueron escritos para un rey de Israel o para una ocasión real, pero su cumplimiento final está en Cristo (cf. Salmos 2: 45, 72).
5. Salmos mesiánicos típicos en los que la cristología no es tan evidente, aunque se puede ver en el salmista un tipo de Cristo, si bien todos los aspectos no se aplican al Señor (cf. Salmos 34: 50; 109: 8, comparado con Hch 1: 20). Veamos a continuación un resumen de cómo aparece Cristo en los Salmos, para luego analizarlos detalladamente (Biblia Siglo XXI, 1999, p. 807):

El Cristo de los Salmos		
Salmo	Descripción	Cumplimiento
2:7	El Hijo de Dios	Mt 3: 17
8: 2	Alabado de los niños	Mt 21: 15-16
8: 6	Gobernador de todo	Heb 2: 8
16: 10	Resucita de la tumba	Mt 28: 7
22: 1	Desamparado por Dios Padre	Mt 27: 46

2 Dentro de las clasificaciones de los Salmos encontramos, además, penitenciales, de alabanza (*hallel*), imprecatorios, de ascenso o cánticos graduales.

Salmo	Descripción	Cumplimiento
22: 7-8	Burlado	Lc 23: 35
	(escarnecido por sus enemigos)	
22: 16	Pies y manos clavados	Jn 20: 25-27
22: 18	Echan suerte sobre su ropa	Mt 27: 35, 36
34: 20	Sus huesos no serán quebrados	Jn 19: 32-33, 36
35: 11	Acusado por testigos falsos	Mr 14: 57
35: 19	Aborrecido sin causa	Jn 15: 25
40: 7-8	Se agrada en Él la voluntad de Dios	Heb 10: 7
41: 9	Traicionado por un amigo	Lc 22: 47
45: 6	El Rey eterno	Heb 1: 8
68: 18	Asciende al cielo	Hch 1: 9-11
69: 9	Celoso por la casa de Dios	Jn 2: 17
69: 21	Le dieron de beber hiel y vinagre	Mt 27: 34-48
109: 4	Ora por sus amigos	Lc 23: 34
109: 8	El traidor es reemplazado	Hch 1: 20
110: 1	Gobierna sobre sus enemigos	Mt 22: 44
110: 4	Por siempre Sacerdote	Heb 5: 6
118: 22	La piedra angular del edificio de Dios	Mt 21: 42
118: 26	Viene en el nombre de Jehová	Mt 21: 9

Se pueden establecer otras clasificaciones de los Salmos según su contenido. Gaebelein (s. f., pp. 9-10) cita la siguiente división basada en la relación con el Pentateuco:

1. La sección de Génesis (Sal 1-41).
2. La sección del Éxodo (Sal 42-72).
3. La sección de Levítico (Sal 73-89).
4. La sección de Números (Sal 90-106).

5. La sección de Deuteronomio (Sal 107-150).

Veamos los Salmos y el contenido cristológico; intercalaremos los comentarios analíticos y referencias teológicas a Cristo para diferenciarlas del texto bíblico que pondremos en *itálicas*.

1.1.1.5.2.1. Salmo 2: El reino del ungido de Jehová

En este Salmo se hace referencia a la muerte de Cristo, el Ungido. Se describe la manera como el pueblo y las autoridades se levantaron contra Jesús cuando fue entregado, vituperado, azotado y llevado a la muerte. “¿Por qué se amotinan las gentes, Y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, / Y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: / Rompamos sus ligaduras, Y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; El Señor se burlará de ellos” (Sal 2: 1-4). En el versículo 5 hay una referencia al período de la Tribulación, al juicio de Dios contra el mundo durante el cual se derramará su ira. En el versículo 6 la referencia es a Jesús como Hijo de Dios y a su encarnación: “Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho, Mi hijo eres tú; / Yo te engendré hoy”. Se evidencia aquí la referencia al engendramiento de Cristo por el poder del Espíritu Santo. En el Evangelio según Mateo 3: 17 se dice: “Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Aquí se aclara que el salmista se refería al engendramiento de Cristo, a su encarnación y a su título como Hijo de Dios que revela su divinidad. Este Salmo también hace una referencia al Milenio y al Reino Eterno cuando el Señor Jesucristo se sentará en el trono de David para reinar: “Pídeme, y te daré por herencia las naciones, Y como posesión tuya los confines de la tierra” (Sal 2: 8). Este reinado se caracterizará por que el Señor lo ejecutará con vara de hierro, con mano fuerte; pero se sigue hablando de la ira de Dios y de la fe como requisito para agradar a Dios: “Los quebrantarás con vara de hierro; / Como vasija de alfarero los desmenuzarás. Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes; Admitid amonestación, jueces de la tierra. Servid a Jehová con temor, Y alegraos con

temblor. Honrad al Hijo, para que no se enoje, y perezcáis en el camino; pues se inflama de pronto su ira. Bienaventurados todos los que en él confían” (Sal 2: 9-12). Al inicio del verso 9, nuevamente se hace referencia al período escatológico del final de los tiempos, cuando Jesús realice juicio sobre la Tierra. También, se expresa aquí la deidad de Cristo, pues honrar al Hijo es igual a honrar al Padre (Jn 5: 23).

1.1.1.5.2.2. Salmo 8

En el Salmo 8, versículo 2, se hace referencia a la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén cuando lo aclamaban: “¡Hosanna al Hijo de David!”, que se narra en Mateo 21: 15; el mismo Jesús declara que esto es un cumplimiento profético del Salmo, lo cual señalaba también su deidad, pues era alabado como Dios.

En el versículo 6 David trata el dominio que inicialmente Dios le dio a Adán: “digo: ¿Qué es el hombre, para que de él te acuerdes; y el hijo del hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?” (v. 4). Aquí el salmista se refiere a Adán, pero en el verso 6 la remisión es hacia Cristo: “Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies”. Este Salmo es citado por el autor de la Epístola a los Hebreos confirmando su referencia a Cristo: “Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos” (Heb 2: 8-9).

1.1.1.5.2.3. Salmo 14: 7

Aquí se hace referencia al Milenio cuando Israel tendrá a Jesús como Rey, quien antes habrá salvado al pueblo, pues lo reconocerá como Mesías: “¡Oh, que de Sion saliera la salvación de Israel! Cuando Jehová hiciera volver a los cautivos de su pueblo, Se gozará Jacob, y se alegrará Israel”.

1.1.1.5.2.4. Salmo 16: 10

Este versículo del Salmo profetiza la resurrección de Cristo: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción”. Justamente Pedro lo cita desde el versículo 8 al 11 cuando predica su primer discurso después de la venida del Espíritu Santo (Hch 2: 25-28) y como argumentación de que Jesús es el Mesías; antes de citar el salmo, el Apóstol dice lo siguiente: “al cual, Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella” (Hch 2: 24); después, Pedro retoma el tema de la resurrección y afirma: “Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos” (Hch 2: 29-32). Vemos que Pedro contextualiza el Salmo en el marco profético y asigna la afirmación del verso 10 a la resurrección de Cristo. De la misma manera, Pablo lo cita en Hechos 13: 34-35: “Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: Os daré las misericordias fieles de David. Por eso dice también en otro salmo: No permitirás que tu Santo vea corrupción”. El hecho profetizado de la resurrección de Cristo tuvo su cumplimiento en el Evangelio según Mateo 28: 7.

1.1.1.5.2.5. Salmo 18: 4-7

En este Salmo se hace una clara referencia a la muerte de Cristo quien fue traicionado, le tendieron lazos de muerte y clamó al Padre: “Me rodearon ligaduras de muerte, Y torrentes de perversidad me atemorizaron. Ligaduras del Seol me rodearon, Me tendieron lazos de muerte. En mi angustia invoqué a Jehová, Y clamé a mi Dios. El oyó mi voz desde su templo, Y mi clamor llegó delante de él, a sus oídos. La tierra fue conmovida y tembló; Se conmovieron los cimientos de los montes, Y

se estremecieron, porque se indignó él". En el Evangelio según Mateo 27: 45-51 vemos el cumplimiento de esta parte del Salmo profético. Otros eventos futuros que se pronostican en este Salmo son el Milenio y el Reino Eterno de Jesús Rey de reyes y Señor de señores: "Se acordarán, y se volverán a Jehová todos los confines de la tierra, Y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti. Porque de Jehová es el reino, Y él regirá las naciones". La identificación de Jesús como Jehová se confirma en Apocalipsis 12: 5 donde se habla del hijo varón que regirá con vara de hierro a todas las naciones; en Apocalipsis 19: 5 se plantea de manera más precisa que es Jesús quien reinará pues el pasaje se remite a su segunda venida.

1.1.1.5.2.6. Salmo 22: 1, 7, 8, 16, 18

Los Salmos, al igual que Isaías, contienen muchos detalles proféticos sobre la persona y obra de Cristo y muchas descripciones sobre eventos que le acontecieron. Un ejemplo claro es este Salmo en el que David anunció previamente tanto lo que le acontecería a Jesús en su muerte como la frase que pronunciaría en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Sal 22: 1), cuyo cumplimiento está en el Evangelio según Mateo 27: 46. También habló sobre lo que otros dirían de Cristo.

Este Salmo 22 profetiza varios hechos con exactitud. Veamos:

1. Que Jesús sería escarnecido por sus enemigos: "Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó a Jehová; líbrele él; sálvele, puesto que en él se complacía" (Sal 22: 7-8); lo cual se cumple en Lucas 23: 35: "Y el pueblo estaba mirando; y aun los gobernantes se burlaban de él, diciendo: A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios".
2. Que las manos y los pies de Jesús serían horadados: "Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; Hora-

daron mis manos y mis pies” (Sal 22: 16); cuyo cumplimiento se encuentra en Juan 20: 25-27: “Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. Él les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré”.

3. Que echarían suertes sobre su ropa: “Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes” (Sal 22: 18); esto se cumple en el Evangelio según Mateo 27: 35-36: “Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes, para que se cumpliese lo dicho por el profeta: Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes”.

1.1.1.5.2.7. Salmo 24

La referencia en este Salmo es a Jesús, el Rey de gloria que gobernará en el Milenio y en el Reino Eterno: “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, Y alzaos vosotras, puertas eternas, Y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla. Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, Y alzaos vosotras, puertas eternas, Y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová de los ejércitos, Él es el Rey de la gloria. Selah” (Sal 24: 7-10). En este pasaje se recrea el evento futuro de la entrada de Jesús a Jerusalén por la Puerta Oriental cuando venga por segunda vez a reinar en el trono de David con su esposa, la Iglesia. De este evento tenemos un símbolo que fue la entrada triunfal del Señor a Jerusalén antes de su muerte.

1.1.1.5.2.8. Salmo 34: 20

En este Salmo se profetiza que los huesos de Jesús no serían quebrados: “El guarda todos sus huesos; / Ni uno de ellos será quebrantado”, lo cual tiene su cumplimiento en Juan 19: 32-33: “Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él. Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas”.

1.1.1.5.2.9. Salmo 35, 11, 19

El salmista profetiza aquí que Jesús sería acusado por testigos falsos: “Se levantan testigos falsos”, lo cual se cumplió en Marcos 14: 57: “Entonces levantándose unos, dieron falso testimonio contra él, diciendo”. También se profetiza que Jesús sería aborrecido sin causa: “No se alegren de mí los que sin causa son mis enemigos” (Sal 35: 19), lo que tuvo su cumplimiento en Juan 15: 25: “Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron”.

1.1.1.5.2.10. Salmo 40: 6-8

Aquí el salmista describe previamente cómo Jesús se agrada en la voluntad de Dios en su encarnación y muerte: “Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado”. Este verso se cita en la Epístola a los Hebreos 10: 5-7 en el contexto del sacrificio de Cristo remitido a la santificación del creyente mediante dicho sacrificio: “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Heb 10: 10).

1.1.1.5.2.11. Salmo 41: 9

En este Salmo nuevamente se profetizan detalles de la muerte de Cristo; se anuncia la traición de la que sería víctima: “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar”. En el Evangelio según Lucas 22: 47 se expresa el cumplimiento profético: “Mientras él aún hablaba, se presentó una turba; y el que se llamaba Judas, uno de los doce, iba al frente de ellos; y se acercó hasta Jesús para besarle”; en el Evangelio según Marcos 14: 18 también dice: “De cierto os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar”.

1.1.1.5.2.12. Salmo 45: 6

Se profetiza en este Salmo que Jesús es Rey eterno: “Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino”; el escritor de la Epístola a los Hebreos corrobora la palabra profética cuando asigna este Salmo directamente a Jesús: “Mas del Hijo dice: tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; Cetro de equidad es el cetro de tu reino” (Heb 1: 8). La referencia es hacia el Reino Eterno.

1.1.1.5.2.13. Salmo 68: 18

En este Salmo se profetiza la Ascensión de Jesús: “Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad, tomaste dones para los hombres, y también para los rebeldes, para que habite entre ellos JAH Dios”; la cual se cumple en los Hechos de los Apóstoles 1: 9: “Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos”.

1.1.1.5.2.14. Salmo 69: 9, 21

En este Salmo se profetizan dos hechos:

1. El celo que Jesús mostró por la casa de Dios: “Porque me consumió el celo de tu casa” (Sal 69: 9), que tuvo cumplimiento cuando purificó el Templo, lo cual se narra en Juan 2: 17: “Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito, el celo de tu casa me consume”.
2. El detalle de la muerte de Jesús cuando le dieron a beber hiel y vinagre: “Me pusieron además hiel por comida, Y en mis sed me dieron a beber vinagre” (Sal 69: 21), que se cumplió en el Evangelio según Mateo 27: 34: “le dieron a beber vinagre mezclado con hiel”.

1.1.1.5.2.15. Salmo 72

En este Salmo se establece que a Jesús se le ha dado todo juicio. “Oh Dios, da tus juicios al rey, Y tu justicia al hijo del rey. El juzgará a tu pueblo con justicia, Y a tus afligidos con juicio”. También se reitera

que Jesús es juez y salvador; pero se profetiza, además, cómo vencería al diablo en la cruz del calvario y cómo ejecutará el juicio sobre este el día en que lo lanzará al lago de fuego después del Milenio. En los versos 3 al 7 se hace referencia al Milenio y al Reino Eterno cuando Jesús gobierne como Rey: “Los montes llevarán paz al pueblo, Y los collados justicia. Juzgará a los afligidos del pueblo, Salvará a los hijos del menesteroso, Y aplastará al opresor”. En los versículos 5 al 9 se reitera que Jesús es Rey de reyes y Señor de señores, es el vencedor sobre todos los enemigos: “Te temerán mientras duren el sol Y la luna, de generación en generación. Descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada; Como el rocío que destila sobre la tierra. Florecerá en sus días justicia, Y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna. Dominará de mar a mar, Y desde el río hasta los confines de la tierra. Ante él se postrarán los moradores del desierto, Y sus enemigos lamerán el polvo”. La descripción sobre la muchedumbre de paz y el florecimiento de la justicia se remite al tiempo del Milenio y la expresión “hasta que no haya luna” se refiere al fin de este período y el inicio del Reino Eterno cuando descienda la Nueva Jerusalén a la Tierra: “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (Apocalipsis 21: 23). El versículo 10 del Salmo 72 parece referirse también al Reino Eterno, pues afirma que todas las naciones le servirán: “Los reyes de Tarsis y de las costas traerán presentes; Los reyes de Sabá y de Seba ofrecerán dones. Todos los reyes se postrarán delante de él; Todas las naciones le servirán” (Ap 21: 24-26); no parece referirse al Milenio, por cuanto habrá personas que no querrán servirle al Señor Jesucristo y al final de este período muchas naciones se levantarán contra Él, cuando Satanás sea suelto de su prisión. No obstante, en el versículo 12 del Salmo 72, el escritor regresa a hablar del Milenio por cuanto se habla del necesitado y del afligido; sabemos que en el Reino Eterno no habrá llanto ni dolor (cf. Apocalipsis 21: 4): “Porque él librará al menesteroso que clamare, Y al afligido que no tuviere quien le socorra. Tendrá misericordia del pobre y del menesteroso, Y salvará la vida de los pobres. De engaño y de violencia redimirá sus almas, Y la sangre de ellos será preciosa

ante sus ojos” (Sal 72: 12-14). Pero en estos versículos también hay una referencia profética a la redención, la expiación de los pecados que Jesús llevó a cabo con su muerte. Otro contenido cristológico del Salmo 72: 15-19 se refiere a la oración en el nombre de Jesús y la adoración que le pertenece: “Vivirá, y se le dará del oro de Sabá, / Y se orará por él continuamente; Todo el día se le bendecirá”. Finalmente, aparece el atributo de la eternidad de Cristo como Dios: “Será su nombre para siempre, / Se perpetuará su nombre mientras dure el sol. Benditas serán en él todas las naciones; Lo llamarán bienaventurado. Bendito Jehová Dios, el Dios de Israel, El único que hace maravillas”. “Bendito su nombre glorioso para siempre, Y toda la tierra sea llena de su gloria. Amén y Amén”. Se rememora aquí la promesa que Dios le hizo a Abraham que en su Simiente, esto es, Cristo (Gá 3: 16), serían benditas todas las naciones, pues es el autor de la salvación. El Salmo también expresa que toda la Tierra se llenará de la gloria de Dios en el Reino Eterno de Cristo.

1.1.1.5.2.16. Salmo 89: 27-29, 34-37

Este Salmo incluye el pacto de Dios con David. Veamos algunos contenidos y su valor cristológico:

1. “Yo también le pondré por primogénito, El más excelso de los reyes de la tierra” (27). Jesús es el primogénito de la Creación, el primogénito de los muertos, porque en todo tiene la preeminencia (Col 1: 15-18).
2. “Para siempre le conservaré mi misericordia, Y mi pacto será firme con él. Pondré su descendencia para siempre, Y su trono como los días de los cielos” (28-29). “No olvidaré mi pacto, Ni mudaré lo que ha salido de mis labios. Una vez he jurado por mi santidad, Y no mentiré a David. Su descendencia será para siempre, Y su trono como el sol delante de mí. Como la luna será firme para siempre, / Y como un testigo fiel en el cielo. Selah” (34-37).

Este Salmo habla de la promesa a David sobre su descendencia y el trono, lo cual se cumplirá durante el Milenio, pues a este siervo se le prometió gobernar a Israel para siempre. Pero el contenido del Salmo también se aplica a Cristo, el hijo de David, quien se sentará en el trono como Rey de reyes y Señor de señores en cumplimiento del pacto que Dios hizo con el Pueblo de Israel y se extiende hacia los gentiles (Pacto Abrahámico, el Pacto Davídico y el Nuevo Pacto).

1.1.1.5.2.17. Salmo 109: 4, 8

Como vimos en algunos de los Salmos anteriores, los detalles de la muerte de Jesús se profetizan en ellos; en este Salmo 109 se describe cómo Jesús oró por sus enemigos: “En pago de mi amor me han sido adversarios; mas yo oraba”. En el Evangelio según Lucas 23: 34 se narra este hecho: “Y Jesús decía: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. En este Salmo también se anuncia previamente que el traidor sería reemplazado: “Sean sus días pocos; tome otro su oficio”, lo cual es citado en Hechos de los Apóstoles 1: 20: “Porque está escrito en el libro de los salmos: sea hecha desierta su habitación, y no haya quien more en ella”.

1.1.1.5.2.18. Salmo 110: 1-4

Dos detalles se revelan aquí sobre Jesús:

1. Su gobierno sobre los enemigos.
2. Su sacerdocio según el orden de Melquisedec: “Jehová dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”, “Juró Jehová y no se arrepentirá: tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”. Estas profecías se cumplen en el Evangelio según Mateo 22: 44 y en la Epístola a los Hebreos 5: 6. En el primero se narra cómo Jesús mismo cita el verso 1 del Salmo, asignándolo a sí mismo: “Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?” (Mt 22: 45); y en el segundo el escritor remite la cita a Cristo: “Como también dice en otro lugar:

Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (Heb 5: 6).

1.1.1.5.2.19. Salmo 118: 22-26

Dos hechos se profetizan aquí: Jesús como la piedra angular y su venida en el nombre de Jehová. En el verso “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo” (Sal 118: 22), Jesús se refiere a sí mismo: “Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores” (Mt 21: 42). En el verso 26 del Salmo 118 dice: “Bendito el que viene en el nombre de Jehová”, profecía que se cumple en el Evangelio según Mateo 21: 9: “Y la gente que iba adelante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”.

1.1.1.5.3. La cristología en Proverbios

En Proverbios podemos encontrar una referencia a Cristo, en cuanto a uno de sus atributos como Dios, esto es, su sabiduría; Él es Dios sabio, suya es la ciencia y la inteligencia, y justamente con ellas creó, junto al Padre y al Espíritu Santo, el Universo; en Proverbios 8: 27-30, se describe dicha creación del mundo: “Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; / Cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; / Cuando afirmaba los cielos arriba, / Cuando afirmaba las fuentes del abismo; / Cuando ponía al mar su estatuto, / Para que las aguas no traspasen su mandamiento; / Cuando establecía los fundamentos de la tierra”. Aquí se hace referencia a cómo Jesús, con sabiduría, lo creó todo, tal como se confirma en Colosenses 1: 16: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles”; se trata solo de una referencia al acto de creación hecho por Cristo, poseedor de la sabiduría; no se afirma una identidad entre esta y el Señor; esto lo corroboramos en Colosenses 2: 3: “en quien [en Jesús] están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”.

Las referencias a Jesús en este capítulo 8 de Proverbios se reiteran en los versículos 35-36: “Porque el que me halle, hallará la vida, / Y alcanzará el favor de Jehová. Mas el que peca contra mí, defrauda mi alma; / Todos los que me aborrecen aman la muerte”. Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida. Por ello vemos aquí una alusión al don que Él nos otorga.

Otras relaciones entre Proverbios y la cristología corresponden a algunas características del Señor y algunas de sus enseñanzas durante su ministerio terrenal. Podemos observar citas que el Señor hizo de este libro. Veamos:

Proverbios	Citas de Jesús
Proverbios 3: 4: “Y hallarás gracia y buena opinión Ante los ojos de Dios y de los hombres”.	Evangelio según Lucas 2: 52: “Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres”.
Proverbios 3: 12: “Porque Jehová al que ama castiga, Como el padre al hijo a quien quiere”.	Apocalipsis 3: 19: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete”.
Proverbios 25: 6-7: “No te alabes delante del rey, Ni estés en el lugar de los grandes; / Porque mejor es que se te diga: Sube acá, Y no que seas humillado delante del príncipe / A quien han mirado tus ojos”.	Evangelio según Lucas 14: 8-10: “Cuando fueres convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga: Da lugar a este; y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. Mas cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa”.

1.1.1.5.4. La cristología en Eclesiastés

Boa (2002, p. 23) considera el Eclesiastés como un espejo cuando se trata de relacionarlo con Jesús y su obra. En el capítulo 3, verso 11, se dice: “Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio”. Podemos encontrar dos relaciones con Jesús; la primera es la referencia a la creación: “Todo lo hizo hermoso en su tiempo”, en la cual participó el Señor. Y la segunda es en cuanto a la eternidad, la cual según Boa (2002, p. 23) se remite a un atributo de Dios que poseen los hombres, pero no de la misma manera, “y ha puesto eternidad en el corazón”; no obstante, este atributo en su relación con Dios y, por ende, con Jesús, se aplica plenamente a los salvos, los cuales tienen vida eterna y esta vida solo la puede dar Cristo, pues su evangelio es el que sacó a la luz la inmortalidad: “pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Ti 1: 10).

1.1.1.5.5. La cristología en el Cantar de los Cantares

La cristología en la canción de Salomón se puede observar en el plano alegórico, si tomamos al esposo como a Jesús y a la esposa como a la Iglesia. Esta relación es perfectamente válida, pues en el Nuevo Testamento esta figura es bien utilizada; de hecho, se habla de las bodas y la cena de las bodas del Cordero y de su esposa la Iglesia. Ahora bien, esta relación entre Jesús, el esposo y su Iglesia se basa en el amor profundo, el cual se describe y narra amplia y poéticamente en el Cantar de los Cantares. Boa (2002, p. 24) lo expresa de la siguiente manera: “And Solomon’s ornamental language also prefigures the delight and joy Jesus has for His Bride and His unconditional commitment to His Church. In the New Testament the followers of Jesus are seen as the personified object of His love. (See 2 Corinthians 11:2; Ephesians 5:23-25; Revelation 19:7-9; 21:9)”.

En este contexto también se puede ver un contenido cristológico referido al Cristo que vuelve por su Iglesia. Como veremos más adelante, la venida de Jesús tiene dos etapas: una en las nubes que corresponde al arrebatamiento de la Iglesia y la otra que es a la Tierra y corresponde a la segunda venida. La referencia del Cantar de los Cantares es a la primera etapa, la cual la encontramos simbolizada en el capítulo 2. Veamos un breve análisis de los símbolos considerando algunos versos:

1. Cantares 2: 1: “Yo soy la rosa de Sarón, / Y el lirio de los valles. Aquí se simboliza a Cristo como la rosa de Sarón y el lirio”. En Isaías 35: 1-2 se relaciona a Sarón con el Señor cuando se habla de que se verá la gloria y la hermosura de Jehová.
2. Cantares 2: 2: “Como el lirio entre los espinos, / Así es mi amiga entre las doncellas”. Aquí se simboliza a la Iglesia como la amiga.
3. Cantares 2: 3: “Como el manzano entre los árboles silvestres, / Así es mi amado entre los jóvenes; / Bajo la sombra del deseado me senté, / Y su fruto fue dulce a mi paladar”. En este verso Jesús es el amado y el deseado; en Hageo 2: 7 el profeta habla de la venida del Deseado de todas las naciones y de cómo se llenará de gloria el Templo, la casa de Jehová; esto se remite a la segunda venida de Cristo y al templo milenial que estará lleno de gloria cuando Jesús entre. En este versículo se puede corroborar la identidad del deseado como Jesús, a pesar de que no habla del arrebatamiento, sino de la segunda venida.
4. Cantares 2: 4: “Me llevó a la casa del banquete, / Y su bandera sobre mí fue amor. Este lugar es la casa del Padre” (Jn 14: 1), y el banquete se refiere a la cena de las bodas del Cordero (Ap 19: 7-9).
5. Cantares 2: 7: “Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén, / Por los corzos y por las ciervas del campo, / Que no despertéis ni hagáis velar al amor, / Hasta que quiera”. Este verso simboliza a la Iglesia

que está en el sueño de amor esperando a su amado Jesús para que la levante en el arrebatamiento; cuando dice “no hagáis velar al amor” se está diciendo que la que está enamorada del Señor, la cual es la Iglesia, no quiere despertar porque está con su mirada puesta en la venida del Rey, en la casa del Padre, en las moradas eternas de la Nueva Jerusalén, en el sonar de la trompeta; la novia, la amada, anhela ese día en que Jesús vuelva por ella; este es el sueño de las vírgenes sensatas las cuales se durmieron porque estaban velando con las lámparas llenas de aceite, llenas del Espíritu Santo, llenas de la Palabra de Dios, llenas del anhelo por la venida del esposo, el Señor Jesús.

6. Cantares 2: 8: “¡La voz de mi amado! He aquí él viene / Saltando sobre los montes, / Brincando sobre los collados”. Esta voz del amado que viene la encontramos en Mateo 25 en la parábola de las vírgenes que citamos anteriormente, en el clamor “Ahí viene el esposo”: “Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!” (Mt 25: 6).

1.1.1.6 La cristología en los Profetas mayores

1.1.1.6.1. Cristología en Isaías

Isaías es, junto con los Salmos, el que contiene más referencias a la persona y obra de Cristo; justamente a este texto profético se le llama el Evangelio del Antiguo Testamento. Analizaremos estos tópicos.

1.1.1.6.1.1. Isaías 7

El profeta hace una referencia al nacimiento virginal de Cristo y a su deidad: “Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Is 7: 14), la cual cita el Evangelio Mateo 1: 23 como cumplimiento profético: “Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y

dará a luz un hijo, / Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros”.

1.1.1.6.1.2. Isaías 8

El profeta anuncia con anticipación lo que aconteció durante la primera venida de Cristo con los que lo rechazaron del Pueblo de Israel; la Palabra que el Señor predicó fue piedra de tropiezo por cuanto no quisieron recibir el amor de la verdad para ser salvos: “Entonces él será por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, y por tropezadero para caer, y por lazo y por red al morador de Jerusalén. Y muchos tropezarán entre ellos, y caerán, y serán quebrantados; y se enredarán y serán apresados” (Is 8: 14-15). En la Primera Epístola a los Corintios 1: 23 el apóstol Pablo manifiesta que Cristo es tropezadero a los judíos, por cuanto estos no recibieron su testimonio: “pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura”.

1.1.1.6.1.3. Isaías 9

Isaías 9: 2 se refiere a la primera venida de Cristo y a su ministerio en Galilea: “El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos”. El cumplimiento ocurre en el Evangelio según Mateo 4: 14-16: “Para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, / Camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; / El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; / Y a los asentados en región de sombra de muerte, / Luz les resplandeció”. En el versículo 6 de Isaías 9 se profetiza el nacimiento de Cristo, su ministerio y su deidad; también contempla la adoración que merece: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz”. Más adelante, en Isaías 9: 7, el profeta continúa anunciando de antemano lo que acontecerá en el Reino de Cristo: “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el

trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto”. Se profetiza aquí el tiempo en que Jesús se sentará en el trono de David como Rey, lo cual acontecerá durante el Milenio; pero también se hace una referencia al Reino Eterno de Cristo, cuando haya Cielos Nuevos y Tierra Nueva.

1.1.1.6.1.4. Isaías 11

El profeta hace referencia a la ascendencia de Jesús en Isaí, padre de David y también menciona al Espíritu Santo que reposaría sobre Él: “Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová” (Is 11: 1-2).

Otras referencias proféticas que hace Isaías apuntan a Jesús como juez, y a su juicio después de la Tribulación sobre el mundo y sobre el anticristo (el impío): “Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío” (Is 11: 3-4).

Pero el profeta también hace alusión al Reino Milenial cuando abundará la justicia, la paz y el amor; la maldición que pesa sobre la Tierra será parcialmente removida, no habrá guerra ni animales salvajes y en todo lugar se hablará y se enseñará la Palabra de Dios, al igual que la alabanza cubrirá toda la Tierra: “Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura. Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán

mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar. Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa” (Is 11: 5-10). En este pasaje se hace referencia al templo milenal donde todos podrán adorar a Dios, rendirle gloria a Cristo quien estará sentado en el trono de David.

1.1.1.6.1.5. Isaías 28

Isaías también afirma que Cristo es la piedra angular; en el Nuevo Testamento se hace referencia a esta metáfora que también se usa en los Salmos. Cristo es el fundamento sobre el cual se edifica la Iglesia, es la roca de salvación: “por tanto, Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure” (Is 28: 16).

1.1.1.6.1.6. Isaías 32

En este capítulo hay dos referencias: una a Cristo como Rey y otra al ministerio terrenal del Señor en su primera venida: “He aquí que para justicia reinará un rey, y príncipes presidirán en juicio. Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como refugio contra el turbión; como arroyos de aguas en tierra de sequedad, como sombra de gran peñasco en tierra calurosa. No se ofuscarán entonces los ojos de los que ven, y los oídos de los oyentes oirán atentos. Y el corazón de los necios entenderá para saber, y la lengua de los tartamudos hablará rápida y claramente” (Is 32: 1-4). Esta profecía sobre los tartamudos que serán sanados la cumplió el Señor en el Evangelio según Marcos 7: 31-35. Pero el profeta pone los dos eventos juntos, el del reinado milenal de Cristo y su primera venida, porque en esta el Señor vino a demostrar cómo va a ser su reino durante esos mil años: un tiempo de sanidad, de paz, de prosperidad, de justicia, de santidad. Por ello,

cuando el Señor dijo que el Reino de los Cielos se ha acercado, estaba manifestando lo que será dicho reino después de su segunda venida.

1.1.1.6.1.7. Isaías 35

En este capítulo 35 de Isaías hay varias profecías relacionadas con Cristo; la primera se remite a la segunda venida de Cristo en cuya faz se revela la gloria de Dios: “Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa. Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo; la gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón. Ellos verán la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro. Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles. Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará. Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán” (Is 35: 1-4). Esta última referencia es al ministerio milagroso del Señor en su primera venida; Isaías profetiza otros eventos en este capítulo: “Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad”. Pero el profeta pasa nuevamente a describir el Reino Milenial de Cristo y su continuidad en el Reino Eterno cuando dice que el gozo será perpetuo: “El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas; en la morada de chacales, en su guarida, será lugar de cañas y juncos. Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad; no pasará inmundo por él, sino que él mismo estará con ellos; el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará. No habrá allí león, ni fiera subirá por él, ni allí se hallará, para que caminen los redimidos. Y los redimidos de Jehová volverán, y vendrán a Sion con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido” (Is 35: 7-10). En Apocalipsis 21: 4 el Señor dice: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las

primeras cosas pasaron”. Vemos la relación entre las dos profecías que unen el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento.

1.1.1.6.1.8. Isaías 40

En esta profecía Isaías profetiza el ministerio de Juan el Bautista: “Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane. Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado” (Is 40: 3). Esta profecía se cumplió en el Evangelio según Lucas 3: 4-7.

1.1.1.6.1.9. Isaías 42

En este capítulo se describen varios eventos del ministerio de Jesús. Veamos: el versículo 1 remite a su bautismo, cuando el Espíritu Santo se posó sobre él y el Padre se agradó diciendo: “este es mi hijo amado en quien tengo complacencia” (cf. Mt 3: 17). Jesús trajo justicia a las naciones porque Él nos presenta como justos delante de Dios Padre cuando hemos creído en Él y lo hemos recibido en el corazón. Y esta justicia la logró con la verdad, pues él es el Camino, la Verdad y la Vida, y llegó al mundo para dar cuenta de la verdad. A partir del versículo 6 de Isaías 42, se habla de los atributos de Jesús: luz del mundo, luz de las naciones, quien quita la ceguera espiritual y saca de la cárcel a los cautivos por el diablo, hacia la libertad de la salvación. “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzaré su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia. No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su Ley. Así dice Jehová Dios, Creador de los cielos, y el que los despliega; el que extiende la tierra y sus productos; el que da aliento al pueblo que mora sobre ella, y espíritu a los que por ella andan: Yo Jehová te he llamado en justicia, y

te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas. Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas. He aquí se cumplieron las cosas primeras, y yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a luz, yo os las haré notorias” (Is 42: 1-9).

1.1.1.6.1.10. Isaías 49

En este capítulo el profeta describe a Jesús como el Salvador; también se refiere a su obra con los gentiles y judíos, a su ministerio terrenal y a su obra en el Milenio cuando todos lo adorarán como Rey: “dice: Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra. Así ha dicho Jehová, Redentor de Israel, el Santo suyo, al menospreciado de alma, al abominado de las naciones, al siervo de los tiranos: Verán reyes, y se levantarán príncipes, y adorarán por Jehová; porque fiel es el Santo de Israel, el cual te escogió” (Is 49: 6-7).

1.1.1.6.1.11. Isaías 50

En este pasaje se detalla un evento del padecimiento de Cristo: “Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos” (Is 50: 6). Esta profecía se cumplió en el Evangelio según Mateo 27: 26-30.

1.1.1.6.1.12. Isaías 52

En este pasaje se reitera la segunda venida de Cristo: “Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro” (Is 52: 10). Pero también podemos aplicar esta profecía a la primera venida del Señor, pues vino a traer salvación a toda la humanidad. El profeta también describe la exaltación de Jesús, a la cual se refiere el apóstol Pablo en

Filipenses 2: 9; pues ya se habían cumplido los eventos profetizados del nacimiento, ministerio, muerte, resurrección y ascensión de Jesús al cielo: “He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto” (Is 52: 13). Isaías también describe cómo Jesús sería desfigurado por el sufrimiento: “Como se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres” (Is 52: 14). El cumplimiento lo encontramos en Marcos 15: 17, 19. Otro evento profético al que se refiere el pasaje de Isaías es la segunda venida de Cristo y a cómo su juicio se ejecutará sobre reyes, grandes y pequeños, y sobre toda la humanidad: “así asombrará él a muchas naciones; los reyes cerrarán ante él la boca, porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído” (Is 52: 15).

1.1.1.6.1.13. Isaías 53

Este capítulo de Isaías contiene una gran cantidad de detalles sobre el sacrificio de Cristo en la cruz del calvario. Veamos estos detalles: como en Isaías 52, el profeta habla de cómo Jesús sería desfigurado por el sufrimiento: “Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos” (Is 53: 2); el cumplimiento lo encontramos en el Evangelio según Marcos 15: 17-19. El profeta también describe el desprecio y rechazo del que fue víctima Jesús y cuyo cumplimiento tiene lugar en Juan 12: 37-38: “Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is 53: 3-5). Se describe aquí que Jesús llevó nuestros pecados y transgresiones, lo cual se confirma en la Epístola a los Romanos 4: 25 y en la Primera Epístola de Pedro 2: 24-25. Él llevó

todos nuestros pecados en la cruz del calvario, por Él tenemos redención, justificación, reconciliación, paz para con Dios y salvación. Isaías continúa presentando detalles de la muerte de Cristo; cómo no abrió su boca cuando fue acusado y vituperado, cuyo cumplimiento lo encontramos en el Evangelio según Lucas 23: 9, en el Evangelio según Marcos 15: 5 y en el Evangelio según Mateo 26: 63. El profeta también dice que Jesús sería nuestro sustituto, pues Él es la propiciación por nuestros pecados; se describe entonces la muerte vicaria de Cristo y el rescate que Él daría por nuestros pecados, nuestras transgresiones: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido” (Is 53: 6-8). A esto se refiere Pablo en la Segunda Epístola a los Corintios 5: 21.

Otro detalle que Isaías profetiza en este capítulo 53 es que Jesús moriría en medio de impíos y que sería enterrado en la tumba de un hombre rico: “Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca” (Is 53: 9). Esto se cumplió en el Evangelio según Marcos 15: 27-28, en el Evangelio según Lucas 22: 37 y en Juan 19: 38-42.

El profeta señala también la expiación que hizo Jesús y cómo salvaría a todos los que creyeran en él, lo cual se corrobora en Juan 3: 16 y en los Hechos de los Apóstoles 16: 31; también se hace referencia a la justificación que Cristo llevaría a cabo por los pecadores que lo reciban y crean en Él: “Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y

llevará las iniquidades de ellos. Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartiré despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores” (Is 53: 10-12). El profeta reitera que Jesús es nuestro sustituto, su muerte vicaria trae salvación; se agrega aquí un detalle profético y es la oración que hizo el Señor por los que lo escarnecieron y asesinaron, lo cual se cumple en el Evangelio según Lucas 23: 34.

1.1.1.6.1.14. Isaías 60

En este capítulo 60 el profeta hace referencia al nacimiento de Cristo y a su obra salvadora porque en él nos convertimos de las tinieblas a la luz: “Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria. Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento” (Is 60: 1-3).

1.1.1.6.1.15. Isaías 61

En el capítulo 61 Isaías profetiza las palabras que Jesús daría al inicio de su ministerio terrenal cuando hace su aparición en la sinagoga (cf. Lc 4: 16-21) y señala que en su persona se daba el cumplimiento de esta profecía referida a su obra en la Tierra por la salvación de los seres humanos: “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya” (Is 61: 1-3).

1.1.1.6.1.16. *Isaías 62*

Una última referencia cristológica digna de mencionar se encuentra en este capítulo 62 al final de Isaías: “He aquí que Jehová hizo oír hasta lo último de la tierra: Decid a la hija de Sion: He aquí viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él, y delante de él su obra” (Is 62: 11). Se profetiza la primera venida de Cristo como salvador.

1.1.1.6.2. *La cristología en Jeremías*

La cristología en Jeremías se revela a través de dos hechos: la venida del Mesías y el anuncio del Nuevo Pacto. En Jeremías 23: 5-6 se dice: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra”. Jesús es el renuevo justo, es Jehová justicia nuestra, es el Salvador. Jeremías centra su profecía en el Pueblo de Israel y en la relación que Jesús tendrá con este, en un marco escatológico, al final de los tiempos cuando venga por segunda vez como Rey a juzgarlo, e Israel se vuelva arrepentido a Él, entonces, “será salvo”. Este contexto temporal se confirma en el versículo 8: “sino: vive Jehová que hizo subir y trajo la descendencia de la casa de Israel de tierra del norte, y de todas las tierras adonde yo los había echado; y habitarán en su tierra”. Este cumplimiento ocurrirá durante el Milenio, cuando Israel reciba todas las promesas de Dios, incluso la tierra del pacto.

El otro pasaje cristológico es el de Jeremías 31: 31-34 en el que se profetiza el Nuevo Pacto que está sustentado en el sacrificio aceptable de Cristo. Se expone este pacto con la casa de Israel y la casa de Judá. Para esta nación, el período de cumplimiento es futuro y comenzará cuando el libertador venga y continúe por toda la eternidad. Este Nuevo Pacto también tiene relación con la Iglesia,³ pues ella recibe hoy los

3 Algunos autores dispensacionalistas hablan de dos nuevos pactos, uno para la Iglesia que se encontraría en el Evangelio de Lucas 22: 20 y otro para Israel en el reino, que se encontraría en Jeremías 31: 31-34 (Couch, 1999, p. 358; Chafer, 1986, p. 44). En realidad se trata del mismo Nuevo Pacto,

beneficios, ya que Israel despreció la bendición, al rechazar a Cristo. La Iglesia disfruta los privilegios, en Espíritu, no en letra; y los disfruta por la gracia y la sangre de Cristo. Claro está, que dentro de la Iglesia, los judíos también reciben en este tiempo el beneficio del Nuevo Pacto, cuando se arrepienten, reciben a Cristo y creen en Él como su Señor y Salvador.

El Nuevo Pacto es superior al Pacto Mosáico, no en el plano moral, sino en cuanto a sus efectos; el primero no podía quitar los pecados, solo los cubría; pero el Nuevo Pacto sí quita los pecados, por la sangre de Cristo (cf. Heb 7: 19; Ro 8: 3-4).

1.1.1.6.3. La cristología en Ezequiel

La cristología en Ezequiel la encontramos en la profecía mesiánica cuando describe el Reino de Dios en el Milenio (Ez 40, 1-48, 35): “Me llevó allí, y he aquí un varon, cuyo aspecto era como aspecto de bronce; y tenía un cordel de lino en su mano, y una caña de medir; y él estaba a la puerta” (Ez 40: 3). Aquí vemos la descripción de un varón que se asemeja al descrito en Apocalipsis 1: 15, el cual corresponde al Cristo glorificado: “y sus pies semejantes al bronce bruñido”. Se asume, entonces, que el profeta tiene una visión de una cristofanía o una teofanía. Este mismo hombre es el que aparece en Ezequiel 43: 6 donde se corrobora la identidad de Jesús, pues Él habla de su trono, obviamente refiriéndose al reinado milenial: “Y oí uno que me hablaba desde la casa; y un varón estaba junto a mí, y me dijo: Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar donde posaré las plantas de mis pies, en

pero con dos aplicaciones temporales distintas a grupos diferentes. Para Israel tiene cumplimiento durante la Tribulación cuando Israel se convierta a Cristo y durante el Reino Milenial; y para la Iglesia, se ha cumplido en esta edad presente, en la actual dispensación. Ambos grupos, la Iglesia e Israel se benefician del Nuevo Pacto, no obstante, esto no implica que se confundan; se trata de dos dispensaciones y en ambas la salvación es por fe (Couch, 1999, p. 358); esta es la postura de Scofield (1996) que aquí compartimos. Hay también una tercera propuesta sobre el Nuevo Pacto, correspondiente a la de Darby (s. f.), citado por Pentecost (1984, p. 94), según la cual el Nuevo Pacto solo es aplicable al pasaje de Jeremías 31; y todas las referencias del Nuevo Testamento se hacen con respecto a este pasaje que se aplica al Pueblo de Israel y no a la Iglesia; esta recibe los beneficios del Nuevo Pacto por el mediador que es Cristo. Consideramos como Scofield que hay evidencias bíblicas para hablar de un solo Nuevo Pacto con doble aplicación, a la Iglesia y a Israel.

el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre; y nunca más profanará la casa de Israel mi santo nombre, ni ellos ni sus reyes, con sus fornicaciones, ni con los cuerpos muertos de sus reyes en sus lugares altos.” (Ez 43: 6-7). Nótese cómo el varón habla de su trono y de su santo nombre, lo cual hace clara alusión a Cristo como Rey. Esta santidad del hombre visto por Ezequiel se reitera en el versículo 8: “mediando sólo una pared entre mí y ellos, han contaminado mi santo nombre con sus abominaciones que hicieron”. Después de estos pasajes, Ezequiel cita las palabras de Jesús acerca de la construcción del templo, que se gobierna por la Ley de la santidad; este es el templo milenial⁴ donde reinará Cristo, el cual representa la continuidad del pasado y el santuario divinamente constituido para el culto caracterizado por la santidad.

1.1.1.6.4. La cristología en Daniel

En Daniel encontramos varias referencias cristológicas. En el capítulo 7: 13-14 el profeta tiene una visión de Cristo referida a su reino al fi-

-
- 4 El templo milenial se construirá por la misericordia de Dios, una vez que Israel se arrepienta y acepte a Cristo como Mesías Salvador. En la Biblia se describen siete templos: 1. El templo de Salomón cuya construcción se originó en el deseo de David de hacer casa para Dios, la cual edificó su hijo (2 S 1: 1-29; Ro 8: 1); este templo fue destruido por los ejércitos de Nabucodonosor en la derrota de Jerusalén en 586 a. C. (Jer 32: 28-44).
- 1) El templo de Zorobabel, el cual estuvo en construcción durante el ministerio del profeta Zacarías; se completó y dedicó en 516 a. C. (Esd 6, 1-22); este templo fue profanado por Antíoco Epifanes en 169 a. C.
 - 2) El templo de Herodes; es la restauración del templo de Zorobabel bajo la administración de Herodes el Grande, que se inició en 19 a. C. y casi se terminó en 70 d. C. Fue destruido por los romanos. Después de este templo, no ha habido otro en Jerusalén.
 - 3) El templo del tiempo presente. Este corresponde al corazón del creyente; la Biblia enseña que somos templo del Espíritu Santo; aquí reina Jesús hasta que regrese por segunda vez (1 Co 6: 19; 2 Co 6: 16-18).
 - 5) El templo de Apocalipsis 11. Este templo será construido por el anticristo durante la Tribulación; en la Segunda Epístola a los Tesalonicenses, el apóstol Pablo lo llama el sitio de la abominación desoladora citado por Daniel (Dn 9: 2; Mt 24: 15); este templo será destruido por el reino del anticristo (Ap 17 y 18).
 - 6) El templo milenial. Es el que se describe en Ezequiel 40: 1; 42: 20); es el mismo que el profeta Zacarías ve en el capítulo 6, 12, 13; será construido por el propio Mesías quien gobernará como Rey-Sacerdote durante los mil años, después de su segunda venida.
 - 7) El templo eterno de la presencia del Señor, el cual se muestra en Apocalipsis 21: 22; no es templo físico porque el templo es Dios mismo y el Cordero (Ap 21 y 22) (Biblia Siglo XXI, 1999, p. 1237). Hays (2016) incluye al Jardín del Edén dentro de los templos por cuanto la presencia de Dios se paseaba en todo este lugar, lo cual es comparable con la Nueva Jerusalén en la cual no habrá templo porque Dios mismo será el templo: “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Ap 21: 2).

nal de los tiempos: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”. El profeta se refiere aquí a la segunda venida de Cristo que será con gran poder y gloria; después de la cual se inaugurará el Reino Milenial, y después de haber destruido a todos sus enemigos, tendrá un Reino Eterno⁵.

En el capítulo 10: 5 también encontramos contenido cristológico, específicamente en la descripción de una teofanía; Daniel vio un varón vestido de lino: “Y alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino, y ceñidos sus lomos con oro de Ufaz. Su cuerpo era como de berilo, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud” (Dn 10: 5-6).

Esta descripción se asemeja a la de Apocalipsis 1: 13-15: “y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas”.

En Daniel 9: 24 encontramos otra referencia cristológica importante: “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos”. Es importante reiterar que la

5 El Templo Eterno de la presencia del Señor, el cual se muestra en Apocalipsis 21: 22; no es templo físico porque el templo es Dios mismo y el Cordero (Ap 21 y 22) (Biblia Siglo XXI, 1999, p. 1237). Hays (2016) incluye al Jardín del Edén dentro de los templos por cuanto la presencia de Dios se paseaba en todo este lugar, lo cual es comparable con la Nueva Jerusalén en la cual no habrá templo porque Dios mismo será el templo: “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Ap 21: 2).

respuesta que da Gabriel a Daniel se refiere al pueblo de Israel; nótese cómo dice “sobre tu pueblo”, porque justamente se debe a la oración del profeta: “Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de *mi pueblo Israel*, y derramaba mi ruego delante de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios” (Dn 9: 20). Del versículo 24 de Daniel se pueden extraer seis objetivos con respecto a dicho pueblo (Benware, 2010, p. 275):

1. Para terminar la prevaricación. Esto se refiere a la rebeldía y apostasía del Pueblo de Israel, las cuales terminarán durante la Tribulación cuando este se vuelva en fe a Jesucristo.
2. Poner fin al pecado. Israel se caracterizó por una vida de pecado, siempre violando los mandamientos de Dios; durante la Tribulación, se arrepentirá y aceptará a Jesús como Mesías.
3. Expiar la iniquidad. La única manera de que Israel logre la salvación es arrepintiéndose y aceptando el sacrificio de Cristo como el único que quita el pecado. Esto ocurrirá en la Tribulación; la provisión de la cruz alcanzará al Pueblo de Israel y este podrá entonces entrar en el Nuevo Pacto.
4. Para traer la justicia perdurable. Solo a través del arrepentimiento y la aceptación de Jesús como salvador, habrá limpieza para Israel y podrá declararse justa; de esta manera, podrá entrar en el Reino Milenial.
5. Sellar la visión y la profecía. Este objetivo se refiere al hecho de que la profecía se cumplirá a cabalidad y no habrá más revelación. Cuando en el cumplimiento de los tiempos el Pueblo de Israel se arrepienta, reconozca a Cristo como Salvador y Mesías, sea salvo y pueda entrar en el Milenio, entonces Cristo reinará sobre él, se habrán cumplido las provisiones del Pacto Abrahámico y Davídico; además, se habrán ejecutado los juicios sobre el Pueblo de Israel,

las naciones, los ángeles, Satanás y sus demonios, y todos los incrédulos. Toda la profecía se cumplirá y se acabará.

6. Ungir al Santo de los santos. Este objetivo se refiere al reconocimiento de Cristo como Mesías por parte de Israel y la unción del Lugar Santísimo (el Templo).

Pentecost (1984, p. 186) plantea que los tres primeros objetivos se relacionan con el sacrificio del Mesías que se refiere a la limpieza del pecado de la nación. Los otros tres, por su parte, se relacionan con el establecimiento del reinado de la justicia perdurable, esto es, al Reino Milenial de Cristo, el cual solo puede establecerse cuando el lugar santo sea ungido en el templo milenial.

Las referencias cristológicas importantes de Daniel se encuentran en su profecía de las setenta semanas, las cuales se relacionan en su totalidad con el Señor Jesús. Veamos: “Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y setenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario” (Dn 9: 25-26). Veamos la descripción de los eventos en orden para corroborar la relación de la profecía de Daniel con Cristo (Pentecost, 1984, pp. 185-186):

1. Se mencionan dos príncipes diferentes: el Mesías príncipe, Cristo (25), y un príncipe que ha de venir (26).
2. Se especifica que el período es exactamente de setenta semanas (24), las cuales están divididas en tres periodos menores:
 - a. Uno de siete semanas.
 - b. Uno de sesenta y dos semanas.
 - c. Una semana (25,27).

3. El principio de todo el período de las setenta semanas está fijado desde la salida de la orden para restaurar y edificar Jerusalén (25).
4. El fin de las siete semanas y las sesenta y dos semanas (sesenta y nueve semanas) se caracterizará por la aparición del Mesías príncipe de Israel, Cristo (25).
5. Un tiempo más tarde, después de las sesenta y dos semanas que siguen a las primeras siete semanas (después de las sesenta y nueve semanas), se quitará la vida al Mesías, a Cristo, y Jerusalén será otra vez destruida por el pueblo de otro príncipe que aún está por venir (26); el Templo será destruido. Estos dos eventos ya ocurrieron; por tanto, estamos a la espera del inicio de la septuagésima semana de Daniel que corresponde a los siete años de Tribulación. Entre la semana sesenta y nueve y la septuagésima se desarrolla el programa de la Iglesia.
6. Después de los eventos mencionados, llega la última semana denominada la septuagésima, cuyo principio se caracterizará por el establecimiento de un pacto firme entre el príncipe venidero (el anticristo) y la nación judía por un período de una semana (siete años) (27).⁶
7. A la mitad de la septuagésima semana, el príncipe venidero (el anticristo) romperá el pacto o tratado y hará cesar el sacrificio judío; sobrevendrá un período de ira y desolación que durará hasta el fin completo de la semana (27).
8. Al terminar todo el período de las setenta semanas, ocurrirá la segunda venida de Cristo y se iniciará un tiempo de bendiciones para la nación de Israel durante el Milenio.

6 Es importante mencionar nuestro punto de vista según el cual, antes del inicio de la Tribulación, ocurrirá el arrebato de la Iglesia. No obstante, la Biblia no establece cuánto tiempo transcurrirá entre el rapto de la Iglesia y el inicio de la Tribulación; pueden ser semanas o un mes o varios. Lo que sí es claro es el inicio de dicha "semana" o siete años de Tribulación, los cuales están marcados por el pacto que Israel hará con el anticristo.

las setenta semanas de Daniel

7 SEMANAS	62 SEMANAS	DESPUÉS	PARÉNTESIS	1 SEMANA DE 7 AÑOS	SEGUNDA VENIDA DE CRISTO
		(1)MESÍAS ASESI- NADO (2)JERUSALÉN DESTRUIDA	ERA DE LA IGLESIA PERÍODO DE LA GRACIA	JUICIO DE LA TRIBULACIÓN	

Fuente: Elaboración propia según Benware (2010, p. 202).

1.1.1.7. La cristología en los Profetas menores

En Oseas, Cristo se muestra como el Rey al que acudirá el pueblo de Israel al final de los tiempos, cuando este sea restaurado: “Después volverán los hijos de Israel, y buscarán a Jehová su Dios, y a David su rey; y temerán a Jehová y a su bondad en el fin de los días”, (Os 3: 5). La ubicación temporal de Oseas, posterior a David y el contexto profético del versículo “en los días postreros”, nos permiten inferir que este “David, su rey”, se trata de Cristo Rey.

Este profeta también se refiere a la primera venida de Cristo, en cuanto a un hecho concreto que aconteció cuando nació el Señor: “Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo” (Os 11: 1), y que se narra en el Evangelio según Mateo 2: 13-15: “Después que parcieron ellos, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José y dijo: levántate y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto [...] y estuvo allá hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta, cuando dijo: de *Egipto llamé a mi Hijo*”.

En Jonás encontramos la citación que Jesús hace de sí mismo sobre su resurrección (Mt 12: 39 y ss.; Lc 11: 29 y ss.), con respecto a los tres días y las tres noches que pasó el profeta en el vientre del pez y luego fue rescatado.

En Miqueas la cristología se revela en la profecía sobre la primera venida del Mesías, su nacimiento: “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será el Señor en Israel, y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Mi 5: 2). Se especifica el lugar de nacimiento de Cristo y su atributo de eternidad.

Dentro de los profetas menores, Zacarías es uno de los que contiene más referencias cristológicas. En primer lugar, se hace referencia a la venida del renuevo (Zac 3: 8), es decir, Cristo, y su reinado (Zac 6: 12-13); se profetiza la entrada triunfal a Jerusalén en un pollino (Zac 9: 9; Lc 10: 20), el dinero con el que fue vendido Jesús por el traidor Judas (Zac 11: 12-13; Mt 26: 15), la segunda venida de Cristo, el retorno de Israel a Él y la purificación de este pueblo (Zac 12: 10); también se profetiza la crucifixión de Cristo “a quien traspasaron”; y el momento en que Jesús es apresado, su sufrimiento y el abandono de sus discípulos (Zac 13: 7; Mt 26: 31).

Finalmente, Malaquías profetiza varios hechos cristológicos:

1. El mensajero que prepararía el camino del Señor Jesucristo; la referencia aquí es a Juan el Bautista (Mal 3: 1; Mr 1: 2⁷; Mt 11: 10-14).
2. Cristo viene a su templo y purifica a su pueblo (Mal 3: 1-3; Jn 2: 14-17; Heb 13: 12).
3. La segunda venida de Jesús que trae juicio (Mal 4: 1; Ap 20: 11-15).

7 El *Textus Receptus* posee la referencia correcta del Evangelio según Marcos 1: 2, donde se habla de “los profetas”; esta aparece en las versiones hispanas Reina Valera 1602; Reina Valera Gómez; y en la versión inglesa King James autorizada, entre otras. En la Reina Valera 1960 hay un error en el Evangelio según Marcos 1: 2, pues dice “el profeta Isaías”, que proviene de haber introducido un cambio proveniente del Texto Crítico de Nestlé-Aland, basado en los manuscritos corruptos del Códice Sinaítico y Vaticano. En el *Textus Receptus*, basado en los textos mayoritarios bizantinos, encontramos que no dice “Isaías”, sino “los profetas”, pues realmente la cita es de Malaquías, como se corrobora con la evidencia interna en el Antiguo Testamento.

4. Cristo sana a su pueblo como el sol de justicia (Mal 4: 2; Mt 12: 15; Ap 21: 4).
5. Cristo es referenciado como el sol de justicia (Mal 4: 2).

1.1.2. La cristología en el Nuevo Testamento

La cristología en el Nuevo Testamento no la analizaremos detalladamente aquí, pues será el tema del resto del libro, ya que la doctrina en su mayoría se sustenta con los pasajes de sus diferentes libros. Solo comentaremos de manera general cómo se contempla a Cristo en los Evangelios, las cartas paulinas, las Epístolas universales, y presentaremos los principales pasajes cristológicos.

1.1.2.1. La cristología en los Evangelios

En el Evangelio según Mateo, Cristo es visto como el Mesías, el Rey, que había de venir; por ello el escritor cita las profecías del Antiguo Testamento, manifestando su cumplimiento en dicho tiempo. En el Evangelio según Marcos Jesús es visto como el siervo sufriente que profetizó Isaías (Is 53). En el Evangelio según Lucas es visto como el Salvador, como el Hijo del Hombre quien vino a salvar y ministrar a todos. Finalmente, Juan muestra a Jesús como Dios, el Hijo de Dios, el unigénito Dios, el Yo Soy.

1.1.2.2. La cristología paulina

Pablo presenta a Cristo en su humanidad y en su divinidad; varios pasajes así lo demuestran. La Epístola a los Filipenses 2: 6-8 describe a Cristo como aquel que siendo en forma de Dios e igual a Dios se hizo siervo, es decir, hombre. Colosenses 1: 15 dice que Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito porque en todo tiene la preeminencia.

Pero en las Epístolas paulinas, Jesús también es el salvador, el redentor por quien tenemos expiación, perdón de pecados; Él es nuestra

justificación (Ro 5: 1; 1 Co 1: 30), es también la cabeza de la Iglesia y el que ha de venir (1 Ts 4: 13-18).

1.1.2.3. Cristología en la Epístola a los Hebreos

Esta Epístola se retomará en todo el libro; por tanto, aquí solo adelantaremos un breve comentario. En la Epístola a los Hebreos, Cristo se muestra como el gran Sumo Sacerdote (Heb 4: 14-16), el mediador de un Nuevo Pacto (Heb 8: 1-13), el sacrificio por el pecado (Heb 10: 5), el autor y consumidor de la fe (Heb 12: 2).

1.1.2.4. Cristología petrina

Pedro presenta al Cristo preencarnado cuando afirma que fue anunciado por los profetas (1 P 1: 10-11); también muestra al Señor Jesús en la gloria de su transfiguración (2 P 1: 16); y como salvador, porque lo denomina reiteradamente en su segunda Epístola como Jesús Nuestro Señor (2 P 1: 2), Nuestro Señor Jesucristo (2 P 1: 14-16), Señor y Salvador (2 P 3: 2), Nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 P 1: 1).

1.1.2.5. Cristología juanina

En sus cartas, Juan mantiene la misma línea cristológica de su evangelio, reiterando la divinidad de Cristo quien es el Verbo encarnado (1 Jn 1: 1-4), nuestro abogado (1 Jn 2: 1), el Hijo de Dios, el verdadero Dios y la vida eterna (1 Jn 5: 20).

En Apocalipsis Juan reitera la divinidad de Cristo, sus oficios de juez y Rey, su soberanía, su poder, su obra expiatoria; en los títulos que el apóstol enuncia se puede corroborar esto: el primero y el último, el alfa y el omega, el eterno y el todopoderoso (1: 8; 21: 6; 22: 13), el Rey de reyes y Señor de los señores (19: 16), el Señor del mundo invisible (12: 10; 13: 8), el Verbo de Dios, el Cordero.

1.1.2.6. Cristología en la Epístola de Judas

Aquí Cristo se muestra como nuestro único Señor y Salvador (4), el que castigó a Israel en el desierto al igual que hizo con los ángeles

rebeldes (5); también es el juez (14); y el que es poderoso para guardarnos sin caída, el único sabio, nuestro Salvador quien merece toda gloria, majestad, imperio, potencia por los siglos de los siglos (24-25).

1.1.2.7. Los principales pasajes cristológicos

En el Nuevo Testamento se pueden establecer cuatro grandes pasajes cristológicos en los que se sintetiza la doctrina sobre nuestro Señor Jesucristo. Veamos:

	Jn 1; 14	Fil 2	Col 1; 2	Heb 1; 2
1. Su relación divina con el Padre	El verbo (1: 1-4)	Forma de Dios (2: 6)	La imagen del Dios invisible (1: 15, 19)	La revelación de Dios (1: 2)
	Gloria radiante (1: 14; 14: 7)			
	Unigénito (1: 14, 18)	Igual a Dios (2: 6)	Primogénito (1: 15, 18)	Primogénito (1: 6)
	Hijo (3: 16)	Siervo (2: 7)	Hijo amado (1: 13)	Hijo (1: 2a, 5, 8)
2. Su obra divina: a. Creación de todo b. Salvación	1: 1-3 1: 12, 13	2: 6-8	1: 16-18 1: 4, 5, 19-22; 2: 6, 13-15	1: 2, 3, 10 1: 3; 2: 10, 11
3. Su naturaleza divina: a. Exclusivamente b. En la carne	Theos (Dios) 1: 1, 18	Theos (Dios) 2: 6	Theotetos (deidad) 2: 9	Theos (Dios) 1: 8
	1: 18; 14: 6	2: 6	1: 19; 2: 9	1: 3
	1: 14	2: 7, 8	2, 9	1: 6; 2: 14-18

Fuente: Biblia Siglo XXI (1999, p. 1786).

1.2. La doctrina cristológica en la historia humana

Después de analizar la doctrina cristológica en la Biblia, es importante que la observemos en las diferentes corrientes, en la historia humana, para registrar los diferentes cambios doctrinales. Tomaremos tres periodos:

1. Antes de la reforma hasta el Concilio de Calcedonia.
2. Después del Concilio de Calcedonia.
3. Después de la Reforma.

En la literatura cristiana primitiva predomina la doctrina de la divinidad y humanidad de Cristo, su impecabilidad y merecedor de toda adoración. No obstante, el judaísmo rechazaba a Cristo como Dios y ejercía alguna influencia en los cristianos de extracción judía. Así es como los ebionitas, herejes de origen judío a finales del siglo I y principios del siglo II, rechazaron la deidad de Jesús y lo consideraron como un hombre, hijo de José y María, que fue capacitado por el Espíritu Santo para ser el Mesías. En la segunda mitad del siglo II, aparece Cerinto, un pagano cristiano gnóstico, quien decía que Jesús era un hombre común y corriente hijo de María y José, pero Cristo era un espíritu superior o una fuerza poderosa que descendió sobre Jesús cuando Juan lo bautizó. La Biblia condena estas posturas, en especial en los escritos del apóstol Juan en su evangelio y en sus Epístolas (Jn 1: 14; 20: 31; 1 Jn 2: 22; 4: 2-3; Lacueva, 2004, p. 38).

También se encuentran los alogistas quienes negaban que Jesús fuera el Logos y lo consideraban como un simple hombre. Estos y los monarquianos dinámicos afirmaban erróneamente que Cristo descendió sobre Jesús cuando fue bautizado, y así obtuvo poderes sobrenaturales.

En este período encontramos otro grupo que ya no rechazaba la deidad de Cristo, sino su humanidad; los gnósticos consideraban que la materia era inherentemente mala y, por tanto, Cristo no pudo tener

un cuerpo. Decían que era un espíritu consustancial con el Padre. Asumían que Cristo descendió sobre Jesús en el momento del bautismo, pero lo dejó antes de la crucifixión; otros negaban la realidad terrenal del cuerpo humano de Cristo; los docetas consideraban que era un cuerpo-fantasma, que tenía una apariencia de cuerpo humano. La Biblia condena esto, en especial los Evangelios. También encontramos textos explícitos sobre la humanidad real de Cristo, como la Epístola a los Hebreos 2: 14, la Primera Epístola a Timoteo 3: 16, la Primera Epístola de Juan 4: 2-3, entre otros.

En los primeros siglos también encontramos la herejía sobre el anonomamiento de Cristo (Lacueva, 2004, p. 39) que malinterpretaba y tergiversaba la Epístola a los Filipenses 2: 7, donde se habla de la *kenosis*. Una rama de esta herejía es el monofisismo que planteaba que Jesús se despojó de su poder divino, reduciéndose totalmente a un cuerpo humano. Se niega aquí la divinidad de Cristo y su inmutabilidad.

Otro tema de la cristología que fue motivo de polémica en este período es la unipersonalidad de Cristo. Teodoro de Mopsuestia consideró que Jesús era un mediador compuesto de dos personas. Eutico planteó que la naturaleza humana de Cristo fue absorbida por la divina o que estas se fundieron en una sola naturaleza.

De esta época encontramos varias posturas doctrinales heréticas: el monarquianismo, el arrianismo, el apolinarismo y el nestorianismo. El primero se dividió en dos corrientes; la que planteaba que en Dios hay una sola persona con tres modos de expresarse, correspondiente al monarquianismo modalístico de Sabelio; y el que asumía que Dios es una persona con tres formas distintas de actuar, correspondiente al monarquianismo dinámico de Pablo de Samosata.

El arrianismo, por su parte, negaba la integridad de la naturaleza humana de Jesucristo; no entendieron la unión hipostática en Cristo; asumían que el Verbo era un ser creado, pues no aceptaban la eternidad del Señor Jesús.

El apolinarismo toma su nombre de Apolinar de Laodicea (310-390 d.C.) y defendió la divinidad de Cristo, pero se apoyaba en la tricotomía platónica a partir de la cual negó que la naturaleza humana de Cristo poseyera espíritu propio. Finalmente, el nestorianismo tuvo su antecedente en Teodoro de Mopsuestia quien fue maestro de Nestorio (380-451 d.C); este fue patriarca de Constantinopla en el 428 d.C. y consideraba que en Cristo había dos personas, pues en Él había dos naturalezas individuales que se correspondían con cada una de las personas.

Para resumir lo dicho hasta el momento, tenemos que las herejías sobre la persona de Jesucristo se pueden clasificar en tres grupos (Lacueva, 2004, p. 42):

1. Las que afectan la realidad de las naturalezas de Cristo (ebionitas, cerintianos, docetas).
2. Las que afectan la integridad de dichas naturalezas (arrianos, apolinaristas).
3. Las que afectan la unión personal de las dos naturalezas de Cristo (nestoriano, monofisistas).

Finalmente, en el Concilio de Calcedonia en 451 d. C., se rechazaron las tres posiciones anteriores y se adoptó la doctrina de la unidad de la persona de Cristo y sus dos naturalezas.

Después de este concilio, la cristología de Oriente consideró que en Cristo había una identificación de lo divino y lo humano, y una comunicación de los atributos divinos con la naturaleza humana, deificándose esta última y humanizándose aquella, lo cual es antibíblico. En la Iglesia de Occidente, según Berkhof (1999, p. 364), se optó por el adopcionismo que establecía que Cristo como Logos es el unigénito Hijo, posee naturaleza divina, pero en su naturaleza humana es Hijo de Dios por adopción; plantea, entonces, que el Hijo del Hombre fue

incluido en la unidad del Hijo de Dios y, por ende, Cristo tenía derecho como hijo por naturaleza y derecho como hijo de adopción. Todas estas ideas fueron rechazadas en el sínodo de Fráncfort en 794 d. C., por atentar contra la unidad de la persona de Cristo.

Durante la Edad Media se hizo énfasis en la humanidad de Cristo debido al tema de la expiación. Tomás de Aquino consideró que la naturaleza humana de Cristo recibió una gracia doble:

1. La *gratia unionis* que imparte una dignidad especial, de tal manera que es objeto de adoración.
2. La *gratia habitualis* que lo sostiene en su relación con Dios (Berkhof, 1999, p. 365).

La Reforma aceptó lo establecido en el Concilio de Calcedonia. De esta línea podemos citar las confesiones de Westminster y la del Catecismo de Heidelberg (Lacueva, 2004, p. 58). En el primer caso, específicamente el capítulo 8 que habla de Cristo, el Mediador. Veamos: “El Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad, siendo verdadero y eterno Dios, igual y de una sustancia con el Padre, habiendo llegado la plenitud del tiempo, tomo sobre si la naturaleza humana (1) con todas sus propiedades esenciales y con sus debilidades comunes, mas sin pecado. (2) Fue concebido por el poder del Espíritu Santo en el vientre de la virgen María. (3) Así que, dos naturalezas completas, perfectas y distintas, la divina y humana, se unieron inseparablemente en una persona, pero sin conversión composición o confusión alguna. (4) Esta persona es verdadero Dios y verdadero hombre, un solo Cristo, el único mediador entre Dios y el hombre”.

En la del Catecismo de Heidelberg, en la respuesta a la pregunta número 35 referida a que Jesús fue concebido del Espíritu Santo y nació de María, dice: “Que el eterno Hijo de Dios, el cual es y permanece verdadero y eterno Dios, tomó verdadera naturaleza humana de la carne y de la sangre de la virgen María, por la obra del Espíritu Santo, parece

ser, con todo, verdadero descendiente de David, semejante a sus hermanos en todo, excepto el pecado”.

Después de la Reforma y hasta el siglo XIX, tanto la Iglesia de Roma como la de la Reforma asumieron los planteamientos del Concilio de Calcedonia. Aquí es necesario mencionar a Lutero cuyos postulados dieron lugar al concepto de *communicatio idiomatum* según el cual los atributos divinos de omnisciencia, omnipotencia y omnipresencia fueron comunicados a la naturaleza humana de Cristo. Los teólogos reformados consideraron que esto podría llevar a un eutiquianismo y asumir la fusión de las dos naturalezas de Cristo. En su lugar, plantearon una comunicación de atributos diferentes que se traduce en que después de la Encarnación las propiedades de las dos naturalezas se pueden atribuir a la persona única de Cristo; se asume que estas dos naturalezas no se confunden ni se mezclan, sino que se juntan en una sola persona.

En el siglo XX, el estudio de la persona de Cristo hizo énfasis en el Jesús histórico, un Cristo humano; se establece que la naturaleza humana se eleva a un plano de la perfección ideal. También son de la misma línea las doctrinas kenóticas basadas en la Epístola a los Filipenses 2: 7, las cuales dicen que Cristo se despoja (*ekénosen*) tomando forma de siervo. Esto lo interpretan como si Cristo, el Logos, cambiara en hombre y luego fuera aumentando su sabiduría hasta que volvió a ser Dios, lo cual es antibíblico.

Lacueva (2004) considera que en los siglos XIX y XX ha habido un asalto contra la fe de Calcedonia, atacando las dos naturalezas de Cristo, lo cual se debe a varios factores:

1. El socianismo, un nuevo pelagianismo, que ataca el carácter sustitutorio de la obra de Cristo.
2. El racionalismo que rechaza el misterio, pues la razón es la que explica todo; de esta manera anula la Biblia.

3. El modernismo que plantea un Jesús histórico opuesto al Cristo de la fe que rechaza por considerarlo producto de la fantasía.
4. El existencialismo que considera lo trascendente como incognoscible.

Sin embargo, la cristología basada en la consideración de Cristo como Dios, con dos naturalezas, una divina y una humana, unidas en una persona, se mantiene en todas las Iglesias cristianas evangélicas, las cuales se basan en la Biblia como Palabra inspirada por Dios, con total veracidad y autoridad.

CAPÍTULO 2

Los nombres y títulos de Cristo

Analizaremos aquí los nombres que se le dan al Señor en la Biblia, tanto los nombres-títulos como los que marcan designaciones referidas a su persona, atributos y obra. Veamos.

2.1. Jesús

Es el nombre personal del Señor. Es la forma griega del hebreo *Jehoshua, Joshua, Jeshua*. Se acepta que proviene de la raíz *yasha'* que se cambió en *hoshia'*, cuyo significado es “salvar” (Lc 1: 30-31; Is 43: 3; 49: 26; 62: 11; Zac 9: 9; Lc 1: 69, 2: 11; Jn 4: 42; Hch 5: 31; Fil 3: 20; 1 Jn 4: 14; Jud 1: 25) y Salvador (Ef 5: 23; Tit 1: 4; 3: 6; 2 P 2: 20). En la Biblia también encontramos la expresión “Señor Jesús” (Hch 15: 11).

El concepto de *salvación* al que remite el nombre Jesús nos lleva al Antiguo Testamento en el que se habla de Jehová como El Salvador. En Isaías 45: 21-23 de Jehová se dice que Él es el único Dios, justo y salvador, que no hay otro Dios; y que ante Él se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua: “Y no hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ningún otro fuera de mí. Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más. Por mí mismo hice

juramento, de mi boca salió palabra de justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua”. Compárense estos versículos con la Epístola a los Filipenses 2: 10-11: “para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

En el Antiguo Testamento se dice que solo en Jehová hay salvación. En el Salmo 27: 1 se dice: “Jehová es mi luz y mi salvación”; y en Hechos de los Apóstoles 4: 12 se afirma: “y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”. Son evidentes las equivalencias entre Jehová-Salvador y Jesús-Salvador.

2.2. Hijo del Hombre

En el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento, la palabra “hijo” señala una participación física, moral social o espiritual con otros, de manera que, en lo que concierne a Jesús, resalta la realidad de la humanidad de Cristo y, por ende, su asociación con la raza. En el Salmo 8 leemos: “Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?”; esto designa el alto destino del hombre puesto para señorear, tal como Dios dijo cuando lo creó: “hagamos al hombre a nuestra imagen [...] y tenga dominio sobre peces [...] aves [...] bestias” (Gn 1: 26). El autor de la Epístola a los Hebreos cita este Salmo para referirse a la pérdida del señorío del hombre y a la recuperación que Cristo hizo quien está “coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte” (Heb 2: 8-10) (Trenchard, 1999, p. 141).

El título Hijo del Hombre también es equivalente al postrer Adán. Pablo, en la Primera Epístola a los Corintios 15: 45-47 dice: “Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante”; luego hace una comparación: el primer hombre es de la tierra,

terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Esta idea del postrer Adán se amplía en la Epístola a los Romanos 5: 12-21.

Una de las explicaciones por la cual Jesús usaba el título Hijo del Hombre cuando hablaba de los sufrimientos que padecería en la cruz (Mt 17: 9, 22; 26: 2; Jn 12: 31-34) es porque estos serían la consumación de su obra como el postrer Adán; como el apóstol Pablo describe en la Epístola a los Romanos 5: 12-21 cuando reitera que a través de Jesús entró la vida, mientras que por Adán, la muerte.

Este nombre fue el que Jesús usó más frecuentemente; en Mateo 30 veces, en Marcos 14 veces, en Lucas 25 veces y en Juan 12 veces. Además, tiene carácter mesiánico en el contexto de Daniel 7: 13-14: “venía uno como hijo de hombre [...] Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”. Se destaca aquí el reinado de Cristo que ocurrirá durante el Milenio; esta misma referencia se hace en Juan 5: 27, con el énfasis en los juicios que realizará el Señor en su venida: “El Padre [...] le dio también autoridad para juzgar, por cuanto es Hijo del Hombre”.

2.3. Hijo de Dios. El Hijo Amado (Mt 12: 18). Hijo del Altísimo (Lc 1: 32)

Este nombre se le aplica a Jesús en dos sentidos (Berkhof, 1999, pp. 372-373):

1. En el sentido oficial mesiánico como una descripción del oficio del Mesías en tanto heredero y representante de Dios (Mt 3: 17; 17: 5; Mr 1: 11; 9: 7; Lc 3: 22; 9: 35).
2. En el sentido trinitario se usa para designar la deidad de Cristo y señala el derecho del hijo desde la preexistencia (Mt 11: 27; 14: 28-33; 16: 3). En el sentido de Natividad se usa para designar su nacimiento sobrenatural (Lc 1: 35).

En el Salmo 2: 7 encontramos la siguiente declaración profética que señala el nombramiento del Mesías-Rey (Trenchard, 1999, p. 132): “Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi Hijo eres tú; yo te he engendrado hoy”.

Jesús también se autodenomina “el Hijo”, el cual se incluye en la frase: “del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, refiriéndose claramente a la Trinidad. En los Evangelios aparece como “el unigénito Hijo”, expresión remitida a su preexistencia.

Este título “el Hijo” también se usa en relación con el Padre, en especial en Juan: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Jn 3: 16); “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Jn 3: 17); “porque lo que el Padre hace, lo hace también el Hijo de la misma manera [...] el Padre levanta a los muertos [...] el Hijo da vida a los que quiere [...] para que todos honren al Hijo como honran al Padre” (Jn 5: 18-30). En el capítulo 17 de Juan, en la oración del Hijo al Padre, se expresan las relaciones eternas entre los dos, y se refiere a la misión de Jesús sobre la Tierra. Esto reitera la eternidad de estas relaciones que se señalan con los nombres “Padre” e “Hijo” y, por ende, la deidad de Cristo, la cual los judíos entendieron en algunos pasajes narrados por Juan (Jn 5: 18; 10: 33-36) donde se describe el inconformismo de ellos, e incluso reacciones violentas como querer apedrearlo porque se hacía igual a Dios.

2.4. El Unigénito. El Hijo Unigénito de Dios (Jn 1: 18; 1 Jn 4: 9). El Unigénito del Padre (Jn 1: 18)

Se usa este nombre como término de singularidad, de preeminencia y de intimidad con el Padre. Esto se corrobora en Juan 1: 18: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. Este título también se asocia con “primogénito”.

2.5. Hijo de David. La raíz y el linaje de David (Ap 22: 16)

Estos nombres se le asignaban a Jesús para señalar su ascendencia de la casa de David. Pero en el Evangelio según Mateo 22: 41-45 Jesús cita el Salmo 110: 1 cuando les pregunta a los fariseos: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?”. Ante lo cual responden los fariseos que es el hijo de David; aquí Jesús entiende que ellos están asumiendo la ascendencia de Él, pero solo en el sentido natural, y no profético (referido al trono de David); por ello Jesús les dice que Él es Señor de David, para señalar su autoridad, su preexistencia y divinidad.

2.6. Señor (*Kurios*)

El nombre Señor se aplica a Dios en la Septuaginta como equivalente de Jehová; es la traducción de *Adonai* y de un título honorífico humano aplicado a Dios. En el Nuevo Testamento vemos que se le asigna a Jesús con varios usos: como una forma cortés y respetuosa de dirigirse a Él (Mt 8: 2; 20: 33), como una forma que expresa propiedad y autoridad (Mt 21: 3) y como una forma que expresa un carácter elevado, de autoridad, equivalente al nombre de Dios (Mr 12: 36-37; Lc 2: 11; 3: 4; Hch 2: 36; 1 Co 12: 3; Fil 2: 11) (Berkhof, 1999, p. 374).

2.7. El Verbo

Esta denominación aparece en Juan 1: 1: “En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios”, la cual se reitera y aclara en Juan 1: 14: “Y aquel Verbo fue hecho carne; y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre)”. Este nombre nuevamente aparece en Apocalipsis 19: 13 en el contexto de la segunda venida de Cristo en un caballo blanco: “Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS”. Es interesante ver cómo en el principio estaba el Verbo, Jesús participante de la creación de todas las cosas, porque por la palabra, logos (verbo), fue creado todo: “y dijo Dios”; y al final de los tiempos, cuando se consumará

el plan de Dios para la humanidad, Jesús nuevamente aparece como el Verbo, que actúa como la Palabra que juzga, que hiere a las naciones y que las rige: “De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro” (Ap 19: 15); porque “la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos” (Heb 4: 12).

La otra significación del nombre Verbo de Dios es la referida a Jesús como el que revela al Padre. Trenchard (1999, p. 135) afirma: “El Hijo señala la igualdad de esencia, el amor mutuo, y la comunión en la gran obra de la gracia. El Verbo es el Hijo en el proceso de revelar al Padre y ordenar todas sus obras”. En Juan 1: 18 dice: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno de Padre, él le ha dado a conocer”.

2.8. El Cordero (Ap 13: 8). El Cordero de Dios (Jn 1: 29). Cordero sin mancha y sin defecto (1 P 1: 19). Nuestro Cordero pascual (1 Co 5: 7)

Estas designaciones se vinculan con el sacrificio de Cristo, su muerte vicaria, por la que tenemos perdón de pecados y vida eterna; se asocia, entonces, a la expiación que Cristo hizo por la humanidad.

Todo lo descrito y narrado en el Antiguo Testamento sobre la Pascua y el Cordero pascual, cuya primera manifestación fue en la huida del Pueblo de Israel de Egipto, apunta al sacrificio de Cristo en la cruz del calvario; por eso Juan el Bautista dijo que Jesús era el Cordero que quita el pecado del mundo y en Apocalipsis se describe el Cordero inmolado, se menciona la sangre por la cual vencen los santos y la alabanza y la adoración que son dadas al que está sentado en el trono y al Cordero.

Apocalipsis 7: 17 dice que el Cordero los guiará a fuentes de aguas de vida, lo cual se relaciona con Isaías 49: 19 donde se lee que Jehová, el que tiene de ellos misericordia, los guiará y los conducirá a manantiales de agua.

2.9. Abogado, intercesor (1 Jn 2: 1) (*parakletón*)

La definición en griego implica literalmente “llamado al lado de uno, en ayuda de uno” y apunta a la capacidad para prestar ayuda. En sentido general se define como uno que consuela y ayuda. También se usaba en las cortes de justicia para referirse a un asistente legal, un defensor, un abogado. Se entiende, entonces, como el que aboga por la causa de otro, un intercesor, un abogado (Vine, Unger y White, 1999, p. 195).

Al aplicarse este nombre a Jesús en la Primera Epístola de Juan 2: 1-2, por el contexto, se entiende este último sentido de abogado o asistente legal: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados; no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. Juan les está hablando a creyentes; por tanto, Jesús es abogado para aquel que ha pecado, pero que ha tenido un genuino arrepentimiento, pide perdón a Dios y decide apartarse de ese pecado. Aquí Jesús actúa como abogado delante del Padre, para defender al creyente. Él mismo usó el término “consolador” o “paracleto” cuando les habló a sus discípulos de su partida y de la venida del Espíritu Santo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede percibir, porque no le ve ni le conoce” (Jn 14: 15-17). El término que usa aquí Juan para “otro consolador” es *állon parakletón* (ἄλλον παράκλητον).

Jesús también es abogado para el que lo recibe en su corazón, cree en Él y nace de nuevo. Colosenses 2: 13-14 dice: “Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz”. Nosotros éramos

declarados culpables y nuestro veredicto era la muerte, porque la paga del pecado es muerte; pero Jesús, mediante su sacrificio, nos declaró justos delante de Dios Padre, pues satisfizo todas las demandas. Como abogado hizo que se anulara esta acta condenatoria.

2.10. El Todopoderoso (Ap 1: 8; Mt 28: 18). *Pantokrátor*

Se traduce como gobernante de todo (*pas* “todo”; *krateo* “sostener” o “tener fuerza”). Se encuentra en Apocalipsis nueve veces (1: 8; 4: 8; 11: 17; 15: 3; 16: 7, 14; 19: 6, 15; 21: 22). En la Septuaginta aparece como traducción de Jehová o Dios de los ejércitos (Jer 5: 14; Am 4: 13) (Vine et al., 1999, p. 903). Veamos una cita de esta versión del Antiguo Testamento en griego:

	1223	3778	3592	3004	2962	3841
5:14	διὰ	τούτο	τάδε	λέγει	κύριος	παντοκράτωρ
	On account of	this,	thus	says	the LORD	almighty,
446.2	2980	3588	4487-3778	2400	1473	1325
	αὐθ' ὡν	ελαλήσατε	το	ῥῆμα	τούτο	ἰδοὺ
	Because you	spoke	this	word,	behold,	I
						have given
						εγὼ
						δέδωκα
						τοὺς
						3588

En esta cita de Jeremías 5: 14 en la Septuaginta, aparece la expresión *kurios pantokrátor* (The LORD almighty) que la Reina Valera 1602 y 1960 traduce como “Dios de los ejércitos”.

En el Antiguo Testamento, se usa *Shaddai* y *El-Shaddai* para designar al Señor, a Jehová; es el nombre con el que Dios se le apareció a Abraham: “Luego habló ‘Elohim a Moisés y le dijo: ‘Yo soy Yahveh. Me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como ‘El-Šadday, pero por mi nombre de Yahveh no me di a conocer a ellos’” (Éx 6: 2 BCI). Esta designación se deriva de *shadad* que significa ser poderoso indicando en Dios que es el poseedor de toda potencia en el cielo y en la tierra; otros consideran que proviene de *shad* que significa “señor” (Berkhof, 1999, p. 55).

2.11. El alfa y la omega, principio y fin, el primero y el último (Ap 1: 8; 22: 13)

Estos tres nombres están relacionados. El alfa y la omega los encontramos en Apocalipsis 1:7-8 y por el contexto se refiere a Jesús: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén. Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es, y que era y que ha de venir, el Todopoderoso”. En Apocalipsis 22: 12-13 se reitera esta referencia y la de los otros dos nombres: “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y fin, el primero y el último”.

Alfa es la primera letra del alfabeto griego y la omega es la última, por tanto, este nombre se refiere a los otros dos: principio y fin, primero y último. La significación connota cómo Jesús es el principio de la Creación de Dios (Ap 3: 14), es decir, quien lo creó todo, a través de Él se inicia la Creación, pues es el primero, el primogénito, el que tiene la preeminencia, como establece Colosenses 1:15: “Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación”; lo cual indica, como se afirma en los versículos siguientes a este, que en Jesús fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra: “visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él”.

Jesús es el principio, el alfa y el primero porque “él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia” (Col 1: 18).

Jesús también es el fin, la omega, el último “por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Col 1: 19); y en él estamos completos (Col 2: 10), “porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col 2: 9); como el alfabeto completo desde la letra alfa hasta la letra omega, lo cual implica el lenguaje completo; en dicho alfabeto están contenidas todas las palabras, todos los enunciados, todos los

textos, discursos que el ser humano puede crear y pronunciar; y referido a Jesús, esta plenitud se realiza en que Él es el Verbo de Dios.

Jesús es la omega, el fin y el último, porque en él se consuman todas las cosas, nuestra redención (Jn 19: 28) y la historia de la humanidad, el fin de todo lo que acontecerá cuando Cristo venga por segunda vez a juzgar (Ap 10: 7) y se consuma o cumpla el plan de Dios.

2.12. El amén (Ap 3: 14). Fiel y verdadero (Ap 19: 11). El testigo fiel (Ap 1: 5). El testigo fiel y veraz (Ap 3: 14). El verdadero (Ap 3: 7). La verdad (Jn 1: 14; 14: 6)

Esta expresión proviene del hebreo (אָמֵן = 'âmên), y frecuentemente se traduce en la Biblia como “así sea” o “de cierto”, pero su significado también se relaciona con la verdad; en síntesis, cuando es usada en la Biblia, se está diciendo “es verdad”.

En lo que concierne al título aplicado a Jesús, también se remite a la Verdad, por cuanto Jesús es fiel y verdadero; así se describe en Apocalipsis 3: 14: “Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios”.

En el Nuevo Testamento se usa¹ para personalizar a Cristo (2 Co 1: 20): “porque todas las promesas de Dios, son en él Sí, y en él Amén”. Jesús es el amén porque Él es la verdad (el camino, la verdad y la vida), porque todos los pactos y las promesas de Dios en la Biblia se cumplen en Él (cf. Pacto Abrahámico, Pacto Davídico, Nuevo Pacto).

1 Además de otros usos como en la conclusión de oraciones y doxologías (Gá 1: 5; Ef 3: 21; 1 Ti 1: 17; Ro 9: 5), concluir una Epístola (Ro 16: 27), al final de una profecía o de un libro (Ap 1: 7; Gá 6: 18; Ap 22: 20), para resaltar una verdad (“de cierto”, Jn 3: 3, 5, 11), como respuesta cuando se aclama en el culto (Ap 5: 14), entre otros usos (Kittel, 2003, p. 60).

2.13. Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión (la fe que profesamos) (Heb 3: 1)

Jesús es el Apóstol porque él es el autor y consumidor de la fe (Heb 12: 2), “el gran sumo sacerdote que traspasó los cielos” (Heb 4: 14); es el Sumo Sacerdote que se compadece de nuestras debilidades porque fue tentado en todo, pero sin pecado; y por Él podemos entrar con confianza “al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Heb 4: 16). Entrar en el trono de la gracia implica que Jesús nos presenta justos delante del Padre y podemos entrar en el lugar santísimo, porque Jesús entró una vez y para siempre, abriendo este lugar santísimo para nosotros, lugar en el que una vez que entramos al ser salvos por el sacrificio de Cristo, habiéndole recibido y creído en Él, podemos llegar siempre con confianza a presentar nuestras peticiones delante de Dios. Jesús no fue un sacerdote como los del Antiguo Testamento que debían entrar una vez cada año a presentar la expiación por el pueblo.

2.14. La propiciación por nuestros pecados (1 Jn 2: 2)

Este nombre hace referencia a la muerte de Cristo como vindicación de la justicia y Ley de Dios. Este vocablo “propiciación” (del griego *hilasmós*) aparece también en la Primera Epístola de Juan 4: 10; en la Epístola a los Romanos 3: 25; y en la Epístola a los Hebreos 9: 5 con referencia al propiciatorio (*hilasterión*; en hebreo, *kapporeth*, sitio de cobertura) del culto de Israel en el Tabernáculo, sobre el cual estaban los querubines; era la tapa o cobertura del Arca de la Alianza de oro y simbolizaba la justicia divina. El propiciatorio está relacionado con la expiación (hebreo, *kaphar*; cubrir el pecado); la sangre del sacrificio hacía expiación por el pecado y este propiciatorio era el lugar donde se rociaba la sangre del sacrificio: “Tomará luego de la sangre del becerro, y la rociará con su dedo hacia el propiciatorio al lado oriental; hacia el propiciatorio esparcirá con su dedo siete veces de aquella sangre” (Lv 16: 14). Desde una explicación simbólica, basada en la

tipología, la tapa de oro del Arca era un propiciatorio porque el metal precioso simbolizaba el cubrimiento de la Ley quebrantada, ya que en el Arca estaban las tablas de la Ley; la sangre rociada, por su parte, cubría los pecados del adorador. De esta manera, este propiciatorio se convirtió en el lugar de encuentro de Dios, Santo, y el hombre pecador. Así, Cristo es el propiciatorio porque es el *hilasós*, el propiciador, el lugar de encuentro y de comunión entre un Dios santo y un ser humano pecador, pero creyente (Chafer, 1986, p. 907).

2.15. El autor de la vida (Hch 3: 15)

Pedro usa esta designación en su discurso en el pórtico de Salomón: “y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos”. Jesús es el autor de la vida, porque Él es el camino, la verdad y la vida, porque Él sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio: “pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Ti 1: 10). Jesús es el autor de la vida porque él es la resurrección y la vida eterna: “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Jn 11: 25) (Ro 4: 17); porque antes de recibir a Cristo estábamos muertos en nuestros pecados y al Él santificarnos, hacernos nueva criatura, pasamos de muerte a vida (Ro 6: 11-13; Ef 2: 1, 5, 14; Col 2: 13).

2.16. El autor y consumidor de la fe (Heb 12: 2)

Por la fe entendemos haber sido constituido el Universo (Heb 11: 2) y es Jesús creador junto con el Padre y el Espíritu Santo; es el principio de la Creación de Dios y es el que la sustenta; también es el sustento y el motivo de la fe del creyente, pues solo cuando recibimos a Cristo nos arrepentimos y creemos en Él, podemos creer que el Dios verdadero existe, es real y que su Palabra es verdad: “sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Heb 11: 6); solo a través

de Jesús podemos acercarnos a Dios Padre. Es interesante ver que en el capítulo 11 de la Epístola a los Hebreos, después de la lista de evidencias de la fe, el autor inicia el capítulo 12, y habla de despojarse de todo peso y del pecado que asedia, y de poner los ojos en Jesús, autor y consumidor de la fe.

2.17. El autor de la salvación (Heb 2: 10). Poderoso salvador (Lc 1: 69)

Solo a través de Jesús somos salvos, obtenemos la vida eterna y escapamos de la muerte eterna en el Infierno; el apóstol Pablo lo expresa así: “que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos serás salvo” (Ro 10: 9). Solo Él pagó el precio por nuestros pecados, y por su sacrificio tenemos acceso al cielo, a las moradas eternas donde está Dios y donde tendremos paz y gozo por siempre.

2.18. El bienaventurado y solo soberano (1 Ti 6: 15). El soberano de la Creación de Dios (Ap 3: 14). El soberano de los reyes de la Tierra (Ap 1: 5)

Jesús es el bendito por los siglos de los siglos quien produce nuestro gozo, nuestra bienaventuranza. Estos nombres también apuntan al atributo divino de la soberanía, la cual indica la plena autoridad de Cristo sobre los cielos y la tierra, su voluntad absoluta sobre el universo, el mundo, los seres humanos, los ejércitos del cielo y todo lo que habita en la Tierra. La soberanía se relaciona con el hecho de que Dios sostiene todas las cosas con su omnipotencia, hace su voluntad perfecta y ha determinado un plan para la humanidad que se cumplirá. También apunta a que Dios gobierna como Rey en el sentido absoluto de la palabra, todas las cosas dependen de Él y le sirven. Jesús es el soberano Rey de reyes y Señor de señores.

2.19. La piedra angular (Hch 4: 11; 1 P 2: 7; Ef 2: 20). Cabeza de la Iglesia (Ef 1: 22; 4: 15; 5: 23). Piedra principal escogida y preciosa (1 P 2: 6). La roca (1 Co 10: 4). La piedra viva (1 P 2: 4). La piedra que desecharon los edificadores (1 P 2: 7)

Estos nombres significan que Jesús es el fundamento único sobre el cual descansa el edificio (1 Co 3: 11) y también el ángulo (del griego *gónos*) que empalma dos paredes que suben rectas, así como la cima (del griego *ákros*) que cubre y cierra un edificio por arriba (Mathew, 1999, p. 1678). Esto significa que sin Él no se puede edificar nada; por ello el salmo dice: “La piedra que desecharon los edificadores / Ha venido a ser cabeza del ángulo” (Sal 118: 22). Jesús es entonces la roca sobre la que se edifica la Iglesia, es el fundamento, único sobre el cual descansan las verdades cristianas.

2.20. Yo Soy

Este término afirma la deidad de Cristo. Jesús usa esta expresión 23 veces en Juan (del griego *Ego eimi*):

4: 26: “Yo soy, el que habla contigo”; Jesús le dice a la samaritana y confirma su título de Mesías.

6: 20: “Yo soy, no temáis”, cuando Jesús camina sobre el agua y los discípulos tuvieron miedo.

8: 18, “Yo soy el que doy testimonio de mí mismo”. Esta expresión reafirma la autoridad de Jesús, quien no necesita que nadie de testimonio de quién es, pues Él mismo da testimonio y el Padre.

8: 24: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque sino creéis que Yo Soy, en vuestros pecados moriréis”. Jesús asevera que solo en Él hay perdón de pecados, y quien tiene esta potestad es Dios, por lo cual afirma su divinidad.

8: 28: “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy”. Dos denominaciones divinas se hacen aquí: Hijo del Hombre, que aparece por lo general en un contexto vinculado al sacrificio de Cristo; y “yo soy”, el nombre YHWH, con el que Dios se reveló a Moisés y al pueblo de Israel.

8: 58: “De cierto, de cierto os digo que antes que Abraham fuese yo soy”. La reacción de los judíos de arrojarle piedras a Jesús después de haber hecho esta declaración se explica porque entendieron que Él usó el nombre de Dios para dirigirse a sí mismo.

La referencia clara de este título “yo soy” es hacia la deidad de Cristo, pues es el nombre que Dios usó en Éxodo 3: 13-14: “Si ellos me preguntan: Cuál es su nombre? ¿Qué les responderé? y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. —Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros”. La versión de la Septuaginta de este pasaje dice:

The One Being										
3:13	2532	2036-*		4314	3588	2316	2400	1473		
	και	ειπε	Μωυσης	προς	τον	θεον	ιδου	εγω		
	And	Moses	said	to		God,	Behold,	I		
2064	4314	3588	5207	*	2532	2046	4314	1473		
	ελευσομαι	προς	τους	υιους	Ισραηλ	και	ερω	προς	αυτους	
	will go	to	the	sons	of Israel,	and	I shall say	to	them,	
3588	2316	3588	3962-1473		649	1473	4314	1473	2532	
	ο	θεος	των	πατερων	ημων	απεσταλκε	με	προς	υμας	και
	The	God	of	our	fathers	sent	me	to	you.	And
1437	2065		1473	5100	3588	3686	1473		5100	
	εαν	ερωτησωσι	με	τι	το	ονομα	αυτω	τι		
	if	they shall ask	me,	What	is	the	name	given	to him?	What
2046		4314	1473		2532	2036-3588-2316	4314	*		
	ερω	προς	αυτους	3:14	και	ειπεν	ο	θεος	προς	Μωυσην
	shall I say	to	them?		And	God	said	to	Moses,	
1473	1510.2.1	3588	1510.6		2532	2036	3779	2046		
	εγω	ειμι	ο	ων	και	ειπεν	ουτως	επεις		
	I	am	the	one	being,	And	he said,	Thus	you shall say	
	2532	1510.6	640			1473	4314	1473		

Como se observa en el texto citado de la Septuaginta, el nombre que usó Dios para autodenominarse es YO SOY, *ego eimi* (εγω ειμι).

También en Juan la expresión “yo soy” se aplica a siete designaciones que están relacionadas con su obra salvadora del mundo:

1. Yo soy el pan de vida (Jn 6: 35, 41, 48, 51).
2. Yo soy la luz del mundo (Jn 8: 12).
3. Yo soy la puerta de las ovejas (Jn 10: 7, 9).
4. Yo soy el Buen pastor (Jn 10: 4, 14).
5. Yo soy la Resurrección y la vida (Jn 11: 25).
6. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14: 6).
7. Yo soy la Vid verdadera (Jn 15: 1, 5).

2.21. El pan de Dios (Jn 6: 33). El pan de vida (Jn 6: 35; 6: 48). El verdadero pan. La vida eterna (1 Jn 1: 2; 5: 20)

Jesús dice de sí mismo: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre” (Jn 6: 35). La referencia clara es a la vida eterna. Esta afirmación la hace Jesús después de la alimentación a los 5000 que luego lo buscan para que les dé nuevamente alimento físico; Jesús les dice que busquen el pan que a vida eterna permanece, el cual el Hijo del Hombre les dará (Jn 6: 27). En este texto Jesús les aclara que hacer las obras de Dios equivale a creer en Él. Los que lo buscan le preguntan sobre alguna señal que pueda mostrar y le dicen: “Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer” (Jn 6: 31). Jesús aprovecha para decirles que Moisés no les dio el pan del cielo, sino que el Padre les da el verdadero pan del cielo, Jesús, la vida eterna.

2.22. El príncipe de los pastores. El Buen pastor (1 P 5: 4). El gran pastor (Heb 13: 20)

Esta referencia aparece en el contexto de la segunda venida de Cristo, quien dará la corona incorruptible de gloria (1 P 5: 4). Esto se puede

comparar con Apocalipsis 7: 17 donde se especifica que el Cordero los pastoreará.

Podemos plantear aquí la relación con la Iglesia; Jesús es la cabeza de la Iglesia, el pastor de pastores, el que rige todo pastorado terrenal.

El título de Jesús como Buen pastor (Jn 10: 11) hace referencia a su sacrificio: “el buen pastor su vida da por las ovejas” y remite a varios pasajes del Antiguo Testamento como el Salmo 79: 13; 80: 1, y Ezequiel 34: 15.

2.23. Padre eterno (Is 9: 6)

El nombre “Padre” designa la relación que Dios tiene con su pueblo. El Salmo 103: 13 describe esta relación: “Como el padre se compadece de los hijos, / Se compadece Jehová de los que le temen”. El adjetivo “eterno” se remite a la paternidad de Dios como protector y sostenedor para siempre.

2.24. Admirable consejero (Is 9: 6)

Al aplicarse a Jesús, se entiende como quien tiene la sabiduría, la Palabra verdadera, justa y acorde con lo que todo ser humano necesita. Jesús es admirable porque es Dios, en Él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad; es consejero porque su consejo permanecerá para siempre (Sal 33: 11), porque como lo establece el profeta Isaías sobre Jesús reposará el espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová (Is 11: 2). Isaías hace pares de términos asociados: sabiduría-inteligencia, consejo-poder, conocimiento-temor de Jehová. En cuanto al segundo par, consejo-poder, vemos que se puede aplicar a este nombre admirable consejero, pues Jesús es admirable por ser poderoso, es consejero por su sabiduría, inteligencia y conocimiento.

2.25. Dios. (Jn 1: 1, 18; 20: 28; Heb 1: 8; Ro 9: 5; 2 P 1: 1; 1 Jn 5: 20). La imagen de Dios (2 Co 4: 4). Dios fuerte (Is 9: 6). Nuestro gran Dios y Salvador (Tit 2: 13). Dios bendito (Ro 9: 5). Emanuel (Is 7: 14). Dios poderoso (Is 9: 5)

Estos nombres sustentan la deidad del Señor Jesucristo quien no es un ángel como algunas doctrinas equivocadas lo establecen. Él es Dios, la segunda persona de la Trinidad, con todos los atributos divinos, como veremos en el siguiente apartado de este capítulo. En el Antiguo Testamento ya se corroboraba con las denominaciones Dios fuerte y Emanuel, Dios con nosotros, dice Isaías; Dios fuerte (en hebreo *gibbor*) que significa “Dios Héroe” o “Dios heroico”, que destaca la deidad del Mesías.

2.26. Gran Sumo Sacerdote (Heb 4: 14). Sumo Sacerdote (Heb 2: 17). Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Heb 5: 6)

El autor de la Epístola a los Hebreos usa estos términos para referirse a Jesús y destacar varios aspectos (Duffield y Van Cleave, 2006, pp. 114-115):

1. Su encarnación, mediante la cual fue hecho semejante a sus hermanos (Heb 2: 17), tomó forma de siervo (Fil 2: 5-8), evento que le permite compadecerse de nosotros puesto que fue tentado en todo pero sin pecado (Heb 2: 18).
2. La expiación con su sacrificio. Jesús era Sacerdote y sacrificio por los pecadores; mediador (1 Ti 2: 5). En el Antiguo Testamento, el sacerdote debía primero ofrecer sacrificio por sus propios pecados, antes de hacerlo por el pueblo y lo llevaba a cabo todos los años; Jesús, en cambio, no ofrece sacrificio por sí mismo porque Él es santo y se ofreció a sí mismo una vez y para siempre por la hu-

manidad; por ello Jesús es gran Sumo Sacerdote y Sacerdote para siempre.

3. Su sacerdocio que nos permite entrar confiadamente al trono de la gracia.
4. La referencia a Melquisedec el cual se ha considerado como una teofanía o cristofanía, por varias razones:
 - a. El nombre Melquisedec significa “Rey de justicia”.
 - b. También se designa como “Rey de paz”.
 - c. No tiene genealogía.
 - d. Jesús es incluido en el sacerdocio según el orden de Melquisedec.

2.27. El santo (Hch 3: 14)

Esta designación apunta a uno de los atributos de Jesús, su santidad, la cual se relaciona con su deidad, como veremos más adelante. Jesús es santo, porque es Dios y este es un rasgo inherente a la divinidad, a la Trinidad. La santidad se puede observar en todas las decisiones, actitudes y acciones de Dios. Dios es santo y aborrece lo malo, sin embargo, tiene una relación con los seres humanos pecadores, la cual es estrecha mediante Jesucristo, quien es santo y es nuestro mediador perfecto. Es interesante ver que Jesús, siendo Dios y por ende santo, al hacerse hombre pudo entrar en relación con los seres humanos pecadores, para que estos, al arrepentirse, creyeran en Él, lo recibieran en el corazón, pudieran ser santificados y así cumplieran con las demandas de santidad de Dios: “Sed santos porque yo soy santo” (1 P 1: 16; cf. Lv 11: 44; Dt 22: 19; Jos 24: 19). Esta expresión, si bien apunta directamente a las acciones, comportamientos, pensamientos e intenciones de los seres humanos (Ef 1: 4; 1 P 1: 15), se dirige también a la necesidad de recibir a Cristo y seguirle, porque solo en Él

es que podemos ser santificados y practicar la santidad. Sed santos se traduce en “Recibe a Cristo, lava tus pecados en Él”.

2.28. Esperanza (1 Ti 1: 1). La esperanza de gloria (Col 1: 27)

Jesús es la única esperanza para el ser humano, porque solo Él puede darnos salvación; en Él esperamos la gloria que ha de manifestarse, la vida eterna, el cuerpo glorioso a la semejanza del suyo; la gloria de su segunda venida, la gloria de su reinado en el Milenio, la gloria de su Reino Eterno.

2.29. El Rey eterno (1 Ti 1: 17). El Rey de Israel (Jn 1: 49). El Rey de los judíos (Mt 27: 11), Rey de reyes (1 Ti 6: 15; Ap 19: 16), Rey de los siglos (Ap 15: 3)

Es clara la referencia de estas denominaciones al reinado de Cristo durante el Milenio y el reinado eterno. También apunta a su soberanía, atributo divino, que analizaremos en el apartado siguiente.

2.30. El hombre celestial (1 Co 15: 48). El postrer Adán (1 Co 15: 45)

En estas designaciones se unen el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento; Adán pecó, Jesús nunca pecó; por Adán entró la muerte en la humanidad, por Cristo entró la vida eterna; Adán es representación de la desobediencia; Cristo de la obediencia absoluta.

2.31. El león de la tribu de Judá (Ap 5: 5)

En este nombre se sintetiza la declaración profética que Dios puso en boca de Jacob en su lecho de muerte: “Judá, te alabarán tus hermanos; Tu mano en la cerviz de tus enemigos; Los hijos de tu padre se inclinarán a ti. / Cachorro de león, Judá;/ De la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león,/ Así como león viejo: ¿quién lo desper-

tará?/ No será quitado el cetro de Judá,/ Ni el legislador de entre sus pies,/ Hasta que venga Siloh; / Y a él se congregarán los pueblos.” (Gn 49: 8-10).

En esta profecía se describe la alabanza que merece Jesús y su reinado eterno; por ello en el libro de Apocalipsis se retoma este nombre, puesto que allí se narra dicho reinado.

2.32. El Señor de todos (Hch 10: 36). El Señor de la gloria (1 Co 2: 8). Señor de señores (Ap 19: 16). El Señor (YHVH) es nuestra salvación (Jer 23, 6). El Señor de los señores (1 Ti 6: 15)

Este término señala el dominio, el poder y la soberanía de Cristo sobre todo. Toda potestad le ha sido dada en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra (Mt 28: 18); todo dominio le pertenece. Vemos aquí nuevamente referencia a su deidad.

2.33. Mediador de un Nuevo Pacto (Heb 9: 15). El único mediador (1 Ti 2: 5)

Esta denominación relaciona el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Jesús es el mediador del Nuevo Pacto que invalida el pacto anterior, esto es, la Ley que fue dada a Moisés; pero la gracia vino a la humanidad a través de Jesús, quien es el único mediador entre Dios y los hombres.

2.34. La estrella resplandeciente de la mañana (Ap 22: 16)

La referencia aquí es a Números 24: 17: “Saldrá ESTRELLA de Jacob, y se levantará cetro de Israel”. En el contexto de Apocalipsis, se recuerda el linaje humano de Jesús, la raíz y el linaje de David. Es evidente que se resalta el contexto profético cumplido.

2.35. Nuestra santificación (1 Co 1: 30). Nuestra redención (1 Co 1: 30). Nuestra justificación (1 Co 1: 30). El Redentor (Job 19: 25)

La referencia aquí es a la obra de redención de Cristo, quien nos santificó, pues al recibirlo y creer en Él todos nuestros pecados pasados son borrados y somos declarados justos delante de Dios Padre; ya no pesa sobre nosotros el veredicto de muerte, el acta en nuestra contra.

La designación “nuestra justificación” también se asocia a *Jehová Tsidkenu* (Jehová justicia nuestra), que en el Salmo 23 se expresa con el enunciado: “Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre”. Se evidencia aquí el carácter de Dios quien opera la redención por medio de la cual la humanidad queda plenamente restaurada en su relación con Él. Jesucristo, nuestro *Jehová-Tsidkenu*, tomó nuestro lugar (Ro 5: 17-19). El nombre “Jehová nuestra justicia” revela la manera como somos aceptados por Dios, “para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co 5: 21).

2.36. Esposo (2 Co 11: 2). Cabeza de la Iglesia (Ef 4: 15)

Esta denominación se remite a la relación de Cristo con su Iglesia, la cual es la esposa que contraerá nupcias con el Señor después del arrebatamiento. Y Cristo es el esposo, pero también es la cabeza de la Iglesia, de modo que es esta su cuerpo que debe ser santo, sin macha, sin arruga. Jesús debe regir a la Iglesia y no los hombres; por ello debe ser su Palabra la que se predique y no mandamientos de hombres.

2.37. Poder de Dios y sabiduría de Dios (1 Co 1: 24)

Se sintetiza aquí el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; también se resalta que la predicación de Jesús es la que puede llevar al ser humano a ser salvo y esto no es sabiduría de hombres, sino sabiduría de Dios.

2.38. Profeta (Hch 3: 22; Mt 21: 11; Lc 13: 33)

La referencia aquí es al oficio de Jesús como Profeta y a la palabra profética que Moisés le dio al pueblo sobre la venida del Mesías (Dt 18: 15). Este oficio profético operó en la antigua dispensación a través de la manifestación del Ángel de Jehová y en las enseñanzas de los profetas en quienes actuó dándoles revelación (1 P 1: 11). Ejemplo de esto es el capítulo 24 del Evangelio según Mateo en el que Jesús predice los tiempos del fin. Después de la Encarnación, su oficio como Profeta continúa en las enseñanzas a los apóstoles y discípulos. Después de la Ascensión, continúa su oficio profético a través del Espíritu Santo (Berkhof, 1999, p. 426).

Jesús no solo es el Profeta sino que su testimonio es el espíritu de la profecía. Antes de él Dios había hablado por muchos profetas, pero después nos habló a través de su Hijo: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (Heb 1: 1-2). Y esto es así porque las profecías de los profetas de ese otro tiempo del que habla el autor de la Epístola a los Hebreos apuntaban a Cristo: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 P 1: 10-11).

2.39. Vástago justo (Is 11: 1-5). El justo (Hch 7: 52; 1 Jn 2: 1). El juez justo (Hch 7: 52). El sol de justicia (Mal 4: 2)

Estas designaciones apuntan al atributo divino de Jesús sobre la justicia; a la justicia que se revelaría en Él y nos alcanzaría al recibirlo y creer en Él; y a Jesús como juez porque a Él se le ha dado todo juicio: de los creyentes, de los incrédulos, de los demonios, del falso profeta, del anticristo, de Satanás, del Pueblo de Israel.

CAPÍTULO 3

Deidad y atributos de Cristo

Bíblicamente se puede sustentar que Cristo posee dos naturalezas: una humana y una divina. Veamos cada una de ellas.

3.1. Naturalezas de Cristo

3.1.1. Naturaleza humana

Jesús poseyó los tres elementos de la naturaleza humana, esto es: un cuerpo material, un alma y un espíritu; tuvo gestación y un nacimiento humano; la Biblia dice que Jesús fue manifestado en carne (Jn 1: 14; 1 Tim 3: 16; 1 Jn 4: 2); Jesús poseía intelecto, sentimientos, emociones, razón y al morir entregó el espíritu (Mt 27: 50). Jesús tuvo necesidades humanas, tuvo sed, hambre; sufrió penalidades, lloró, se entristeció, sufrió el dolor y la muerte. Pero esta naturaleza humana de Cristo fue sin pecado. La Epístola a los Hebreos 4, 15 dice que en Cristo tenemos un Sumo Sacerdote que fue tentado en todo, pero sin pecado; el Evangelio según Lucas 1: 35 dice que nacerá un santo ser que será llamado Hijo de Dios; el mismo Jesús decía que nadie podía acusarlo de pecado (Jn 8: 46); en la Segunda Epístola a los Corintios se afirma que Jesús no conoció pecado, pero que Dios lo hizo pecado para que

nosotros fuéramos justicia de Dios en Él. Esto quiere decir que Jesús fue hecho pecado en el sentido judicial; Él recibió en la cruz todo el pecado de la humanidad, para que fuese anulada el acta de los decretos que estaba en contra del ser humano, y así poder hacer justos a los pecadores que aceptaran su sacrificio (Col 2: 14). Por ello era necesaria la naturaleza humana de Jesús, porque como el hombre pecó el castigo debía recibirlo un hombre, en este caso Jesús, quien tomó nuestro lugar en la cruz, para que nos reconciliáramos con Dios. La paga del castigo implicaba el sufrimiento del cuerpo y del alma, y Jesús pagó ese precio por nosotros.

No obstante, quien pagara el precio del pecado por la humanidad no podía tener pecado, debía ser un hombre sin mancha (como el cordero sin mancha ni defecto ofrecido en el Antiguo Testamento), porque de lo contrario no podría haber hecho la expiación por otros; La epístola a los Hebreos 7: 26 dice: “Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos”.

Hay varias razones por la que era necesaria la completa humanidad de Jesús (Grudem, 2009, pp. 564-567):

1. Para obediencia representativa: Jesús demostró que como hombre se puede tener obediencia total a Dios. Mientras Adán y Eva sucumbieron ante las tres tentaciones de Satanás: los deseos de los ojos, los deseos de la carne y la vanagloria de la vida, Cristo venció estas tentaciones (Gn 3: 6-7; 1 Jn 2: 16; Lc 4: 1-13). Jesús es el postrer Adán que fue obediente en todo (1 Co 15: 45). Jesús es nuestro modelo de obediencia.
2. Ser un sacrificio vicario: la única manera de que Jesús pudiera tomar nuestro lugar, muriendo en la cruz y así ser sacrificio vicario, es siendo hombre. En la Epístola a los Hebreos 2: 16-18 dice: “Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo seme-

jante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, *para expiar los pecados del pueblo*. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”.

3. Para ser el único mediador entre Dios y los hombres: en la Primera Epístola a Timoteo 2: 5 dice: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”. El apóstol Pablo se refiere aquí a Jesús como hombre, por cuanto vino en representación del Padre. A causa de nuestro pecado, necesitábamos que Jesús como hombre se pusiera entre Dios y Nosotros
4. Para ser nuestro ejemplo y modelo de vida: Jesús es nuestro modelo en todo; así lo expresa la Palabra; en la Primera Epístola de Juan 2: 6 leemos: “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”; en la Primera Epístola de Pedro 2: 21 se dice: “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas”. Debemos seguir creciendo en el Señor, para que lleguemos a su estatura: “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Ef 4: 13).
5. Para ser el modelo de nuestros cuerpos redimidos: la Palabra de Dios dice que Jesús es el primogénito de los muertos, el primogénito de la Resurrección: “y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia” (Col 1: 18). También dice la Biblia que tendremos un cuerpo glorioso cuando seamos resucitados, a la semejanza del cuerpo de Él: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida” (1 Co 15: 22-23); “el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante

al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil 3: 21).

6. Para compadecerse como Sumo Sacerdote: Jesús fue tentado en su humanidad, pero nunca pecó y por cuanto fue tentado en todo, puede compadecerse de nosotros y socorrernos: “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Heb 2: 18); “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Heb 4: 15).

3.1.2. Naturaleza divina

¿Qué dice la Biblia sobre la deidad de Cristo? En el capítulo anterior analizamos los nombres de Cristo y vimos que varios de ellos apuntan a su deidad. En este punto estudiaremos los atributos del Señor asociados a este tema y retomaremos los nombres.

Vamos a tomar como base varios aspectos que argumentan la deidad de Cristo, citaremos la versión Reina Valera 1960 y el Nuevo Testamento en griego Textus Receptus de Stephanus y Scrivener (NTG).

Los aspectos que la Biblia declara son los siguientes:

1. Cristo recibe la adoración como Dios.
2. A Cristo se le denomina explícitamente DIOS.
3. A Cristo se le aplican nombres de Dios.
4. Cristo es puesto como igual al Padre cuando asume la voz como Dios.
5. A Cristo se le atribuyen hechos divinos.

3.2. Hechos que confirman la deidad de Cristo

3.2.1. Cristo es adorado

La Biblia nos enseña que solo Dios debe ser adorado (Ap 19: 10; 22: 8).

En el Evangelio según Mateo 2: 2, 11 se expresa: “y venimos a adorarle”, “y postrándose, lo adoraron” (RV, 1960). En Apocalipsis 5: 8 (RV, 1960) se dice explícitamente: “Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres viviente y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero”; se postraron en señal de adoración; enseguida el versículo 9 dice que los ancianos cantaron un cántico de alabanza: “digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos”; en los versículos 11 y 12 se dice que los millones de millones de ángeles decían a gran voz: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”, y más adelante en el versículo 13 dice: “Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (RV, 1960). Aquí se especifica que la alabanza es para el Padre, el que está sentado en el trono y para Jesús, el Cordero.

Lo interesante de este versículo es que le antecede lo siguiente: “Y a todo lo creado que está en el cielo; y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir”. Todo lo creado alaba al Padre y al Cordero, a Jesús. Compárese este versículo con el Salmo 150: “Todo lo que respira alabe a JAH. Aleluya” (RV, 1960), y el Salmo 148 en el que se describe que toda la creación alaba a Jehová: “Alabad a Jehová desde los cielos; alabadle en las alturas. Alabadle en las alturas. Alabadle, vosotros todos sus ángeles; alabadle, vosotros todos sus ejércitos”. El Salmo continúa con el sol, la luna, las estrellas, los cielos de los cielos, las aguas, desde la Tierra, los monstruos marinos, el fuego, el granizo, la nieve, el vapor, el viento, los montes, los árboles, los animales, los reyes de la Tierra. Después se dice: “Alaben el nombre de Jehová, porque solo su nombre es enaltecido (Sal 148:

13). Solo el nombre de Jehová es enaltecido; y aquí vemos que el nombre de Jesús también. Esto argumenta la deidad de Cristo. (Para otros versículos en los que se adora y alaba a Jesús, véase Segunda Epístola de Pedro 3: 18).

3.2.2. Cristo es Dios

Citaremos varios versículos en los que se dice explícitamente que Jesús es Dios. Veamos.

1. Juan 1: 1. RV, 1960: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios". La versión del griego dice: "εν αρχη ην ο λογος και ο λογος ην προς τον θεον και θεος ην ο λογος"
2. Juan 1: 18. Aquí se explicita más que Jesús es Dios: "A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer" (RV, 1960). Se usa aquí el término "Hijo", el cual apunta a la deidad de Cristo, por cuanto el título "Hijo de Dios" posee esta connotación: Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios" (Jn 5: 18). En el NTG, en Juan 1: 18 dice: "θεον ουδεις εωρακεν πωποτε ο μονογενης υιος ο ων εις τον κολπον του πατρος εκεινος εξηγησατο".
3. Epístola a los Romanos 9: 5. RV 1960: de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén. NTG: "ων οι πατερες και εξ ων ο χριστος το κατα σαρκα ο ων επι παντων θεος ευλογητος εις τους αιωνας αμην".
4. Primera Epístola de Juan 5: 20. RV, 1960: "Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna". NTG: "οιδαμεν δε οτι

ο υιος του θεου ηκει και δεδωκεν ημιν διανοιαν ινα γινωσκωμεν τον αληθινον και εσμεν εν τω αληθινω εν τω υιω αυτου ιησου χριστω ουτος εστιν ο αληθινος θεος και η ζωη αιωνιος". Aquí se observa claramente que el pronombre demostrativo "este", *utos* (ουτος), se refiere a su antecedente inmediato, Jesucristo.

5. Tito 2: 13. RV, 1960: aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación de *nuestro gran Dios* y Salvador Jesucristo. NTG: "προσδεχομενοι την μακαριαν ελπιδα και επιφανειαν της δοξης του μεγαλου *θεου* και σωτηρος ημων ιησου χριστου".

3.2.3. Cristo y el Padre comparten situaciones

Además de compartir adoración como se estableció en páginas anteriores, Dios Padre y Dios Hijo son ubicados en la Biblia en varias situaciones en las que comparten hechos. Veamos:

1. Seremos sacerdotes de Dios, el Padre y de Cristo (Ap 20: 6).
2. Los 144 000 sellados tendrán en sus frentes el nombre de Dios Padre y del Cordero. (Ap 14: 1)
3. Los 144 000 sellados serán primicias para Dios Padre y para el Cordero (Ap 14: 4).
4. Los santos guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús (Ap 14: 12).
5. En la Nueva Jerusalén tanto el Padre como Jesús serán el templo mismo: Ap 21: 22: "porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero".
6. En la Nueva Jerusalén Dios y el Cordero la iluminarán: "porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera" (Ap 21: 22).

7. En la Nueva Jerusalén estará el trono de Dios y del Cordero, “y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán” (Ap 22: 3).
8. En los saludos de los escritores de las Epístolas, se menciona a Dios Padre y a Jesús: se especifica que la gracia proviene de ambos, hecho que un judío no creyente en Jesús no podía aceptar, porque la gracia solo proviene de Dios: “Gracia y paz sean a vosotros, de Dios el Padre y de nuestro Señor Jesucristo” (Gá 1: 3; Col 1: 2; 1 Ts 1: 1); “Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (1 Co: 1, 3; 2 Co: 1- 2; Ef 1: 2; Fil 1: 2); “Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo” (Ef 6: 23).
9. En varios apartes se habla del Evangelio de Dios y en otros del Evangelio de Cristo. También se habla del Espíritu de Dios y del Espíritu de Cristo (1 Co 9: 12; 1 P 1: 11).
10. Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1 Jn 1: 3)
11. El Hijo debe ser honrado como al Padre: “para que todos honren al Hijo como honran al padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Jn 5: 23; RV, 1960).
12. La vida eterna es que conozcan al Padre y al Hijo: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn 17: 3).

3.2.4. Cristo tiene los atributos de Dios

3.2.4.1. Eternidad

Este atributo solo le pertenece a Dios. Los ángeles fueron creados y han presenciado múltiples edades, pero estas no se equiparan a la eternidad que solo Dios posee. Jesús tiene este atributo, en los nombres de Cristo veíamos que Isaías lo denomina Padre eterno (Is 9: 6);

Miqueas dice refiriéndose a Jesús que sus salidas son desde los días de la eternidad (Mi 5: 2); Juan afirma que en el principio era el Verbo, y este estaba con Dios y era Dios (Jn 1: 1); Jesús mismo dice: “antes que Abraham fuese Yo Soy” (Jn 8: 58), reiterando el nombre revelado a Moisés.

3.2.4.2. Inmutabilidad

Dios no cambia. Este atributo de la inmutabilidad se le aplica también a Cristo; un ejemplo que sustenta esto se encuentra en el Salmo 102: 25-27 en el que se habla de Jehová; este mismo salmo se cita en la Epístola a los Hebreos (1: 10-12) pero aplicado a Cristo. El mismo autor de Hebreos dice de Jesús que es el mismo de ayer, hoy y por los siglos (Heb 13: 8).

3.2.4.3. Omnipotencia

Isaías 9: 6 dice de Jesús que es Dios fuerte, aludiendo a su poder; el mismo nombre de “el todopoderoso” se le asigna a Jesús (véase capítulo 2).

3.2.4.4. Omnisciencia

En Juan 6: 64 se afirma que Cristo sabía quiénes eran las personas que habrían de creer en Él. También dice: “Ahora entendemos que sabes todas las cosas” (Jn 16: 30). Pedro dijo “Señor, tú lo sabes todo” (Jn 21: 17).

3.2.4.5. Omnipresencia

En Efesios 1: 23 dice que Jesús “es la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”. Él también dijo que vendría a hacer morada en los creyentes cristianos (cf. Jn 14: 23) y prometió que donde hubiera dos o tres congregados en su nombre allí estaría (cf. Mt 18: 20); también dijo “he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28: 20).

Otro texto que podemos citar es Juan 3: 13:

Nueva Versión Internacional (NVI)	New International Version (NIV)	Reina Valera 1960/1602	King James Version (KJV)
Juan 3: 13 Nadie ha subido jamás al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre. Omisión.	Juan 3: 13 No one has ever gone into heaven except the one who came from heaven—the Son of Man. Omisión.	Juan 3: 13 Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, <i>que está en el cielo.</i>	Juan 3: 13 And no man hath ascended up to heaven, but he that came down from heaven, even the Son of man <i>which is in heaven.</i>

Tal como asevera Piper (2005), Jesús le está demostrando a Nicodemo sobre su deidad a través de este enunciado que habla de su omnipresencia, porque cómo se explica que le hable de sí mismo que está con Nicodemo y a la vez le diga que está en el cielo. La única explicación es su atributo de omnipresencia, que sí aparece en el Nuevo Testamento del Textus Receptus, pero se omitió en el Texto Crítico en el que se basan las versiones (NIV, NVI):

Textus Receptus: Stephanus (1550)	Textus Receptus: Scrivener (1894)	Westcott y Hort 1881	NGT Nestlé-Aland, 28. ^a ed.	SBL New Testament
Juan 3: 13 και ουδεις αναβεβηκεν εις τον ουρανον ει μη ο εκ του ουρανου καταβας ο υιος του ανθρωπου ο ων εν τω ουρανω	Juan 3: 13 και ουδεις αναβεβηκεν εις τον ουρανον ει μη ο εκ του ουρανου καταβας ο υιος του ανθρωπου ο ων εν τω ουρανω	Juan 3: 13 και ουδεις αναβεβηκεν εις τον ουρανον ει μη ο εκ του ουρανου καταβας ο υιος του ανθρωπου Omisión	Juan 3: 13 και ουδεις αναβέβηκεν εις τον ουρανόν ει μη ό έκ του ούρανοϋ καταβάς, ό υιός του άνθρώπου. Omisión	Juan 3: 13 και ουδεις αναβέβηκεν εις τον ουρανόν ει μη ό έκ του ούρανοϋ καταβάς, ό υιός του[ε] άνθρώπου. Omisión

En el Textus Receptus de Stephanus y de Scrivener aparece este enunciado que sustenta la omnipresencia de Cristo cuando dice: ο ων εν τω ουρανω (o on en to urano: que está en el cielo).

Además de estos atributos de Cristo, se pueden mencionar otros como vida (Jn 1: 4; 5: 26; 10: 10); la verdad (Jn 14: 6; Ap 3: 7); la santidad (Lc 1: 35; Jn 6: 69); el amor (Jn 13: 1; 1 Jn 3: 16).

3.2.4.6. Cristo hace las obras de Dios

Cristo participa de las obras como el Padre y el Espíritu Santo:

1. Es el creador de todas las cosas (Jn 1: 3, 10).
2. Es el preservador de todas las cosas (Heb 1: 3).
3. Él perdona pecados (Lc 5: 24).
4. Él resucita a los muertos (2 Co 1: 9).
5. A Él se le ha dado todo juicio (Jn 5: 22).

3.3. La unipersonalidad de Cristo

Al inicio de este capítulo planteamos que Jesús tiene dos naturalezas; pero esto no quiere decir que en Él haya dos personas; por tanto, es necesario mencionar la unipersonalidad del Señor; esto quiere decir que en Jesús no había dos personas diferentes o dos personalidades; sino que Cristo es UNA persona, con dos naturalezas. El término “naturaleza” se refiere a la suma total de todas las cualidades esenciales; mientras que “persona” se define como una sustancia completa capacitada con la razón, un sujeto responsable de sus propias acciones. Cristo es una persona que posee la suma de cualidades humanas y la suma de cualidades divinas. Esto es importante aclararlo, para poder entender que cuando Cristo se encarnó en hombre no perdió su naturaleza divina, sino que esta permaneció inmutable; Cristo es Dios inmutable; Jesucristo es el mismo “ayer, hoy, y por los siglos” (Heb 13: 18).

CAPÍTULO 4

El ministerio terrenal de Cristo

En este capítulo analizaremos el nacimiento de Cristo; su ministerio, muerte, resurrección y ascensión.

4.1. El nacimiento de Cristo: genealogía de Jesús

La genealogía de Jesús hasta Abraham, el padre del pueblo judío, incluye desde la perspectiva de Mateo algunos personajes no judíos: dos mujeres, Rut la moabita y Rahab. La genealogía descrita marca cuatro periodos claves en la historia del pueblo judío:

1. El de Abraham en el 2000 a. C. aproximadamente (Mt 1: 2).
2. El de David hacia el 1000 a. C. aproximadamente (Mt 1: 6).
3. El del exilio a Babilonia en el 600 a. C. aproximadamente (Mt 1: 11).
4. El de Cristo, la nueva dispensación, el cumplimiento de la promesa del Reino (Mt 1: 16).

Mateo resume estas etapas así: “De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta

la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce” (Mt 1: 17).

4.2. El ministerio de Cristo: sus inicios

4.2.1. El preámbulo del ministerio

El embajador del Rey o el mensajero del Siervo (Mr 1: 1-8): predicción de Juan el Bautista. En Juan el Bautista se cumple la profecía de Isaías (Is 40: 3) sobre el mensajero que prepararía el camino del Señor. Este embajador del Rey Jesús se describe en los evangelios de Mateo, Marcos y Juan como un hombre vestido de pelo de camello con un cinto de cuero que se alimentaba con miel silvestre y langosta, predicaba sobre el arrepentimiento y el bautismo en el Espíritu Santo que Jesús daría y bautizaba en la provincia de Judea en el Jordán. Juan el Bautista anuncia también la reprensión contra los fariseos que se iban a bautizar.

4.2.2. El bautismo de Cristo

En la Biblia se establece que Jesús recibió tres tipos de bautismos:

1. Por el agua, en el río Jordán.
2. Por el Espíritu Santo.
3. En el estado de muerte (bautismo de la copa).

En cuanto al primer bautismo, autores como Chafer (1986, p. 513) establecen que Jesús no fue bautizado como el creyente, por sumersión en las aguas, sino por aspersion. El argumento para esto es que el verbo bautizar *baptiso* en griego no implica solo el hecho de sumergirse dentro de las aguas, aunque este es el significado más común (aparece 80 veces en el Nuevo Testamento con este sentido; pero 20 veces no implica sumersión (Chafer, 1986, vol. 5, p. 513). Ahora bien, el bautismo

de Jesús no pudo ser idéntico al de las personas que venían al Jordán, puesto que este era señal de arrepentimiento de pecados y Jesús nunca pecó. Por tanto, se interpreta este verbo “bautizar” en este contexto como que Jesús fue rociado con el agua. La pregunta que aquí surge es ¿por qué Jesús decidió bautizarse? La respuesta es clara cuando dice: “para cumplir toda justicia”. ¿Cuál es el significado de esta expresión? En realidad no puede ser el hecho de que Jesús deseaba ser ejemplo para los demás; en primer lugar, porque antes de que Jesús llegara al Jordán ya venían a Juan para ser bautizados; en segundo lugar, en el evento de ser modelo no se evidencia que se cumpla toda justicia. La explicación la encontramos en el Antiguo Testamento. Jesús fue al Jordán para ser bautizado por cuanto en este acto fue separado y ungido como Sacerdote. En el Antiguo Testamento los sacerdotes eran rociados con agua y ungidos con aceite cuando iban a entrar en el oficio sacerdotal. Cristo cumplió la Ley mosaica en la circuncisión al octavo día de nacido, en la presentación en el templo a los 40 días, en la confirmación en el templo a los 12 años. Ahora bien, en cuanto a la entrada al sacerdocio, la Ley establecía que fuera a los 30 años. No obstante, si bien Cristo cumplió el tiempo y simbólicamente el método a través del agua y de la unción representada en la venida del Espíritu Santo en forma de paloma sobre Él, no pudo basarse totalmente en las demandas de la Ley, pues estas hablan de introducir hombres pecadores al sacerdocio y Cristo nunca pecó porque fue y es santo. En síntesis, tal como lo expresa Chafer (1986, p. 521): “[Cristo] fue bautizado por medio del agua simbólica, según las condiciones prescritas en la Ley de Moisés, como un acto oficial de separación para el oficio sacerdotal, oficio que prefiguraba el cumplimiento de la ofrenda sacerdotal de Sí mismo a Dios, sin mancha”.

Además del bautismo con agua y por el Espíritu Santo, Cristo fue bautizado en el estado de muerte mediante un vaso que contenía la sentencia de muerte (Chafer, 1986, vol. 5, pp. 520-521). Es el bautismo de la copa que encontramos en Mateo 20: 22 y en Marcos 10: 38-39: “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber,

y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado. Y ellos respondieron: Podemos” (Mt 20: 22), “De un bautismo tengo que ser bautizado: y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!” (Lc 12: 50); en Juan 18: 11 Jesús dijo: “Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?”.

4.2.3. La tentación de Jesús

Después del bautismo ocurre la tentación que Satanás le hace a Jesús sin efecto alguno en los tres campos:

1. Los deseos de la carne: “di que estas piedras se conviertan en pan” (Mt 4: 3).
2. La vanagloria de la vida: “si eres el Hijo de Dios, échate abajo” (Mt 4: 6).
3. Los deseos de los ojos: “Todo esto te daré, si postrado me adorares” (Mt 4: 9).

Ocurrió después de los 40 días de ayuno; Jesús estaba con las fieras y los ángeles le servían (Mr 1: 13).

En primer lugar, es necesario que analicemos la palabra “*tentar*”, *peirádzo*, que aparece aproximadamente 50 veces en la Biblia y significa “probar o someter a prueba” con dos connotaciones:

1. Probar con el fin de fortalecer la virtud.
2. Probar con el fin de solicitar que se practique el mal; la primera proviene de Dios y la segunda de Satanás (Chafer, 1986, vol. 5, p. 523).

Un segundo aspecto que debemos considerar es que Dios puede ser tentado, pero no en el contexto de ser tentado para el mal. Varios pasajes en la Escritura manifiestan que Dios puede ser probado; las tres

personas de la Trinidad pueden ser probadas; en Hechos 15: 10 se hace referencia al Padre: “Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?”; en Hechos 5: 8-10, el Espíritu Santo fue tentado por Ananías y Safira: “Y Pedro le dijo: ¿por qué convinisteis en tentar el Espíritu del Señor?”.

Ahora bien, Cristo fue tentado por Satanás a hacer lo malo, pero esta tentación fue hacia su humanidad, porque en la esfera divina no puede ser tentado a hacer el mal. Otro aspecto que es necesario considerar es la impecabilidad de Jesús; Cristo fue sin pecado, no solo porque nunca pecó, sino también porque no traía la naturaleza pecaminosa.

Después de la tentación, Jesús inicia su ministerio, el cual narra Mateo en sus dos etapas: el año de inauguración o preparación (cerca de los 30 años), el año de popularidad (cerca de los 31 años), en la provincia de Galilea, principalmente; y el año de oposición (cerca de 32 años).

4.3. El ministerio de Cristo: predicación y enseñanza

Jesús inicia su ministerio con la predicación: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Mr 1: 15). La predicación y la enseñanza de Jesús durante su ministerio se caracterizan por los siguientes rasgos:

1. En cuanto al contenido general:
 - a. Con autoridad.
 - b. Con toda sabiduría.
 - c. Con toda ciencia, inteligencia.
 - d. Con toda revelación.
 - e. Con todo poder.

2. En cuanto al contenido específico:
 - a. Soteriológico: habló de sí mismo, de su obra como centro de la salvación, habló del Infierno.
 - b. Hamartiológico: habló sobre el pecado, su origen, su solución, su naturaleza.
 - c. Cristológico: mostró sus atributos y obra como Cristo, el Ungido, el Mesías.
 - d. Demonológico y angeleológico: habló de Satanás, de los demonios, de cómo reprenderlos; de los ángeles.
 - e. Escatológico: habló del final del hombre (muerte) y del final de los tiempos.
 - f. Eclesiológico: habló de la Iglesia.
 - g. Apologético: hizo defensa todo el tiempo.
 - h. Neumatológico: habló del Espíritu Santo, de sus atributos y su obra.
 - i. Doctrina de Dios: habló de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, habló y mostró los atributos de Dios.
 - j. Antropológico: habló del ser humano en su constitución; de su alma, su espíritu, su cuerpo.
3. En cuanto a la forma:
 - a. Usó todos los géneros: argumentativo, descriptivo, narrativo y profético.
 - b. Usó la predicación temática y la textual.

- c. Los propósitos fueron didáctico, exhortativo, consolador, evangelizador.
- d. Fue dialogal y unidireccional.
- e. Era rica en parábolas, ilustraciones, historias, metáforas, símiles, comparaciones, analogías.

Veamos algunos tipos de discurso que usó el Señor Jesucristo.

4.3.1. Discurso didáctico

El discurso didáctico que el Señor usó durante su ministerio es variado, pues fue instructivo, exhortativo y parabólico:

4.3.1.1. Discurso instructivo: Sermón del Monte, las bienaventuranzas y leyes del Reino.

Jesús proclama del Reino de los Cielos con el Sermón del Monte narrado por Mateo a través de la enseñanza de los ciudadanos, las leyes y los criterios del Reino de los Cielos:

- a. Los ciudadanos del Reino: se manifiestan a partir de la forma de bienaventuranzas; Jesús habla de los que pueden acceder al Reino: los pobres de espíritu, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los de limpio corazón, los pacificadores, los que padecen persecución a causa de la justicia (Mt 5: 3-12).
- b. Las leyes del Reino: Jesús describe los principios sociales en relación con el prójimo: no enojarse contra el hermano (Mt 5: 21-26), no adúlterar (Mt 5: 27-30), los esposos no deben repudiar a su mujer (Mt 5: 31-32), no jurar (Mt 5: 33-37), amar a los enemigos (Mt 5: 38-48). También se describen principios divinos; en relación con Dios: ofrendar a Dios sin alardear ante los demás (Mt 6: 1-4), orar al Padre en secreto (Mt 6: 5-15), ayunar

para Dios sin alardear ante los demás (Mt 6: 16-18), hacer tesoros en el cielo (Mt 6: 19-21), servir a Dios y no a las riquezas (Mt 6: 24). Jesús finaliza las leyes del Reino con tres principios relacionados con lo personal, lo social y lo divino del ciudadano del Reino: no estar afanados, pues Dios tiene cuidado de nosotros (Mt 6: 25-34), no juzgar a los demás, pues solo Dios puede juzgar (Mt 7: 1-6), orar a Dios por nuestras peticiones (Mt 7: 7-12).

4.3.1.2. Discurso instructivo: instrucciones a los discípulos

Jesús elige a los doce Apóstoles: Simón Pedro, Andrés, Jacobo, Juan, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el cananista y Judas Iscariote (Mt 10: 1-4; Mr 3: 13-19), e inicia un proceso de enseñanza, de discipulado con ellos. Aquí surge el discurso instructivo que vemos ilustrado en la misión de los doce Apóstoles (Mt 10: 5-15) a los cuales Jesús les da instrucciones para cumplirla. Este es su segundo discurso largo. Veamos estas instrucciones:

- a. Instrucciones sobre la visita a los lugares: predicar solo al pueblo de Israel, sanar, resucitar, echar fuera demonios (Mt 10: 5-15).
- b. Instrucciones sobre las persecuciones venideras (Mt 10: 16-25)
- c. Instrucciones sobre a quién se debe temer (Mt 10: 26-33).
- d. Instrucciones sobre la fidelidad en el Evangelio: el amor incondicional hacia Jesús (Mt 10: 34-39).
- e. Instrucciones sobre las recompensas del Reino (Mt 10: 40-42).

Jesús inicia una serie de enseñanzas directas y contundentes para sus discípulos; les habla de la humildad, de la importancia de permanecer en Él, de las ocasiones de caer, del divorcio, entre los principales temas. Veamos algunos ejemplos:

- a. La historia de “¿Quién es el mayor?” (Mr 9: 33-37) que narra Marcos se centra en recibir a Jesús como un niño, lo que implica recibir al Padre. Mateo, por su parte, se centra en la enseñanza de volverse como niño para entrar en el Reino de los Cielos (Mt 18: 3). Después de este relato, Marcos agrega la enseñanza “el que no es contra nosotros, por nosotros es” (Mr 9: 40); esta no aparece en Mateo. En la enseñanza sobre las ocasiones de caer (Mr 9: 42-50), Marcos es más detallado que Mateo, pues especifica qué se debe hacer en cada caso: cuando la mano (Mr 9: 43-44), el pie (Mr 9: 45-46) y el ojo (Mr 9: 47-48) hacen pecar. Agrega también la expresión “donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Mr 9: 44, 46, 48). El final del relato de Marcos también agrega: “Porque todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será salado con sal. Buena es la sal, mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros” (Mr 9: 49-50).
- b. Después de la anterior enseñanza, Marcos narra la del divorcio (Mr 10: 1-12). Cuando Jesús ofrece esta enseñanza del divorcio ya no está en Galilea, se encuentra en la región de Judea, al otro lado del Jordán (Mr 10: 1); la pregunta sobre el divorcio fue hecha a Jesús por los fariseos, como oposición, pero Marcos especifica que al final Jesús enseña a sus discípulos sobre el adulterio en el caso en que el hombre repudie a su mujer y se case con otra o la mujer abandone a su esposo y se case con otro (Mr 10: 10-12). Pero Marcos no menciona la respuesta de los discípulos en la que se discute que si hay adulterio, no conviene casarse, ni tampoco incluye la respuesta de Jesús sobre la no capacidad de todos para recibir esto, lo cual sí hace Mateo (Mt 19: 11-12).
- c. Dentro de las enseñanzas que Jesús les da a sus discípulos, Marcos también narra la ocasión en que bendice a los niños, con lo cual les instruye sobre recibir el Reino de Dios como un niño

(Mr 10: 13-16); y la historia del joven rico, a través de la cual Jesús les enseña a sus discípulos que el que deje casa, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos, tierras, por causa del Evangelio, recibirá cien veces más (Mr 10: 29-30). La narración de Marcos, a diferencia de la de Mateo, cita las palabras de Jesús dos veces: “Cuan difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas” (Mr 10: 23) e “Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas” (Mr 10: 24); pero Mateo en su relato menciona que en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, los discípulos se sentarán sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel (Mt 19: 28); esta mención claramente escatológica no aparece en el relato de Marcos.

4.3.1.3. Enseñanza por parábolas

La parábola, usada constantemente por Jesús, es una narración en la que se establece una comparación con un fin didáctico. Es importante considerar las normas de interpretación de este tipo de figura compleja. Veamos (Martínez, 1987, p. 457):

1. Determinar la verdad central: se logra con la pregunta ¿qué quiso decir Jesús?, y mediante los siguientes pasos:
 - a. Analizar el contenido esencial: se estudian los protagonistas, sus características, los eventos, la acción complicante, las palabras que se reiteran.
 - b. Determinar la ocasión, la situación que dio lugar a la parábola; es necesario preguntarse ¿cuándo fue narrada?, ¿cuáles fueron las circunstancias en que se narró?, ¿a quiénes se dirigió?, ¿cuál era el estado espiritual de los destinatarios?
 - c. Analizar el fondo cultural: se trata de mirar el significado cultural de los símbolos usados en las parábolas; por ejemplo, la higuera como el pueblo de Dios.

- d. Analizar textos paralelos: Jesús narraba varias parábolas con significado paralelo; por ejemplo, la parábola del tesoro escondido y la de la perla de gran precio (Mt 13: 44-46).
2. Comparar la verdad que se expresa en la parábola con la enseñanza completa del Nuevo Testamento consiste en confrontar la interpretación de la parábola con las doctrinas fundamentales de la Biblia, con todo el contenido, pues la Palabra de Dios no se contradice.

Parábolas en contexto escatológico

Para ilustrar el uso de las parábolas en el contexto escatológico, veamos cuatro de ellas: el sembrador y las tierras (Mt 13: 3-9; 18-23), el trigo y la cizaña (Mt 13: 24-30; 36-43), el grano de mostaza (Mt 13: 31-32) y la levadura escondida en la harina (Mt 13: 33). Las cuatro parábolas se refieren al curso del presente siglo, período que data desde el rechazo del Mesías por Israel hasta su recepción venidera por este mismo pueblo (Pentecost, 1984, p. 104). En Hechos 15: 14 dice: “Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre”; aquí se está haciendo alusión a la Iglesia, en la cual y a través de la cual Dios está llevando a cabo un programa en este presente siglo, que expresa su gracia infinita.

La primera parábola del sembrador es explicada por Jesús (Mt 13: 1-23). En un plano general trata sobre los tipos de personas que oyen la Palabra:

1. Los que no la entienden (semilla sembrada junto al camino).
2. Los que por la aflicción y la persecución tropiezan y abandonan la Palabra (semilla sembrada en pedregales).
3. Los que por los afanes del mundo y el engaño de las riquezas dejan que la Palabra se ahogue (semilla sembrada entre espinos).

4. Los que oyen la Palabra y dan fruto (semilla sembrada en buena tierra).

Esta parábola señala también etapas por las que puede pasar el creyente; Jesús nos exhorta aquí y nos lleva a reflexionar sobre nuestra propia vida, nuestro propio terreno, nos lleva a preguntarnos ¿qué clase de tierra soy para la Palabra de Dios?

En el contexto escatológico, esta parábola se explica de la siguiente manera: la semilla es la Palabra de Dios (Mr 4: 14) que es sembrada en varios tipos de tierras y es objeto de ataque satánico. La parábola revela varias características del presente siglo:

1. La siembra de la Palabra de Dios.
2. El énfasis en los tipos de tierra y sus diferentes preparaciones para la recepción de la Palabra.
3. Hay una oposición hacia la Palabra por parte del mundo, la carne y Satanás.
4. A medida que avance el curso del siglo habrá un decrecimiento de la respuesta a la siembra de la Palabra, lo cual se simboliza en la expresión “al ciento, sesenta y treinta”.

Analícemos ahora el texto; este tiene cinco aspectos: personaje, acción, lugar, consecuencia y causa:

Personaje	Acción	Lugar	Consecuencia	Causa
El sembrador	Salió a sembrar una semilla	Junto al camino	Fue hollada	Las aves la comieron
		Sobre la piedra	Nació y se secó	No tenía humedad
		Entre espinos	Se ahogó	Los espinos nacieron
		Tierra	Nació y llevó fruto	Era tierra buena

La parábola se caracteriza por tomar cada aspecto de ella y darle un significado literal; aquí lo analógico se armoniza con lo literal, lo connotativo con lo denotativo. Veamos:

Término de la parábola	Interpretación	Consecuencia
La semilla	La Palabra de Dios	No salvarse
Los de junto al camino	Oyen la Palabra	
Aves del cielo	El diablo	
Comer la semilla	Quitar la Palabra del corazón	
Los de sobre la piedra	Oyen y reciben la palabra con gozo	
Se secó, no tienen humedad	Creen por un tiempo y en la prueba se apartan	
Espinos	Oyen y se van	
Ahogar	Los afanes, las riquezas y los placeres de la vida	Salvarse
Buena tierra	Con corazón bueno oyen y retienen y dan fruto	

En la segunda parábola, la de la cizaña (Mt 13: 24-30; 36-43), en un plano general se refiere a la Iglesia en la cual hay creyentes fieles (trigo) y personas que aparentan ser creyentes pero no lo son (cizaña). Jesús hace referencia al día en que recogerá a estos verdaderos creyentes y echará en el fuego a los falsos.

En un plano estrictamente escatológico esta parábola también revela varios aspectos con respecto al presente siglo:

1. La verdadera siembra que aparece en la parábola anterior será imitada por una siembra falsa.
2. Por tanto, ocurrirá un desarrollo paralelo de la siembra verdadera y la falsa.

3. Habrá un juicio al final del siglo para separar lo bueno de lo malo; lo bueno es recibido en el Reino Milenial; lo malo es excluido.
4. El carácter esencial de cada siembra se podrá ver solo en los frutos verdaderos, si los hay o no, no en la apariencia.

Según Pentecost (1984, p. 112), esta parábola se refiere a Israel durante el período de la Tribulación, pues se usan términos como “hijos del reino” atribuido a Israel (Mt 8: 11-12).

La tercera parábola del grano de mostaza (Mt 13: 31-32) muestra lo que ocurre a medida que el presente siglo avanza:

1. Hay un crecimiento anormal; lo que era una hierba, se vuelve un árbol enorme.
2. Dicho árbol enorme, al decir de Pentecost (1984, p. 113) monstruoso, se ha convertido en un lugar de descanso para las aves, y si relacionamos estas aves con las que aparecen en la parábola del sembrador, las cuales tienen una connotación negativa pues devoran la semilla, quitan la Palabra de Dios, demostrando oposición hacia el programa de Dios, tenemos que concluir que en esta parábola se está hablando de la presencia de la oposición desde dentro (hacen nidos).

La cuarta parábola de la levadura escondida en la harina (Mt 13: 33) también revela características del presente siglo. Veamos. Se habla de una mujer que pone levadura, la cual tiene connotaciones negativas en la Biblia, pues en el Antiguo Testamento se menciona en sentido malo (Gn 19: 3); y en el Nuevo Testamento significa “malicia, maldad” (1 Co 5: 6-8); Jesús se refería a la levadura como doctrina falsa, errónea (Mt 16: 12) que era enseñada y practicada por los fariseos, saduceos y herodianos (Mt 16: 6; Mr 8: 15); los primeros practicaban el formalismo religioso; los segundos se caracterizaban por el escepticismo en relación con lo sobrenatural; y los terceros practicaban la mundanalidad.

Según estas referencias y usos, se puede establecer que la “levadura” es doctrina falsa, y al ser una mujer la que la usa, recordamos Apocalipsis 2: 20 y 17: 1-8 sobre el falso sistema religioso. Ahora bien, el hecho de que la mujer pone la levadura en la harina, la cual era usada en las ofrendas de olor suave y grato y actúa como tipo de Cristo, indica que la falsa doctrina es introducida en la sana doctrina, en la verdad de la Palabra de Dios.

La narración, descripción e interpretación de estas cuatro parábolas reflejan las características del presente siglo, en el cual la Iglesia verdadera está sembrando la Palabra en medio de la oposición del mundo, la carne y Satanás; durante este tiempo en la Iglesia se han introducido falsas doctrinas (levadura), la mundanalidad, y donde desde dentro hay oposición y ataques.

Por su parte, las comparaciones del Reino de los Cielos son:

1. Con un tesoro escondido (Mt 13: 44).
2. Con una perla de gran precio (Mt 13: 45-46).
3. Con una red (Mt 13: 47).

La dos primeras comparaciones implican el gran valor del Reino de los Cielos, el cual, una vez que es hallado, el creyente deja todas las cosas por él. Por su parte, la comparación con la red, nuevamente alude, como la parábola del trigo y la cizaña, a los verdaderos creyentes y a los falsos, los cuales serán separados en el fin del siglo. Estas tres comparaciones o parábolas solo aparecen en el Evangelio de Mateo; no se incluyen en los otros Evangelios.

Veamos otras parábolas:

1. Narración de la historia de la oveja perdida. (Lc 15: 1-7)
2. Narración de la historia de la moneda perdida. (Lc 15: 8-10)

3. Narración de la historia del hijo pródigo. (Lc 15: 11-32)

Personaje	Posesión	Estado de la posesión	Acción del poseedor	Resultado de la acción del poseedor
Un hombre	Una oveja	Perdida	Buscarla	Hallazgo y gozo
Una mujer	Una dracma	Perdida	Buscarla	Hallazgo y gozo
Un padre	Un hijo	Perdido	Esperar el regreso	Hallazgo y gozo

Las tres parábolas coinciden en el contenido, pero hay una diferencia entre las dos primeras y la última; nótese que en esta el personaje, el padre, no busca a su hijo como el hombre y la mujer; sin embargo, es hallado. A nuestro modo de ver, estas tres parábolas forman una unidad, como parte de un sermón cuyo tema es la salvación. Las dos primeras parábolas representan la venida de Cristo, a buscar lo que se había perdido, lo cual se representa en la oveja y la dracma; es la obra de amor del Padre hacia nosotros; la última parábola representa lo que tenemos que hacer: arrepentirnos, pedir perdón y regresar al Padre, debido a que Él ya hizo su parte, dar a su hijo unigénito para que todo aquel que en Él cree no se pierda mas tenga vida eterna. Esto explica el versículo: *“porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado”* (Lc 15: 24). Veamos otras parábolas:

1. Análisis de la parábola de los hijos

Plano analógico					Plano interpretativo	
Emisor	Receptor	Encargo	Respuesta verbal	Respuesta real	Exhortación	Razón
Un hombre	Un hijo	Ir a trabajar a la viña	Sí	No	“los publicanos y las ramerías van delante de vosotros al reino de Dios” (Mt 21: 31)	Porque no recibieron el testimonio de Juan
	Un hijo		No	Sí		

2. Análisis de la parábola de los labradores malvados

Plano analógico de la parábola						
Personaje	Acciones	Encargo	Receptores del encargo	Enviados	Acciones contra los siervos e hijo	Acciones del señor de la viña
Un hombre, padre de familia	-Plantó una viña -La cercó de vallado -Cavó un lagar -Edificó una torre	Arrendó la viña	Labradores	Siervos Otros siervos Hijo	A unos los golpearon A otros los apedrearon A otros los mataron	Los destruirá sin misericordia para que den fruto Arrendará la viña a otros para que den fruto
Plano interpretativo de la parábola						
Lo denotativo						
Dios Padre	Llamó y escogió a un pueblo, lo guardó, le dio una misión.	Enseñar la Palabra de Dios	Los sacerdotes y ancianos	Profetas del Antiguo Testamento y el Señor Jesucristo	Asesinaron a los profetas del Antiguo Testamento y al Señor Jesucristo	Juicio sobre Israel Llamado de la iglesia y entrega de la misión (otros)
Lo exhortativo						
El Reino de los Cielos será quitado de vosotros y será dado a gente que produzca fruto						

Hay otro grupo de parábolas cuyo tema es el día de la venida de Cristo. Estas parábolas solo las incluye Mateo en su Evangelio; no aparecen en los otros. Veamos:

1. Parábola de las diez vírgenes (Mt 25: 1-13). Esta parábola tiene como fin enseñar que debemos estar preparados para la venida de Cristo en el arrebatamiento de la Iglesia, al igual que las vírgenes prudentes.
2. Parábola de los talentos (Mt 25: 14-30). Esta parábola enseña que debemos trabajar para el Reino de Dios, para que cuando Cristo venga y nos pida cuentas podamos responder como siervos útiles.

4.3.1.4. El discurso exhortativo

Otro de los tipos de discurso que usó el Señor Jesús es el exhortativo. En algunas ocasiones sus discípulos tenían los oídos tardos y no lograban entender todo lo que les deseaba enseñar. Esto se observa cuando tuvo que explicarles las parábolas y la afirmación de lo que contamina al hombre; también en la señal de la alimentación de los cuatro mil (Mt 15: 32-39), ante la cual los discípulos demostraron incapacidad para ver la solución de la situación, pues habían olvidado la alimentación de los cinco mil que había sucedido antes. Ante esto Jesús decide prepararlos más fuertemente con enseñanzas y exhortaciones.

El discurso exhortativo de Jesús es fuerte, pero contiene un alto grado de edificación y de amor por cuanto apunta a la salvación del creyente y a la excelencia del servicio hacia Dios. Veamos algunas de estas exhortaciones.

Unos ejemplos los encontramos cuando Jesús exhorta a los discípulos sobre la doctrina de los fariseos. Jesús les advierte que se guarden de la doctrina de estos (Mt 16: 5-12), usando el símbolo de la levadura; los discípulos creen que el Señor se refiere al hecho de no haber llevado pan, pero Él les recuerda los dos milagros de la alimentación de los cinco mil y los cuatro mil. Marcos nos aclara que los discípulos no

habían entendido este milagro porque tenían endurecidos sus corazones (Mr 6: 52).

Otras exhortaciones aparecen en marcos proféticos. Cuando Jesús da el primer anuncio de su muerte (Mr 8: 38) dice: “Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del hombre se avergonzará también de él”. En este mismo contexto encontramos la fuerte exhortación a Pedro quien después de haber tenido esa gran revelación del Espíritu Santo sobre Jesús como el Cristo reconviene al Señor sobre su muerte, de modo que es instrumento de Satanás (Mt 16: 23). Jesús le dice: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres”. El Señor le estaba diciendo a Pedro que Satanás lo estaba usando como instrumento para impedir la obra de Dios, la obra en la cruz del calvario. Esta exhortación se aplica a nosotros hoy en día cuando le quitamos el primer lugar a Dios para darles el primer lugar a los hombres y cuando los asuntos humanos son más importantes que la obra de Dios, la cual es la salvación de las almas. Satanás usa las emociones de los seres humanos (temor, compasión de sí mismo) para desviar la atención de los asuntos divinos.

El discurso exhortativo se ubica en la clasificación según los propósitos: uno es el tipo de los ayes, cuyo objetivo es increpar al oyente, confrontarlo fuertemente con el fin de exhibir lo que realmente es, sus intenciones, actitudes, obras y responsabilidades. En Mateo 23: 13-36 encontramos un ejemplo:

Apelación	Designación exhortativa	Razón	Recurso de lenguaje	Exhortación	
Ay De vosotros escribas y fariseos	Hipócritas	Cierran el Reino de los Cielos delante de los hombres; no entran ni dejan entrar		<ul style="list-style-type: none"> • Cómo escaparéis de la condenación del Infierno • Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías (Mt 23: 35) 	
		Devoran las casas de las viudas y hacen largas oraciones como pretexto			
	Guías de ciegos, ciegos e insensatos	Recorren mar y tierra para hacer un prosélito y lo hacen doblemente hijo del infierno			Refrán: “coláis el mosquito y tragáis el camello”
	Hipócritas	Predicación equivocada; tergiversación de las Escrituras	Diezman pero olvidan la misericordia, la fe y la justicia		Metáfora: lo de dentro del vaso y del plato
			Por dentro están llenos de robo e injusticia		Símil: sepulcros blanqueados Metáfora: por dentro llenos de huesos de muertos.
	Serpientes, generación de víboras	Llenan la medida de sus padres			

4.4. Ministerio de poder: los milagros

En la Biblia se usan tres términos para denotar un milagro: *dynamis*, *terata*, *semeia*. El primero significa “poderes o manifestaciones de poder”. *Terata* se puede traducir como “portento”; y *semeia* equivale a “señales”. Los milagros señalaban que el Reino venía con potencia y demostraban la soberanía de Dios.

¿Quiénes son los destinatarios de estos milagros?

1. Casi siempre se trata de los más necesitados: enfermos, poseídos por espíritus inmundos, marginados (los leprosos son el caso más típico, pues estaban obligados a vivir fuera de las ciudades).
2. Jesús no hacía los milagros para demostrar poder para vanagloria. Él rehusó hacer milagros cuando Satanás lo tentó; incluso cuando María le comunicó que ya no había vino en las bodas de Caná Jesús empezó a hacer milagros en el tiempo designado por Dios Padre; no cuando lo solicitó el diablo o un ser humano.

¿Cuál era el fin de los milagros? Jesús hizo milagros:

1. Como cumplimiento profético (Mt 8: 16-17; cf. Is 35: 5-6).
2. Para la gloria de Dios (Jn 11: 4).
3. Como medio para generar y fortalecer la fe en Jesús, lo cual lleva al reconocimiento como Dios (Mt 9: 28-29), a la aceptación de Cristo como Señor y Salvador (Mt 9: 1-6). No obstante, los milagros los hace Jesús para testimonio a los que los presencian, pues Él hace énfasis en que es por fe aunque no se vea (Jn 4: 48), y es bienaventurado el que sin ver cree (Jn 20: 27-29) porque la fe viene por el oír la Palabra.

4. Los milagros son señales que pueden acompañar la predicación del Evangelio (Mt 8: 10-13; Mt 9: 22). En este caso actúa como llamado de atención y asombro.
5. El objetivo principal era la predicación para salvación de las almas. Cuando Jesús les da la misión a los doce discípulos, les ordena primero que prediquen el Evangelio; luego les habla de las señales (Mt 10: 7-8). Este principio lo entendieron los discípulos, por eso, cuando piden confianza y valor después de la persecución, le solicitan al Señor que les dé denuedo para predicar el Evangelio, y que en medio de la predicación ocurran señales, milagros y prodigios (Hch 4: 29-31). De igual manera, Jesús hace énfasis en la salvación cuando los setenta regresan y se regocijan por las señales; Jesús les dice que se deben regocijar porque sus nombres están escritos en los Cielos (Lc 10: 20).

Tipos de milagros

Además de los destinatarios y fin de los milagros, la Biblia muestra varios tipos. Veamos:

1. Milagros sobre la naturaleza:
 - a. Cambia el agua en vino en Caná (Jn 2).
 - b. Primera pesca milagrosa (Lc 5).
 - c. Calma la tempestad (Mt 8; Mr 4; Lc 8).
 - d. Primera multiplicación de panes (Mt 14; Mr 6; Lc 9; Jn 6).
 - e. Camina sobre las aguas (Mt 14; Mr 6; Jn 6).
 - f. Segunda multiplicación de panes (Mt 15; Mr 8).
 - g. La moneda aparece en el pez (Mt 17: 27).

- h. Maldición de la higuera (Mt 21; Mr 11).
 - i. Segunda pesca milagrosa (Jn 21).
2. Milagros de sanidad física:
- a. El hijo de un funcionario real (Jn 4).
 - b. La suegra de Pedro (Mt 8; Mr 1; Lc 4).
 - c. El leproso (Mt 8; Mr 1; Lc 5).
 - d. El paralítico (Mt 9; Mr 2; Lc 5).
 - e. El paralítico de Betesda (Jn 5).
 - f. Hombre de la mano paralizada (Mt 12; Mc 3; Lc 6).
 - g. El sirviente del centurión (Mt 8; Lc 7).
 - h. El ciego (Mt 12; Lc 11).
 - i. La mujer con flujo de sangre (Mt 9; Mr 5; Lc 8: 46-50).
 - j. Dos ciegos (Mt 9).
 - k. Endemoniado mudo (Mt 9).
 - l. El sordomudo (Mr 7).
 - m. Ciego de Betesda (Mr 8).
 - n. Niño lunático (Mt 17; Mc 9; Lc 9).
 - o. Ciego de nacimiento (Jn 9).
 - p. Mujer encorvada por espíritu inmundo (Lc 13: 10-13).
 - q. Hombre hidrópico (Lc 14: 1-4).
 - r. Diez leprosos (Lc 17).

- s. Ciego de Jericó (Mt 20; Mr 10; Lc 18).
 - t. El siervo que perdió la oreja (Lc 22: 51).
3. Milagros de liberación:
- a. Endemoniado en Capernaum (Mr 1; Lc 4).
 - b. Sordomudo (Mt 12; Mr 7: 31-37).
 - c. Gadareno (Mt 8; Mr 5; Lc 5).
 - d. Endemoniado mudo (Mt 9).
 - e. Hija de la mujer siro-fenicia (Mt 15; Mr 7).
 - f. Niña lunática (Mt 17; Mr 9; Lc 9).
 - g. Mujer encorvada por espíritu inmundo (Lc 13: 10-13).
4. Resurrecciones:
- a. Hija de Jairo (Mt 9; Mr 5; Lc 5).
 - b. Hijo de la viuda de Nain (Lc 7).
 - c. Lázaro (Jn 11).
5. Otros milagros:
- a. En Juan 7: 30, 44; 8: 20 se narra que los judíos no arrestan a Jesús porque la hora no había llegado. En Juan 8: 59 no lo arrestan porque se escondió. También podemos citar el episodio de su escape de la turba hostil en Nazaret (Lc 4).

4.5. La muerte de Cristo

El evento de la muerte de Cristo es el cumplimiento profético del Antiguo Testamento, mediante la cual Dios redimiría a toda la humani-

dad de sus pecados, acontecería la reconciliación del mundo con Él y se consumaría la salvación. En la muerte del Señor se pagó el precio por la redención de los seres humanos, pues su sangre fue derramada como sacrificio vivo; Jesús es el Cordero sin mancha y sin contaminación que se ofreció por los pecados, pues sin sangre no hay remisión de pecados.

En Éxodo 24: 4 Moisés dice: “Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte, y doce columnas, según las doce tribus de Israel”; esto aconteció después de haber recibido la Ley. Luego los jóvenes de los hijos de Israel ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová; y Moisés tomó la mitad de la sangre, la puso en los tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar; tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo el cual aceptó hacer y obedecer todas las cosas de dicho libro. Este es el Antiguo Pacto que se reitera cuando Moisés dice: “Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas” (Éx 24: 8).

Nótese cómo se describe que la sangre fue esparcida sobre el altar y luego rociada sobre el pueblo, la cual cubría los pecados de este, hecho que nos remite a la sangre de Jesús, rociada, la cual, a diferencia de aquella, sí quita el pecado. Este evento es recordado en el libro de Hebreos (9: 19-22): “Porque habiendo anunciado Moisés todos los mandamientos de la Ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el mismo libro y también a todo el pueblo, diciendo: Esta es la sangre del pacto que Dios os ha mandado. Y además de esto, roció también con la sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio. Y casi todo es purificado, según la Ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión”. Este contexto del Antiguo Pacto le sirve al escritor de la Epístola a los Hebreos para hacer la relación con el Nuevo Pacto en la sangre de Jesús, pero estableciendo una diferencia clara

que radica en que Él no entró en un santuario hecho de manos, sino en el cielo mismo, no con sangre ajena, sino con su propia sangre, no muchas veces como el sacerdote, sino una sola vez y para siempre, no para cubrir los pecados de un año, sino para quitarlos definitivamente (Heb 9: 24-26).

La revelación del Nuevo Pacto se aclara cuando Jesús, en la última Cena, usa este término refiriéndose a sí mismo, en cuanto a su sacrificio y muerte por los pecados: “porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”. Se establece aquí la relación primordial entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, la cual se reitera en Lucas 1: 67-75, donde Zacarías lleno del Espíritu Santo profetizó sobre Jesús en quien se cumplía la promesa y el pacto: “bendito el Señor, Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo, y nos levantó a un poderoso Salvador en la casa de David su siervo, como habló por la boca de sus santos profetas que fueron desde el principio; salvación de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos aborrecieron; para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo pacto; del juramento que hizo a Abraham nuestro padre [las cursivas son nuestras], que nos había de conceder, que, librados de nuestros enemigos, sin temor le serviríamos en santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días”. Nótese cómo Zacarías usa la palabra “santo pacto” y lo refiere directamente a la promesa, al juramento que le hizo a Abraham, y a la casa de David.

El Nuevo Pacto está sustentado en el sacrificio aceptable de Cristo. En Jeremías 31: 31-34 se expone este pacto de Dios con la casa de Israel y la casa de Judá. Para esta nación el período de cumplimiento es futuro y comenzará cuando Jesús venga por segunda vez y continuará por toda la eternidad. Al igual que los pactos anteriores, es incondicional y eterno. Ahora bien, es necesario aclarar la relación del Nuevo Pacto con la Iglesia. Según Jeremías 31: 31-34, dicho pacto se realizó con Israel; pero la Iglesia recibe hoy los beneficios porque esta nación re-

chazó la bendición, al rechazar a Cristo. Ella disfruta de los privilegios, en espíritu, no en letra; y los disfruta por la gracia y la sangre de Cristo.

El Nuevo Pacto es superior al Pacto Mosáico, no en el plano moral, sino en cuanto a sus efectos; el primero no podía quitar los pecados, solo los cubría; pero el Nuevo Pacto sí quita los pecados, por la sangre de Cristo (Heb 7: 19; Ro 8: 3, 4).

Algunos autores dispensacionistas hablan de dos nuevos pactos, uno para la Iglesia que se encontraría en Lucas 22: 20 y otro para Israel en el Reino, que se hallaría en Jeremías 31: 31-34 (Couch, 1999, p. 358; Chafer, 1986, p. 44). En realidad se trata del mismo Nuevo Pacto, pero con dos aplicaciones temporales distintas a grupos diferentes. Para Israel tiene cumplimiento a la mitad del juicio de la Tribulación; y para la Iglesia, se ha cumplido en esta edad presente, en esta dispensación. Ambos grupos, la Iglesia e Israel, se benefician del Nuevo Pacto, no obstante esto no implica que se confundan; se trata de dos dispensaciones y en ambas la salvación es por fe (Scofield, 1996; Couch, 1999, p. 358). Hay también una tercera propuesta sobre el Nuevo Pacto, correspondiente a la de Darby (s. f.), citado por Pentecost (1984, p. 94), según la cual el Nuevo Pacto solo es aplicable al pasaje de Jeremías 31; y todas las referencias del Nuevo Testamento se hacen con respecto a este pasaje que se aplica al Pueblo de Israel y no a la Iglesia; esta recibe los beneficios del Nuevo Pacto por el mediador que es Cristo. Consideramos como Scofield (1996) que hay evidencias bíblicas para hablar de un solo Nuevo Pacto con doble aplicación, a la Iglesia y a Israel.

4.5.1. Los sufrimientos

La Encarnación fue parte de la humillación de Cristo porque participó de la naturaleza humana débil y sujeta al sufrimiento y a la muerte. Jesús sufrió los ataques de Satanás, el odio y la incredulidad de su pueblo; sufrió persecución familiar (sus hermanos no creyeron en Él), persecución religiosa (escribas, saduceos y fariseos lo atacaron) y

persecución política (Herodes lo persiguió y sufrió juicios políticos); sufrió en cuerpo y alma; experimentó padecimientos físicos, estuvo en agonía hasta el punto de que su sudor se volvía en sangre (Lc 22: 44); su alma se entristeció hasta la muerte (Mr 14: 34). Podemos enumerar los sufrimientos de Jesús como sigue (Grudem, 2009, p. 599):

1. El dolor de la cruz que fue físico y de muerte; fue un padecimiento cruel el de la crucifixión.
2. El dolor de cargar con el pecado; Jesús sufrió el pecado de toda la humanidad sobre Él, hasta el punto de que expresó: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo” (Mt 26: 38).

4.5.2. La muerte del Salvador

Es importante aclarar en qué consistió la muerte de Cristo. La muerte fue dada al hombre como castigo por el pecado; la paga del pecado es muerte. Pero en Jesús esto no se aplica, pues Él no pecó; Él es el mediador, el sustituto, por lo cual recibió el pecado de la humanidad y murió por esto, para que el hombre fuera libre y regresara a la comunión con Dios. Por tanto, la muerte de Cristo se dio en el sentido judicial; al respecto, Berkhof (1999, p. 403) nos dice: “Dios impuso el castigo de la muerte sobre el Mediador, judicialmente, puesto que este emprendió por su voluntad el pago de la pena por el pecado de la raza humana”; por eso Jesús al morir dijo: “consumado es” (Jn 19: 30); aquí el verbo en griego es *tetélestai*, que significa “ha sido terminado”; esto implica que se ha terminado de pagar la deuda de la humanidad y se declara al hombre absuelto de la deuda. Este verbo era el mismo que se usaba en las deudas; se estampaba *teléstai* al pie del último recibo del pagaré o documento en el que constaba que el deudor había satisfecho por completo la deuda contraída en un préstamo o una compraventa (Matthew, 1999, p. 1484).

Podemos enumerar las características de la muerte de Jesús:

1. Voluntaria: el cumplimiento de la voluntad del Padre fue el deseo de Jesús (Mt 26: 39-44; Mr 14: 36; Lc 22: 42); además, su muerte fue una muestra de su amor (Jn 10: 11; 12: 24; 15: 13).
2. Necesaria: era la voluntad de Dios (Mr 8: 31; 10: 45; Lc 22: 42) y fue profetizado en las Escrituras (Lc 24: 44-47), para cumplir la promesa del Padre respecto a la venida del Espíritu Santo (Jn 14: 1-25; 16: 7-16).
3. Central: Jesús habló acerca de la cruz como Su “hora” (Mr 14: 41; Jn 12: 23, 27; 13: 1; 17: 1) o “bautismo” (Mr 10: 38; Lc 12: 50) y antes de este tiempo nadie pudo impedirle su misión (Lc 13: 31-33; Jn 2: 4; 7: 30). También podemos ver la centralidad respecto a su misión por medio de la expresión “Consumado es” (Jn 19: 30).
4. Sacrificial: el concepto de sacrificio en el Antiguo Testamento exigía la muerte (derramamiento de sangre); sin embargo, el sistema del Antiguo Testamento fue débil e ineficaz (Heb 7-9).
5. Cumplimiento del pacto: se basa en el concepto del pacto (Mt 26: 28; Mr 14: 24; Lc 22: 20; 1 Co 11: 25; Heb 8-9), y los pactos tienen la idea de redención como su base (Mt 18: 11; Lc 19: 10; Jn 10: 7-11; 12: 44-47). Para conseguir los beneficios del pacto para nosotros, Jesús tuvo que someterse a sus maldiciones.
6. Representativa: la muerte de Jesús fue el cumplimiento de su estado de humillación.
7. Vicaria: significa que Jesús fue un sustituto, que toma el lugar de otro; esto se corrobora en varios pasajes bíblicos (Is 53: 6; 2 Co 5: 21; 1 P 2: 22) (Duffield y Van Cleave, 2006, p. 202).

4.5.2.1. Lo que Cristo llevó a cabo en su muerte

La muerte de Cristo tuvo unas consecuencias importantes para la humanidad y para el cielo. Varios autores han señalado los eventos que el Señor llevó a cabo con su muerte (Chafer, 1986; Fruchtenbaum, 2005). Veamos:

Una Sustitución por los pecadores	La base de los justos juicios de Dios
Cristo, fin de la Ley cuenta de los salvos	La desaparición de los pecados cometidos antes del calvario
Un rescate del pecado	La salvación nacional para Israel
Una reconciliación para los hombres	Las bendiciones de los gentiles en el milenio y por toda la eternidad
Una propiciación hecha a Dios	el despejo de principados y potestades
El juicio de pecado	la base de la paz
La base del perdón y de la purificación del creyente	La purificación de las cosas que están en los cielos

4.5.2.1.1. Sustitución por los pecadores

La Biblia usa dos términos: *anti* y *juper* (Mt 20: 28; Jn 15: 13; Ro 5: 6-8) para señalar la sustitución que Jesús llevó a cabo con su muerte:

Nuevo Testamento griego Stephanus 1550	Reina Valera 1960
Ro 5: 6 ετι γαρ χριστος οντων ημων ασθενων κατα καιρον υπερ ασεβων απεθανεν	Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos
Nuevo Testamento griego Stephanus 1550	Reina Valera 1960
Mt 20: 28 ωσπερ ο υιος του ανθρωπου ουκ ηλθεν διακονηθηναι αλλα διακονησαι και δουναι την ψυχην αυτου λυτρον αντι πολλων	como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos

Veamos los aspectos de la sustitución que Cristo hizo por los pecadores:

1. El sufrimiento vicario de Cristo: Cristo con su muerte afrontó las demandas de la justicia a cuenta del pecador.
2. La mediación: el pecado ha causado una separación entre Dios y los hombres; por cuanto todos pecaron, entonces la necesidad es universal. La mediación de Jesús también está en sus oficios de Profeta (mediador entre Dios y los hombres) y Sacerdote (mediador entre los hombres y Dios).
3. La sustitución con relación al juicio del pecado: Cristo murió por nuestros pecados, Él llevó nuestros pecados, fue hecho pecado por nosotros, fue hecho maldición por nosotros, dio su vida en rescate de muchos.

Según esta sustitución, entonces Cristo hizo lo siguiente:

1. Ha comprado la liberación de los pecadores (Hch 20: 28).
2. Ha pagado el precio requerido (1 Co 7: 23) como rescate (Mt 20: 28), como redención (Ef 1: 7).

Dios exigió que la obligación del pecador fuese afrontada. Esta demanda era ineludible, por tanto, Cristo consintió voluntariamente en pagar la deuda; entonces el Padre acepta el pago del sustituto. Esta sustitución ocurrió en el plano de las perfecciones divinas, de tal manera que el perdón justo del pecador es garantizado por la sustitución de Cristo como portador del pecado de la humanidad. La salvación de un alma comporta, entonces, la vida eterna que es don de Dios y la justicia de Dios que es imputada a los que creen (Ro 5: 17). Tenemos, en consecuencia, el don de la vida eterna y el don de la justicia.

Hemos planteado que la muerte de Cristo es vicaria, pues el Señor tomó nuestro lugar y murió, pero nosotros somos los que merecíamos morir. De esta manera, afrontó las demandas de la justicia a cuenta del pecador; es entonces mediador y sustituto, por cuanto:

1. Murió por los pecadores (Mt 20: 28; Lc 22: 19a; Jn 6: 51; Heb 2: 9).
2. Sufrió por los pecadores (Ro 4: 25, 1 Co 15: 3).
3. Llevó nuestros pecados (Heb 9: 28).
4. Fue hecho pecado y maldición (2 Co 5: 21; Gá 3: 13), de modo que fue santo.

Cristo vino a ser un sustituto legal, cuya tarea le exigía afrontar el juicio que comportaba el fracaso de aquellos a quienes representaba, pues Él se hizo el garante (Heb 7: 22) afrontando las responsabilidades de ellos pagando el rescate requerido.

¿A quién se le hizo el pago y de quién son las exigencias satisfechas por el pago? La respuesta es a Dios con referencia a su santidad. La base de la obligación es el deber de la criatura de cumplir el plan y la voluntad del Creador, y en este caso, la Biblia enseña que todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios; pero un sustituto inocente ha comprado la liberación de los pecadores (Hch 20: 28), ha pagado el precio requerido (1 Co 7: 23), como rescate (Mt 20: 28) y redención (Ef 1: 7).

El camino para la salvación de los pecadores quedó abierto cuando Dios Padre hace la exigencia a los pecadores, estos no pueden cumplir tal demanda y entonces Cristo voluntariamente paga la deuda, con sus sufrimientos y muerte. Cristo hizo un sacrificio legal que está a disposición de todo aquel que cree. La redención es ilimitada porque toda la raza humana podría salvarse por medio de ella; pero la aplicación de la redención es limitada, pues solo son redimidos los que se arrepienten y creen en Jesús como Señor y Salvador de sus vidas.

4.5.2.1.2. Cristo, el fin de la Ley en favor de los salvos

Hay dos tipos de leyes: la ley inherente o natural y la Ley mosaica. La primera se define como el derecho del Creador sobre la criatura y, por ende, la responsabilidad de la criatura para con el Creador. La segunda se refiere al pacto que Dios estableció con Israel (Éx 19: 5; Dt 28). Los

requerimientos legales se parecen en que tienden a establecer el mérito humano como base para las bendiciones divinas.

Ambas obligaciones legales imponen al hombre solo lo que un Dios santo podría aceptar y que el hombre caído nunca ha realizado. Por eso, la Ley que era santa, justa y buena se convirtió en ministerio de condenación y de muerte (Ro 7: 12; 2 Co 3: 7, 9). En la Epístola a los Romanos 10: 4 se afirma que el fin de la Ley es Cristo, lo cual quiere decir que Él con sus sufrimientos y su muerte pagó la pena impuesta por la Ley y así descargó al pecador de la acusación que pesaba contra este. Cristo también cumple la Ley, suministrando las demandas de santidad de Dios. Por tanto, hay una oposición entre la Ley y las obras frente a la gracia y fe (Ro 3: 21-22; Ro 3: 31; Ro 4: 11, 13-16; Gá 3: 8; 4: 19-31; 5: 1).

4.5.2.1.3. El rescate del pecado

En primer lugar, es necesario analizar los términos referidos al rescate, los cuales son:

1. *Agorathos*: comprar en el mercado. Los no salvos son esclavos, vendidos al pecado (Ro 7: 14), dominados por Satanás (Ef 2: 2; 1 Co 12: 2), condenados (Jn 3: 18; Ro 3: 19). El que quiera redimirlos debe ponerse en lugar del esclavo, ser hecho maldición por el pecado y derramar su sangre como rescate de redención (Mt 20: 28).
2. *Eksagoratho*: comprar del mercado: implica "sacar de"; el que ha sido sacado de la esclavitud.
3. *Lutroo*: indica que la persona redimida queda suelta y hecha libre. Un esclavo liberado quedaba completamente libre, pero podía quedarse voluntariamente como esclavo donde el amo a quien amaba (Éx 21: 1-6; Dt 15: 16-17). Esta nueva relación quedaba sellada mediante la perforación de la oreja del esclavo. El esclavo queda libre pero tiene el privilegio de sujetarse a aquel que lo liberó. Así somos nosotros con Cristo.

4.5.2.1.4. Reconciliación para el hombre

El término reconciliación en griego es *katallasso* que significa cambiar completamente (Ro 5: 10; 11: 15; Ef 2: 16; Col 1: 20-21). Veamos algunos pasajes al respecto:

1. Segunda Epístola a los Corintios 5: 19-20: Dios estaba cambiando la posición del mundo hacia él.
2. Segunda Epístola a los Corintios 5: 20: se les ruega a los hombres que se reconcilien con Dios.

Reconciliación no es lo mismo que salvación, sino que implica que, al ya haber un cambio que Dios operó en el mundo hacia Él, está abierta la posibilidad de que los seres humanos por fe se reconcilien con Él. Sin embargo, el valor reconciliatorio de la muerte de Cristo no se aplica al pecador al tiempo de la muerte, sino cuando este cree. Hay, pues, una doble reconciliación, la del mundo y la del individuo cuando cree personalmente (Ro 5: 10-11).

4.5.2.1.5. Propiciación respecto de Dios

El término “propiciación” expresa el valor que para Dios tiene la muerte de Cristo como vindicación de su justicia y de su Ley. La palabra aparece en la Primera Epístola de Juan 2: 2; 4: 10 como *hilasmós* definida como “lo que propicia”; en la Epístola a los Romanos 3: 25 como hilasterión cuyo significado es “el lugar de propiciación”; y en la Epístola a los Hebreos 9: 5 como hilasterión que alude al propiciatorio del Antiguo Testamento. Veamos estos términos en el Nuevo Testamento en griego.

Nuevo Testamento Griego de Stephanus 1550	Reina Valera 1960
<p>Primera Epístola de Juan 2: 2 κα καιτος ιλασμος εστιν περι των αμαρτιων ημων ου περι των ημετερων δε μονον αλλα και περι ολου του κοσμου</p>	<p>Primera Epístola de Juan 2: 2 Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nues- tros, sino también por los de todo el mundo.</p>
<p>Primera Epístola de Juan 4: 10 εν τουτω εστιν η αγαπη ουχ οτι ημεις ηγαπησαμεν τον θεον αλλ οτι αυτος ηγαπησεν ημας και απεστειλεν τον υιον αυτου ιλασμον περι των αμαρτιων ημων</p>	<p>Primera Epístola de Juan 4: 10 En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados</p>
<p>Epístola a los Romanos 3: 25 ον προεθετο ο θεος ιλαστηριον δια της πιστεως εν τω αυτου αιματι εις ενδειξιν της δικαιοσυνης αυτου δια την παρεσιν των προγεγονοτων αμαρτηματων</p>	<p>Epístola a los Romanos 3: 25 A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados</p>

El propiciatorio es, pues, un tipo de Cristo y lo que aquel era en el Tabernáculo para el Antiguo Testamento lo es el Señor en el Nuevo Testamento. Veamos estas relaciones simbólicas.

El propiciatorio era la tapa o cobertura del Arca de la Alianza,¹ la cual era un cofre de madera de acacia, estampado en oro que contenía el maná del desierto, la vara de Aaron y las dos tablas del testimonio (Éx

1 Era una caja adornada que custodiaba las tablas de piedra con los diez mandamientos. También se la llamaba “arca del pacto [testimonio]” (en hebreo *‘arôn he-berít*; Nm 14: 33; Éx 40: 21; etc.). Estaba ubicada en el lugar santísimo del Tabernáculo (Éx 26: 34; 30: 6), y más tarde en el templo (Ro 8: 6). Las dimensiones son las siguientes: 2,5 codos de largo, 1,5 codo de ancho y 1,5 codo de alto (Éx 25: 10), que corresponden aproximadamente a 1,30 m de largo por 76 cm de ancho y de alto. Había sido elaborada con madera de acacia que estaba cubierta por dentro y por fuera con oro puro (Éx 25: 10-22). El arca se podía trasladar de un lugar a otro gracias a los dos anillos ubicados a cada lado de la parte inferior, en los que se ponían dos palos que los levitas situaban sobre sus hombros cuando el Pueblo de Israel se desplazaba de un lugar a otro (Nm 3: 29-31; 4: 5-15; Jos 3: 3). La tapa que cubría el arca se llamaba propiciatorio y también era de oro puro. Sobre esta cubierta a cada lado había dos querubines de oro mirando hacia abajo (Nm 7: 89; Éx 25: 22).

31: 18). El oro del que estaba cubierta esta tapa simboliza la justicia divina.

El término en hebreo es *kappôreth* que, al igual que el verbo *kâfar*, no solo apuntaba al significado de “cubrir”, sino también a “hacer expiación” o “hacer reconciliación”.

Jesús y su obra de expiación están representados en el arca y el propiciatorio. La sangre de animales era derramada sobre dicha cubierta para justamente “cubrir” durante un año los pecados del pueblo; este hecho pretendía cumplir las demandas de justicia y santidad de Dios, a las cuales se refiere la Ley o los mandamientos grabados en las tablas de piedra que se encontraban dentro del arca. Al haber provisión de perdón por parte de Dios, se manifestaba su misericordia. Las tablas de la Ley dentro del arca testificaban que el Reino de Dios está fundado sobre las normas inmutables de la justicia (Sal 97: 2), la cual debe ser respetada aun por la gracia divina. La gracia no puede concederse de manera que invalide la Ley (Ro 3: 31), sino que esta debe ser satisfecha y esta satisfacción la logró Jesús con su sangre. Por tanto, a través del Evangelio el pecador conoce que puede obtener perdón de sus pecados por la fe a través de un medio y un mediador que no invalida la Ley, sino que la cumple; por ello Jesús dijo: “No penséis que he venido a abrogar la ley o los profetas; no he venido a abrogar, sino para cumplir” (Mt 5: 17).

En síntesis, las tablas dentro del arca testificaban en contra del pueblo, pero el propiciatorio mostraba un camino por el cual podían satisfacerse las exigencias de la Ley y el pecador podría ser salvo de la muerte, el castigo decretado por la Ley. Este propiciatorio es Cristo, pues solo con la Ley Dios y el hombre no pueden estar reconciliados, ya que el pecado hizo división entre los dos (Is 59: 1, 2). Cristo es el perfecto mediador que satisfizo las demandas de la Ley, y cumplió las demandas de justicia y santidad de Dios (Heb 7: 25).

Cristo es entonces el hilasmós, el que propicia (Jn 2: 2; 4: 10); el hilasterión, el lugar de la propiciación (Ro 3: 25); y el hilasterio, el propiciatorio, porque Él es el hilasós, el propiciador, que se presentó una vez y para siempre (Heb 9: 5, 11, 12).

Lo que antes hubiera sido un tribunal de justicia, se convierte para el que cree en Cristo en un propiciatorio, en un trono de gracia; entonces, la propiciación se refiere a la Ley y a los derechos de la santidad de Dios.

En la propiciación hay dos aspectos: propiciación con respecto a Dios en su relación con el cosmos, y otra con respecto a Dios en su relación con el que cree (1 Jn 2: 2). El primer caso se refiere a cómo ya está abierta la posibilidad de salvación para todos los seres humanos a través de Cristo; ya está disponible la propiciación por los pecados, hecho que en el Antiguo Pacto no había ocurrido. Al estar esta posibilidad abierta, los no salvos pueden acercarse por fe a Dios, recibiendo a Cristo y creyendo en Él, con lo cual obtendrán perdón de pecados y salvación; y los salvos que han pecado pueden acercarse a Dios arrepentidos para ser perdonados.

4.5.2.1.6. El juicio del pecado

En la Biblia claramente se establecen dos tipos de pecado: el pecado original y los pecados personales. El primero es por naturaleza y el segundo se refiere a los pecados como fallos personales o transgresiones. En la Primera Epístola de Juan 1: 8 vemos esta diferencia:

1. Primera Epístola de Juan 1: 8: el pecado como naturaleza.
2. Primera Epístola de Juan 1: 10: pecado como transgresión.

El método divino de tratar el pecado natural es primero traerlo a juicio, como ocurrió con Cristo: “al pecado murió una vez por todas” (Ro 6: 10). Pero la naturaleza del pecado no queda destruida o su poder esencial disminuido.

Así como Satanás fue juzgado en la cruz, pero sigue activo, el pecado natural está juzgado, pero su poder no se ha eliminado totalmente.

El segundo tratamiento de Dios hacia el pecado natural es que está bajo el control y poder del Espíritu Santo que mora en el creyente (cf. Ro 8).

Una vez que el pecado natural ha sido perfectamente juzgado por Cristo, el poder del Espíritu Santo se desata para llevar a cabo una continua victoria, día a día, instante tras instante. Por ello podemos vivir una vida de santidad como lo demanda Dios.

Veamos el pasaje de la Epístola a los Romanos 6: 1-8, 13 donde se trata el juicio del pecado natural u hombre viejo, por medio de la muerte de Cristo, y se explica la nueva base sobre la que debe vivir el creyente.

Del capítulo 1 al 5 de la Epístola a los Romanos se revelan el camino de salvación para vida eterna y una posición de perfecta y eterna justicia para el que cree, gracias a la obra de Cristo: redención (Ro 3: 24), reconciliación (Ro 5: 10) y propiciación (Ro 3: 25).

La Epístola a los Romanos 6: 1-8, 13 revela el camino hacia una forma de vida que glorifique a Dios en el nacido de nuevo, a base de la obra consumada de Cristo para el cristiano pues, mediante un juicio perfecto y completo del pecado natural, el caminar bajo la influencia de un nuevo principio de vida es ya posible, gracias al poder eficaz del Espíritu Santo (Ro 8: 4), para el creyente que por fe se considera muerto al pecado y vivo para Dios.

Es importante notar que el viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo (Ro 6: 6); entonces el cuerpo de pecado, esto es, el poder del pecado para manifestarse, puede ser invalidado, no destruido. En la Epístola a los Romanos 6: 1-10 se detallan cuatro pasos en los que participa el creyente: crucifixión, muerte, sepultura y resurrección.

En el versículo “los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en Él?”, vemos la sustitución que Cristo hace, por cuanto Él murió al pecado. Este es el juicio hecho por Dios del viejo hombre (Ro 6: 6). Veamos un resumen de los argumentos:

1. Cristo murió al pecado, a fin de que el creyente no continúe en el pecado, como está escrito (Ro 6: 12). La Palabra de Dios enseña que el hijo de Dios no practica el pecado.
2. Las obras humanas, base de la Ley, ya no operan en el creyente; el que decide volver a la Ley cae nuevamente en la esclavitud, se desliga de Cristo y cae de la gracia (Gá 5: 4). Los que deciden usar la Ley han confiado en sus propias fuerzas y son derrotados a causa de su incapacidad para controlar el poder del pecado (Ro 7: 1-25).

4.5.2.1.7. La base del perdón y de la purificación del creyente

El perdón y la purificación del creyente solo son posibles en justicia mediante la sangre de Cristo que Él derramó por el pecado. En la Primera Epístola de Juan 2: 2 se habla del perdón del pecado como un paso vital del inconverso para su salvación. Aquí se especifica que debe haber confesión, arrepentimiento genuino que dé fruto. En cuanto al pecado del creyente, se especifica la intercesión de Cristo como abogado.

4.5.2.1.8. La base de la dilación de los juicios divinos

La base de este argumento es el período de la gracia de Dios a partir del sacrificio de Cristo. La dispensación de la gracia, la era de la Iglesia lleva más de dos mil años y terminará con el arrebatamiento de la Iglesia y se inicien los siete años de Tribulación que vendrá sobre los moradores de la Tierra. Este período de juicio está ahora detenido hasta que se cumplan los tiempos que Dios puso en su sola potestad.

4.5.2.1.9. La desaparición de los pecados cometidos antes del calvario

En la antigua dispensación, se cubría el pecado (*kaphar*), pero en la nueva dispensación, la de la gracia, dichos pecados son quitados por Cristo (Ro 3: 25). En la Epístola a los Hebreos 10: 2, 4, 9, 26 se nos explica que la muerte de Cristo fue una justa consumación del orden antiguo y la inauguración del nuevo. Los pecados cometidos entre el período entre Adán y la muerte de Cristo, que eran cubiertos por el ofrecimiento de sacrificios, fueron quitados y fueron juzgados en perfecta justicia como un objetivo importante de la muerte de Cristo (Ro 3: 25; Hch 17: 30).

4.5.2.1.10. Provisión para los pecados antes y después de la conversión

La muerte de Cristo también tiene consecuencias sobre los pecados del creyente. La Palabra de Dios dice que si confesamos nuestros pecados Él es fiel y justo para perdonarnos y limpiarnos de toda maldad (1 Jn 1: 9); también dice que en Jesús tenemos un abogado para con el Padre (1 Jn 2: 1).

4.5.2.1.11. La salvación nacional para Israel

Hay salvación individual para el judío y el gentil actualmente; pero cuando Cristo venga por segunda vez se habla de la salvación de Israel. Esta promesa la encontramos en varios pasajes de la Biblia (Dt 30: 3-6; Jer 28: 5-6; 33: 15-17; Ro 11: 25-29); y se refiere a la salvación de Israel que ocurrirá cuando se cumplan los pactos de Dios mediante los cuales el Señor les dará: su tierra (Gn 13: 15), su entidad nacional (Is 66: 22), su trono terrenal (2 S 7: 16), su rey (Jer 15: 17, 21) y su reino (Dn 7: 14). La nación, descontando los rebeldes (Ez 20: 37-38), se salvará, por medio de su Mesías, cuando este venga de Sión (Is 59: 20-21). El "todo Israel" de la Epístola a los Romanos 11: 26 es evidentemente el Israel separado y aceptado que habrá sido confrontado con los juicios divinos que están todavía por cumplirse contra tal nación (Mt 24: 37; 25: 13). Se distingue entre Israel como nación e Israel espiritual (Ro 9: 6; 11: 1-36).

La aplicación final de la muerte de Cristo llega hasta lo más importante del pacto con Israel y es su salvación provista por el Nuevo Pacto; por tanto, no se trata solo del retorno y la propiedad de su tierra, sino de la redención del pueblo.

4.5.2.1.12. Las bendiciones sobre los gentiles creyentes durante el Milenio y por toda la eternidad

En el Evangelio según Mateo 25: 31-46 se habla de que serán reunidas todas las naciones en la segunda venida de Jesús y apartará las ovejas de los cabritos. En Apocalipsis 21: 24 se dice: “las naciones que hubieren sido salvas” haciendo alusión a las que salieron de la Tribulación, las cuales disfrutarán de las bendiciones del Reino Eterno. La ubicación de estas naciones en el Reino, la imposición del nombre de Jehová sobre ellas, y su salvación, solo pueden llevarse a cabo según la libertad que Dios tiene, mediante la sangre redentora de Cristo, para bendecir a los pecadores que se arrepienten genuinamente y creen en Jesús como Señor y Salvador.

4.5.2.1.13. El despojo de los principados y de las potestades

Cristo con su muerte despojó a los principados y a las potestades triunfando sobre ellos en la cruz (Col 2: 15). Los términos potestad y principado se usan en varios lugares de la Escritura:

1. Cristo tiene poder y autoridad sobre todos los seres espirituales (Ef 1: 21; Heb 10: 12; Col 2: 10).
2. Las potestades a las que se refiere Colosenses 2: 15 están en conflicto con los santos de este mundo (Ef 6: 12).
3. Satanás es el príncipe de la potestad del aire (Ef 2: 2), dirige todos los ángeles caídos (Ap 12: 7-9; Mt 25: 41). Pero Jesús tiene autoridad sobre todos los seres, humanos y espirituales, incluyendo a Satanás y los demonios.

El hecho de que Cristo exhibiera públicamente las potestades y triunfara sobre ellas en la cruz se relaciona con lo establecido en otros pasajes del Antiguo Testamento (Gn 3: 15; Is 14: 12; Ez 28: 16-19). Se establece que en la consumación de las enemistades entre la simiente de la mujer-Cristo-Satanás, Cristo heriría en la cabeza a Satanás y este heriría en el calcañar a Cristo. La batalla fue entablada en la cruz donde el calcañar de Cristo fue herido, cuando murió; pero fue obtenida la sentencia legal contra Satanás quien está vencido y condenado; esta sentencia se ejecutará en el futuro cuando sea enviado al lago de fuego.

La herida en el talón fue obra de Satanás, junto a otros cuatro grupos o individuos implicados (Hch 4: 27), que pudieron ser instrumentos del poder de Satanás (Ef 2: 2; Col 1: 13). Sin embargo, Dios en su soberanía tenía el control de todo, pues fue la ejecución de su “determinado consejo” (Hch 4: 28; 3: 25; 8: 32). Del lado divino, la muerte de Cristo fue a manos del Padre (Jn 3: 16), aceptada por Cristo mismo (Jn 10: 18; Gá 2: 20), mediante el Espíritu Eterno (Heb 9: 14). Cuando Cristo se acercaba a su muerte dijo: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Jn 12: 31; 16: 11; Col 2: 14-15).

Con la muerte de Cristo hubo dos victorias:

1. En su relación a la autoridad de Dios, Satanás pronunció 5 frases en futuro contra la voluntad de Dios (Is 14: 13-14); Cristo cuando vino al mundo dijo: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Heb 10: 5-7), en relación con su muerte sacrificial.
2. De Cristo se había profetizado que abriría la puerta a los presos, tendría lugar la apertura de la cárcel (Is 61: 1). De Satanás se dice que nunca abrió la cárcel (Is 14: 17). Mientras Satanás hace prisioneros, Cristo hace liberación por su muerte.

4.5.2.1.14. *La base de la paz*

Mediante la muerte de Cristo tenemos paz para con Dios; esta paz tiene varias connotaciones. Veamos:

1. La paz que obtienen los que creen se relaciona con la reconciliación divina y con la propiciación; cuando el creyente ya ha sido absuelto de toda denuncia y es justificado en virtud de la muerte de Cristo, entonces se garantiza la paz duradera entre Dios y el hombre de fe (Ro 5: 1; Ef 2: 13-14).
2. La paz entre gentiles y judíos (Ro 9: 4-5; Ef 2: 14-18).
3. La paz que está por realizarse en el Universo prefigurada en los mil años bajo el príncipe de paz (Col 1: 20).

El orden será: Cristo juzgará a las naciones (Mt 25: 31-46); someterá todo gobierno y autoridad, lo cual implicará un Milenio y la sumisión de las esferas angelicales y humanas (1 Co 15: 25-26); restaurará para Dios un Universo de paz en el que el Hijo reinará eternamente con la autoridad del Padre, y Dios será todo en todos (1 Co 15: 27-28).

4.5.2.1.15. *La purificación de las cosas en los Cielos (Heb 9: 23; Ro 8: 21-23; Col 1: 20)*

En la Epístola a los Hebreos 9: 23 leemos: “Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos”. El autor habla aquí en la primera parte de la purificación del Tabernáculo con la sangre de los becerros y machos cabríos que se efectuaba según la Ley (Heb 9: 19-22); pero en la segunda parte se establece que las cosas celestiales mismas también son purificadas con mejores sacrificios, lo cual se refiere a la muerte de Cristo, la ofrenda y el sacrificio perfectos, por cuanto más adelante dice: “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Heb 9: 24).

¿En qué consiste esta purificación de las cosas celestiales? Fructenbaum (2005, p. 7) plantea que la explicación se encuentra en el siguiente hecho: Satanás con su rebelión hizo que entrara el pecado en el cielo, el cual contaminó el primer y segundo cielo; por ello se necesitaba la sangre de Cristo, su sacrificio perfecto para que ocurriera la purificación. El pecado ha producido trágicos efectos entre las huestes angelicales y en la raza humana. La contaminación ha alcanzado las cosas que hay en la tierra y en el cielo (Heb 9: 23; 9: 11-12).

La purificación se refiere, entonces, a que Cristo entró al lugar santísimo en el cielo mismo a presentar su sangre en propiciación por nuestros pecados; de esta manera, la puerta que estaba cerrada para el ser humano fue abierta para que pudiera entrar confiadamente al trono de la gracia.

4.6. La Resurrección de Cristo

Analizada la muerte de Cristo con sus implicaciones, veamos ahora la Resurrección, uno de los estadios de su exaltación, los cuales son (“The Person and Work of Christ—Part XIV:Christ in His Resurrection”, s. f.):

1. Su Resurrección.
2. Su Ascensión al cielo y su retorno a la gloria.
3. Su exaltación al estar sentado a la diestra de Dios Padre.
4. Su segunda venida a la Tierra con gran poder y gloria.
5. Su ocupación del trono de David como juez en el Reino Milenial.
6. Su exaltación como juez de todos los hombres en el gran trono blanco.
7. Su exaltación en los Cielos Nuevos y la Tierra Nueva.

En primer lugar, es importante considerar que la Resurrección es diferente de la resucitación; no consiste simplemente en que el cuerpo de Cristo revivió y se unió nuevamente con el alma y el espíritu, pues en la Biblia aparecen varios personajes que revivieron; pero Cristo es designado como “primicias de los que durmieron” (1 Co 15: 20), “primogénito de entre los muertos” (Col 1: 18). Cristo no experimentó entonces una resucitación, sino una Resurrección, pues los dolores de la muerte no podían retenerlo (Hch 2: 24).

Podemos decir, con McDowell (2004, p. 240), que la verdad del cristianismo se basa en la resurrección corporal de Cristo; es una verdad fundamental para la fe del creyente; por ello Pablo estableció las implicaciones y la importancia de la resurrección de Cristo. Veamos las implicaciones:

1. La resurrección de Cristo garantiza la resurrección de los muertos en Él: “Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos?” (1 Co 15: 12). Por ello Pablo agrega: “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos, primicias de los que durmieron es hecho” (1 Co 15: 20).
2. La Resurrección de Cristo garantiza la glorificación del cuerpo resucitado del creyente: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta, porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Co 15: 51-52).

La importancia de la resurrección se observa en lo siguiente: si Cristo no hubiera resucitado, entonces:

1. La predicación sería inútil: “Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación” (1 Co 15: 14).

2. La fe sería vana: “Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también nuestra fe” (1 Co 15: 14-17).
3. Estaríamos en nuestros pecados (1 Co 15: 17).
4. Somos hallados como falsos testigos (1 Co 15: 15).
5. Los que durmieron en Cristo perecieron (1 Co 15: 18).
6. Seríamos los más dignos de conmiseración de todos los hombres (1 Co 15: 19).

Pero Cristo ha resucitado y esta es la fe y la esperanza de la Iglesia. La Resurrección tuvo tres significados (Berkhof, 1999, p. 412):

1. Con ella el Padre declaró que el último enemigo había sido destruido, se había cumplido el pago del pecado, el cual era la muerte; en la Primera Epístola a los Corintios 15: 55-57 dice: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”.
2. Simbolizó lo que estaba destinado que aconteciera a los miembros del cuerpo místico de Cristo (Ro 6: 4, 5, 9; 8: 11; 1 Co 6: 14; 15: 20-22; 1 Ts 4: 14).
3. Está relacionada con la justificación, la regeneración y la resurrección final de los creyentes en Cristo (Ro 4: 25; 5: 10; Ef 1: 20; Fil 3: 10; 1 P 1: 3).

Hay algunos que niegan la Resurrección de Cristo o le restan importancia doctrinal. El creyente debe saber que este hecho es real y de gran importancia doctrinal, pues si se negara sería una forma de anular la verdad bíblica, de negar su confiabilidad, inspiración y autoridad, pues la Escritura reconoce la Resurrección como un hecho real, ya que es la prueba de que Cristo es enviado de Dios, de que era y es

el verdadero Hijo de Dios (Ro 1: 4), fue su entrada a una vida nueva, resucitada y exaltada como cabeza de la Iglesia y Señor universal (Berkhof, 1999, p. 416). También la Resurrección es una pieza clave en la redención y, por ende, del Evangelio, pues la obra expiatoria de Cristo debía terminar en vida.

4.6.1. La doctrina de la resurrección de Cristo en el Antiguo Testamento

Podemos analizar cómo aparece la resurrección de Cristo en el Antiguo Testamento mediante los tipos y las profecías. Veamos:

4.6.1.1. La Resurrección de Cristo en los tipos del Antiguo Testamento

Por lo menos hay cuatro tipos de la resurrección de Cristo en el Antiguo Testamento que aparecen en el Pentateuco. Cristo parece haberse referido a ellos cuando después de resucitar dijo: “Estas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lc 24: 44). Veamos (Chafer, 1986, pp. 691-692; Biblia Siglo XXI, p. 129):

1. El sacerdocio de Melquisedec (Gn 14: 18): Cristo no está en la línea del sacerdocio de Aarón el cual era interrumpido constantemente por la muerte (Heb 7: 23-24), sino que pertenece al sacerdocio de Melquisedec, el cual se basa en la Resurrección, pues Él obró la redención a través de su muerte y dicha redención es perfecta a causa de la Resurrección. Esto se simboliza en el pan y en el vino que Melquisedec presentó a Abraham.
2. Las dos avencillas (Lv 14: 4-7): las dos avencillas simbolizan toda la obra divina de Cristo mediante su Muerte y su Resurrección (cf. Ro 4: 25). La segunda avencilla que era mojada en sangre y luego era soltada simboliza a Cristo en su Resurrección y Ascensión, quien llevó su sangre al cielo (Heb 9: 11-28).

3. Las primicias (Lv 23: 10-11): así como la gavilla que se mecía delante de Jehová representaba todo el grano de la cosecha, Cristo como primicia en la Resurrección (1 Co 15: 23) representa a todos los que son salvos por Él, por medio de su cuerpo resucitado y glorificado.
4. La vara de Aarón que reverdeció (Nm 17: 8): Scofield (1996) señala que la vara de Aarón es un tipo de Cristo en su Resurrección como sumo sacerdote, pues la autoridad del sacerdocio de Aarón había sido negada en la rebelión de Coré y Dios mismo la confirma. Todas las varas que llevaron estaban secas y solo la de Aarón reverdeció, tuvo vida, de la misma manera que solo en Jesús tenemos vida, no hay otro en toda la historia de la humanidad ni lo habrá que pueda dar salvación y vida eterna.
5. La fiesta de los primeros frutos (Lv 23: 9-14): la fiesta de los primeros frutos o Bikkurim (Heb) acontecía un día después de la Pascua y tenía como objetivo dedicar y consagrar los primeros frutos de la cosecha de la cebada. Los primeros frutos representan la resurrección corporal de Cristo.
6. La resurrección de Cristo en las profecías: se pueden establecer dos predicciones directas en el Antiguo Testamento sobre la resurrección de Cristo:
 - a. Salmo 16: 9-10: Pedro y Pablo citan este Salmo refiriéndose a la resurrección de Cristo (Hch 2: 24-31; 13: 34-37).
 - b. Salmo 118: 22-24 (cf. Hch 4: 10-11): aquí se ilustra la verdad de que Dios levantó a Cristo de entre los muertos. Los edificadores, los israelitas rechazaron a Jesús, quien llegó a ser la cabeza del ángulo, de quien depende y por quien existe todo.

La primera palabra que Jesús dijo después de su resurrección fue “¡salve!” (Mt 28: 9) que en griego es jairete (χαίρετε) que se traduce exactamente “¡Regocijaos!”. Al ser Jesús el cumplimiento de la profecía del

Salmo 118: 22-24, se comenzó la primera celebración de su resurrección con regocijo.

4.6.2. La doctrina de la Resurrección en el Nuevo Testamento

La doctrina de la Resurrección en el Nuevo Testamento se ha analizado desde diferentes perspectivas que se pueden resumir como sigue (Chafer, 1986, pp. 695-718; Grudem, 2009, pp. 639-648; Duffield y Van Cleave, 2006, pp. 212-220):

1. Las predicciones del mismo Cristo acerca de su resurrección.
2. Su resurrección como tema de pruebas válidas.
3. El hecho real de su resurrección
4. Su resurrección como causa de un nuevo orden de seres.
5. Siete razones que explican su resurrección.
6. Su resurrección como manifestación modelo del poder divino.
7. El día del Señor como conmemoración de su resurrección.

4.6.2.1. Predicciones del mismo Cristo

Los discípulos no entendieron las predicciones de Cristo porque (Chafer, 1986, p. 695):

1. La muerte y resurrección de Cristo no tenían significado inmediato en el programa del Reino, para los discípulos. Ellos pudieron tener la comprensión de la muerte y resurrección relacionadas con el regreso del Mesías con poder y gran gloria para instaurar su reino, profetizado en el Antiguo Testamento, en una visión retrospectiva (Jn 2: 22).

2. Chafer (1986) dice que Dios mismo veló la comprensión de la resurrección de Cristo, pero en realidad ellos eran tardos de corazón para creer lo que los profetas habían dicho (cf. Lc 24: 25-26); se trataba de un problema de falta de fe, de incredulidad. En el Evangelio según Lucas 18: 34, después que Jesús habla de su muerte y resurrección al tercer día, dice: “Pero ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía”. Y justamente en el Evangelio según Lucas 24: 45-46, después de acontecida la resurrección, Jesús mismo tuvo que abrirles el entendimiento: “Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día”.

Era necesario que Jesús predijese su muerte y su resurrección para que cuando estos eventos ocurriesen creyeran y obtuvieran los nuevos valores que dichos eventos lograrían en los discípulos, aunque Jesús les demandaba fe sin ver (pasajes sobre las predicciones: Mt 16: 21; 17: 23; 20: 17-19, 26: 28; Mr 9: 30-32; 14: 8; 24: 27; Lc 9: 22, 44-45; 18: 21-34; 22: 20; Jn 2: 19-21; 10: 17-18; 12: 7).

4.6.2.2. La resurrección de Cristo como tema de pruebas

Se pueden plantear seis líneas de evidencia que prueban la resurrección de Cristo (Duffield y Van Cleave, 2006, pp. 216-218); las primeras son:

1. La tumba vacía y los lienzos del sepulcro (Lc 24: 3; Jn 20: 2).
2. Las apariciones del Cristo resucitado a sus discípulos (1 Co 15 5-8).
3. La transformación que dichas apariciones causaron en ellos (Jn 20: 28). Tomás, el apóstol Pablo, fue transformado de hombre incrédulo a creyente esforzado.

4. El día del Señor: los primeros discípulos siendo judíos cambiaron el día de reunión, del sábado, por el domingo, para conmemorar el día de la Resurrección.
5. La existencia de la Iglesia cristiana: una de las más grandes evidencias de la Resurrección es que es un hecho que ha sido predicado, creído y ha dado fruto en la Iglesia.
6. El Nuevo Testamento: si no hubiera sido por la Resurrección, el Nuevo Testamento no se hubiera escrito.
7. La necesidad de la Resurrección.

Denney (1909, p. 111) dice: “The real historical evidence for the resurrection is the fact that it was believed, preached, propagated, and produced its fruit and effect in the new phenomenon of the Christian Church, long before any of our gospels was written”.

4.6.2.3. El hecho real de la Resurrección

Cristo entró completamente en el estado de muerte física y de allí regresó mediante una resurrección real (Heb 7: 16). Esta verdad sustenta la fe del cristianismo y es la base de todas las promesas que el hijo de Dios recibe; Pablo dice que si Cristo no ha resucitado entonces somos los más dignos de conmiseración y nuestra fe es vana (1 Co 15: 17, 19).

Pablo da evidencias de la realidad de la resurrección de Cristo según las Escrituras y sus apariciones a testigos específicos y confiables; en la Primera Epístola a los Corintios 15: 3-8, dice: “Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después

apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí”.

Además de las evidencias de las Escrituras y los testigos, Pablo da otro argumento poderoso referido a la existencia y futuro de la humanidad el cual es el siguiente: siendo el pecado una realidad sustentada por la historia humana debido a sus consecuencias visibles, si Cristo no resucitó entonces no hay manera de que el pecado fuera eliminado de la especie humana, por tanto, no hay futuro para esta, el destino es la muerte física, espiritual y eterna, no habría esperanza: “Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron” (1 Co 15: 16-18). Pero ciertamente Cristo resucitó, es un hecho real, el más poderoso milagro que garantiza la vida eterna, la esperanza y la gloria: “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Co 15: 21-22). Esta esperanza no la dan los personajes de las religiones, como Mahoma, Buda, María, entre otras, cuyas tumbas contienen sus huesos, pero la tumba de Jesús está vacía.

McDowell (2004, pp. 248-259) plantea un análisis histórico de la Resurrección de Cristo en el cual lo establece como un evento en el tiempo y el espacio, pues Jesús encarnado fue un hombre real que fue sepultado en la tumba ubicada en una colina real, la cual era de un hombre que vivió en la primera mitad del siglo primero; los guardias que custodiaban el lugar eran reales y fueron puestos ahí por los enemigos del Señor. Todo este relato de los Evangelios no son fábulas o mitología de lugares inexistentes. Además de esto, hay testimonios de personas específicas como Ignacio obispo de Antioquía (50-115), discípulo del apóstol Juan y Josefo, historiador judío del siglo I quien en su libro *Antigüedades de los Judíos* (XVIII, III, 3) afirma:

Por este tiempo vivió un hombre sabio llamado Jesús, y su conducta era buena, y era sabido que era virtuoso. Muchos de entre los judíos y de las otras naciones se hicieron discípulos suyos. Pilato lo condenó a ser crucificado y a morir. Pero los que habían venido a ser sus discípulos no abandonaron el discipulado. Informaron que se les había aparecido tres días después de su crucifixión, y que estaba vivo. Por ello, quizá fue el Mesías, acerca de quien los profetas han dicho maravillas.²

Denney (1909, pp. 110-111) plantea que una evidencia poderosa de la Resurrección de Cristo es la existencia de la Iglesia con su extraordinaria vitalidad, tal como aparece en el Nuevo Testamento y como pervive hoy. ¿Cómo explicar el gozo en medio del padecimiento de los miembros de la Iglesia en los siglos I, II y III si no es porque estaban convencidos de que Cristo había resucitado y que en este poderoso evento se garantizaba la resurrección de los creyentes en el Salvador, la glorificación del cuerpo para nunca más morir y la entrada a la Nueva Jerusalén, la ciudad celestial, la morada del Dios vivo? Por ello Pablo afirma: “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho” (1 Co 15: 20), y agrega: “y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la Ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos” (Fil 3: 9-11). La Resurrección de Cristo sacó a la luz la vida y la inmortalidad para llenar la Tierra y todo el Universo de vida, inmortalidad y eternidad, pues el Señor al levantarse de entre los muertos destruyó el imperio de la muerte y a su príncipe, el diablo (cf. Heb 2: 14).

2 Esta es la adaptación de Maier (1992, p. 252); pero en una nota al pie el autor cita el texto estándar de Antigüedades XVIII, 63 que dice lo siguiente: “Para este tiempo vivió Jesús, un hombre sabio, si es que se le puede llamar hombre. Porque llevó a cabo obras extraordinarias y fue maestro de los que aceptan bien dispuestos la verdad. Se ganó a muchos judíos y a muchos de los griegos. Fue el Mesías. Cuando fue acusado por los principales de entre nosotros y Pilato lo condenó a ser crucificado, los que habían venido originalmente no dejaron de hacerlo porque se les apareció al tercer día, vuelto a la vida, como los profetas de la Deidad habían profetizado, además de otras maravillas acerca de él”.

4.6.2.4. La resurrección de Cristo como causa de un orden de seres

Hay una diferencia entre resucitación y resurrección. Los que resucitaron volvieron a la vida anterior y se sometieron después a la muerte física; no así con el Señor. La humanidad de Cristo —su cuerpo, su alma, su espíritu— se convirtió instantáneamente en aquello que había sido previsto desde la eternidad, es decir, en perfecta humanidad glorificada y exaltada. Cristo es el único que hasta el momento ha recibido un cuerpo glorificado mediante la resurrección.

4.6.2.5. Razones que explican la resurrección de Cristo

La resurrección de Cristo se puede explicar a través de las siguientes razones. (Chafer, 1986, pp. 702-710):

1. Cristo resucitó por ser Él quien es.
2. Cristo resucitó para cumplir el Pacto Davídico.
3. Cristo resucitó para convertirse en la fuente de la vida resucitada.
4. Cristo resucitó para convertirse en la fuente del poder de la resurrección.
5. Cristo resucitó para ser la Cabeza, sobre todas las cosas, de la Iglesia.
6. Cristo resucitó para garantizar la justificación.
7. Cristo resucitó para convertirse en primicias de los que durmieron.

Hay otra razón que no agrega Chafer: Cristo resucitó para que los hijos de Dios recibamos todas las promesas de los ocho pactos: Edénico, Adámico, Noémico, Abrahámico, Mosáico, de la Tierra, Davídico y del Nuevo Pacto (Ro 15: 8).

4.6.2.5.1. Cristo resucitó por ser Él quien es

Cristo murió por amor; cuando satisfizo la demanda por los pecadores con su muerte, ya no había motivo para que continuara en los lazos de la muerte (Hch 2: 24; Jn 5: 26).

4.6.2.5.2. Cristo resucitó para cumplir el Pacto Davídico

A David Dios le prometió un trono eterno, un Rey eterno y un Reino Eterno (2 S 7). El Cristo resucitado ocupará dicho trono durante el Milenio, y este es el cumplimiento del Pacto Davídico. Chafer (1986) solo plantea este cumplimiento, pero la Resurrección de Cristo también garantiza el cumplimiento de todos los otros pactos: el Pacto Abrahámico en el que se le promete a Abraham descendencia, no solo natural que corresponde al Pueblo de Israel en Jacob el hijo de Isaac, sino también la descendencia espiritual, porque la promesa incluye que en su Simiente, que es Cristo, serían benditas todas las naciones. En este punto es necesario aclarar que en lo que respecta a la descendencia natural, los judíos, el Señor le hablaba a Abraham especialmente de los judíos salvos, quienes son realmente la descendencia, pues permanecerá por la eternidad (Is 65, 9), ya que los perdidos irán al Infierno y la Biblia establece que a los que vayan a este lugar les sería cortada la descendencia (Sal 21: 10; 37: 28; Is 65: 16; 49: 18-19)

Además de los Pactos Davídico y Abrahámico, la Resurrección de Cristo también garantiza el Pacto de la Tierra, pues Israel recibirá la tierra de Canaán en el Milenio; y el Nuevo Pacto, que fue prometido a este pueblo en Jeremías 31, pero tuvo su primer cumplimiento en la Iglesia, mediante la muerte y Resurrección de Cristo.

4.6.2.5.3. Cristo resucitó para convertirse en la fuente de la vida resucitada

El creyente recibe todos los valores de la crucifixión: es crucificado con Cristo, muere con Cristo, es sepultado con Él y resucita con Él (Col 1: 27; 1 Jn 5: 11-12; Col 3: 1-4; Ef 2: 6).

4.6.2.5.4. Cristo resucitó para ser la fuente del poder de la resurrección

La Palabra de Dios dice que la supereminente grandeza del poder de Dios resucitó a Cristo y que este poder debemos conocerlo, por lo cual el apóstol Pablo le decía a la Iglesia de Éfeso que él oraba para que sus

miembros fueran iluminados para entender dicho poder: “para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales” (Ef 1: 19-21; cf. Mt 28: 18).

La resurrección de Cristo le provee al creyente fortaleza en la fe a fin de que pueda vivir en vida nueva, andando bajo la guía permanente del Espíritu Santo: “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Ro 6: 4).

4.6.2.5.5. Cristo resucitó para ser la Cabeza, sobre todas las cosas, de la Iglesia

Cristo es la cabeza de la Iglesia. El pasaje que citamos en el ítem anterior, sobre el poder que resucitó a Jesús entre los muertos, termina con lo siguiente: “sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Ef 1: 21-23).

4.6.2.5.6. Cristo resucitó para garantizar la justificación

En la Epístola a los Romanos 4: 25 se dice: “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”; claramente se afirma que uno de los resultados de la Resurrección es nuestra justificación, es decir, que Jesús nos presenta como justos delante del Padre. Por tanto, la justificación del creyente está basada en la muerte y resurrección de Cristo.

4.6.2.5.7. Cristo resucitó para ser las primicias de los que durmieron

El término “primicia” tiene varias aplicaciones:

1. A Israel (Jer 2: 3).
2. A la bendición del Espíritu (Ro 8: 23).
3. A los primeros creyentes cristianos en determinada localidad (Ro 16: 5).
4. A la Resurrección (1 Co 15: 20-23; Fil 3: 21). Jesús es la primicia en su resurrección, pues después los muertos en Él resucitarán, antes del arrebatamiento de la Iglesia.

4.6.2.5.8. La resurrección de Cristo muestra la medida presente del poder divino

Dios demuestra su poder en las tres eras de manera distinta. Veamos:

1. Pasada: grandeza del poder de Dios que se demostró cuando sacó a su pueblo de Egipto (Éx 20: 2).
2. Venidera: la reunión de Israel en la segunda venida de Cristo (Jer 23: 7-8; Mt 24: 31; Is 60: 8-9).
3. Presente: el poder de Dios se manifiesta en la resurrección Cristo (Ef 1: 19-21). Por ello el apóstol Pablo habla de la supereminente grandeza de su poder que mencionamos anteriormente; dicha grandeza del poder se manifiesta en:
 - a. Que levantó de los muertos a Jesús, de una muerte real, pasó a un cuerpo resucitado, inmortal, a ser las primicias de la Resurrección, es decir, la única representación que actualmente tiene la hueste de redimidos en la gloria, en la cual estará dicha hueste.

- b. La ascensión de Cristo es medida de este poder (Mr 16: 19; Lc 24: 49-52; Hch 1: 9; 2:,33; 3: 21; 5: 31; 7:55; Ro 8: 34). Los que creemos también traeremos esa gloria (Jn 17: 22; 14: 3).
- c. Sometió todas las cosas bajo sus pies (Ef 1: 22; 1 Co 15: 25-26).
- d. Lo dio por Cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia (Ef 1: 22).

4.6.2.5.9. El día del Señor como conmemoración de la Resurrección

La Resurrección estableció la selección del día domingo, el día del Señor, como el tiempo de regocijo y de reunión de los creyentes. En el Antiguo Testamento Dios le ordenó a Israel que guardaran el sábado; en hebreo se usa el término sabbath que significa "cesación". Moisés instauró el sábado para Israel (Éx 16: 29); y este fue una señal peculiar entre Jehová e Israel y nunca se les impuso a los gentiles (Éx 31:,12-17). Después de la resurrección de Cristo, no hay evidencia de que a algún cristiano se le impusiera que observara el sábado. Por el contrario, en Gálatas 4: 9-10 hay un advertencia para los cristianos sobre guardar los días y otros lapsos de tiempo.

La Iglesia celebra el primer día de la semana desde la resurrección de Cristo como el día del Señor que se instituyó para celebrar la nueva creación, así como el sábado se instituyó para celebrar la antigua creación (Éx 20: 10). El sábado se limita a Israel, el día del Señor, a la Iglesia.

Se había profetizado y escogido un nuevo día; según el Salmo 118: 22-24 y Hechos 4: 10-11, Cristo en su crucifixión se constituyó en la piedra angular que fue rechazada; y esto ocurrió por la Resurrección. Se designó como día de regocijo y alegría (Mt 28: 9).

La observancia de este primer día quedó determinada por varios eventos. Veamos. Cristo resucitó el primer día de la semana (Mt 28: 1); ese mismo día se reunió con sus discípulos (Jn 20: 19); les explicó su resurrección (Lc 24: 36-49); ascendió al cielo para presentarse

como primicias o gavilla mecida ante el Padre (Jn 20: 17; 1 Co 15: 20-23; Lv 23: 10-12); un primer día sopló sobre los discípulos el Espíritu (Jn 20,;22); un primer día, el Espíritu Santo descendió del cielo (Hch 2: 1-4); Pablo predicó en Troas el primer día de la semana (Hch 20: 6-7); el primer día de la semana se reunían los discípulos a partir el pan (Hch 20: 6, 7); el primer día de la semana cada uno debía poner “aparte algo” según lo que Dios le hubiere dado (1 Co 16: 2).

Para concluir, la Resurrección es la base de la fe de nuestra vida cristiana, porque es la base de la fe y de la salvación, pues “y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados” (1 Co 15: 17) y “si confesares con tu boca que Jesús es el Señor y creyeres en tu corazón que Dios le levanto de los muertos, serás salvo (Ro 10: 9).

4.6.2.5.10. La Resurrección y la parusía

Finalmente, es necesario tratar la relación entre la Resurrección y la parusía. Esta arroja luces sobre la primera. Beasley-Murray (1991, p. 300) plantea que la Resurrección es una clave para la naturaleza de la parusía, porque el Nuevo Testamento presenta, por un lado, la resurrección con la revelación del Cristo Salvador como el soberano Señor vivo levantado de entre los muertos y exaltado por el poder de Dios; y por otro, la parusía como la revelación de Cristo en el poder y la gloria de Reino consumado de Dios.

4.7. La Ascensión

La ascensión de Jesús se corrobora bíblicamente en varios pasajes (Hch 1: 6-11; Jn 6: 62; 14: 2, 12; 16: 5, 10, 17, 28; 20: 17). El Evangelio según Lucas 24: 51 dice: “Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo”. La ascensión perfeccionó la glorificación de Jesús después de la resurrección; es el complemento de esta. En Juan 14: 1-14 podemos encontrar varias implicaciones de la ascensión de Cristo. Veamos:

1. La preparación de lugar en la eternidad para todo aquel que crea en Él (Grant, 2007, p. 39); Jesús dijo: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros” (Jn 14: 1-2). Este evento completa el plan de Dios que incluye: Muerte-Resurrección-Ascensión y es un signo de que el trabajo está terminado y es aceptable al Padre (Grant, 2007, p. 40).

Es de notar que en el versículo citado de Juan Jesús dice que va a preparar lugar para los discípulos, lo cual se puede interpretar como un lugar especial que compartirían con el Señor; y también como el lugar para todos los que crean en Él. Esto quiere decir que el cielo debía prepararse para recibir a los creyentes; y si seguimos la Epístola de los Hebreos 9: 7-12, el sacerdote debía entrar una vez al año al lugar santísimo con sangre para pedir perdón por sus pecados y los del pueblo; pero Jesús, Sumo Sacerdote después de su ascensión, “entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Heb 9: 12). Aquí se nos aclara la preparación del lugar del que habla Jesús en el evangelio de Juan. El cielo no podía recibir a ningún ser humano por el pecado; por ello se dispuso el Tabernáculo hecho de manos, guiado por Dios, para que en su lugar santísimo terrenal se ofreciera el sacrificio por el pecado, pero este evento debía repetirse cada año, el cual solo cubría mas no quitaba el pecado.

Después de que Cristo asciende, llega al lugar santísimo en el Tabernáculo de Dios, el cielo, y entra una vez y para siempre a presentar su propia sangre, no la de machos cabríos ni becerros, sino la sangre que lava, quita el pecado (Heb 9: 12).

2. La antesala al arrebatamiento de la Iglesia: “Y si me fuere y os prepararé lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn 14: 3). Jesús describe la cronología de eventos: ascensión-arrebatamiento de la Iglesia; por tanto, el primer evento debe ocurrir para que pueda darse el

segundo. En la Primera Epístola de los Tesalonicenses 4: 16-17 se dice: “Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego, nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”.

3. La venida del Espíritu Santo y el poder otorgado a la Iglesia para llevar a cabo la obra que Jesús encomendó: “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre” (Jn 14: 12). En primer lugar, aquí “mayores” no se refiere a “obras más grandes”, sino a la mayor cantidad de obras y a la extensión geográfica de estas, pues el ministerio de Cristo solo duró tres años y medio, y el de la Iglesia se llevaría a cabo durante muchos siglos. Ahora bien, esta solo puede obtener poder después de la ascensión de Jesús. Expliquemos un poco: ya vimos que su ascensión implicó su entrada al lugar santísimo en el mismo cielo, para presentar su propia sangre como ofrenda por el pecado, lo cual trajo como consecuencia la eliminación de la separación del hombre creyente con respecto a Dios; ahora bien, una vez ocurrido esto, Dios envió al Espíritu Santo para empoderar a la Iglesia con el fin de llevar a cabo la obra de evangelización, la cual causaría la regeneración, el principal milagro, el nuevo nacimiento, pasar de muerte a vida. En Juan 16: 5-7 se nos habla de la venida del Espíritu Santo, la cual solo aconteció después de la Ascensión: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Jn 16: 7). Y en Hechos de los Apóstoles 1: 8 se dice: “pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”.

4. La respuesta a las oraciones. Juan 14: 13 dice: “Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”. La ascensión de Jesús también permitió que tuviéramos abogado delante del Padre, que Jesús intercediera por nosotros todos los días y, por tanto, que obtuviéramos las peticiones conforme a su voluntad. La Epístola a los Hebreos 4: 14-16 dice: “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”.

Finalmente, es necesario distinguir dos hechos en la doctrina de la Ascensión (Walwoord, 2007): el señorío presente de Cristo en el cielo y su señorío futuro; el primero es introducido por la Ascensión y el segundo por su segunda venida.

CAPÍTULO 5

Los estados de Cristo

Hemos analizado el Cristo en su muerte y el Cristo resucitado, dos estados del Señor. En este capítulo estudiaremos otros estados como:

1. El Cristo preencarnado.
2. El Cristo encarnado.
3. El Cristo ascendido y sentado en los Cielos.
4. EL Cristo que vuelve.
5. El Cristo que reina para siempre.

En la mayoría de las teologías, se habla de tres estados:

1. La preexistencia, en el que es eternamente divino.
2. El estado de humillación o estado terrenal de existencia temporal humana, la encarnación y vida de Jesús en la Tierra.
3. El estado celestial de exaltación y gloria.

5.1. El Cristo antes de la Encarnación: la preexistencia

Bíblicamente se puede sustentar la preexistencia de Cristo en los siguientes hechos:

1. Era antes de la creación del mundo. Juan 1: 1, dice: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”. Este Verbo es Jesús, el Logos: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Jn 1: 14); el mismo Jesús corrobora esto cuando le ora al Padre: “Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo [...] Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn 17: 1-5).
2. Es eternamente el mismo. Hebreos 13: 8 dice: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”.
3. No tiene principio. Hebreos 7: 3 dice: “sin padre, sin madre, sin genealogía; *que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre*”.
4. Sus actividades son eternas. Miqueas 5: 2 dice proféticamente: “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”.
5. En la Biblia se hace explícito que Cristo vino del cielo; esto se corrobora en Juan 6: 33, 38, 41, 50-51, 58, 62: “Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo [...] Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida” (Jn 6: 33, 35).
6. Jesús en varias ocasiones usó la expresión YO SOY para referirse a sí mismo: “de cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy” (Jn 8: 58).
7. La Biblia enseña que Cristo tuvo gloria antes de la fundación del mundo. En Juan 17: 5 dice: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al

lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”.

5.2. El estado de humillación

En Filipenses 2: 5-8 dice: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”. Este pasaje implica la Encarnación, el sufrimiento y la muerte, como estados de humillación de Cristo.

Ahora bien, es necesario aclarar que este pasaje lo han tomado algunos teólogos para sustentar la teoría de la kenosis, según la cual Jesús se despojó de su divinidad cuando se encarnó en hombre, pues Dios se transformó en hombre, lo cual implica un cambio. En este libro consideramos que cuando Jesús estuvo en la Tierra encarnado fue cien por ciento hombre y cien por ciento Dios; que no abandonó su naturaleza divina. La doctrina de la kenosis vista como despojo de la divinidad de Cristo atenta contra la inmutabilidad de Dios, pues plantea su transformación; también destruye la Trinidad porque el Hijo al dejar de ser Dios ya no participa como persona en el Dios trino. El pasaje de Filipenses, cuando dice que “se despojó a sí mismo”, está indicando que Jesús decidió asumir el estado de humillación que implicaba ser hombre, esto es, ser siervo, que no defendió sus prerrogativas divinas, sino que tomó la forma de criado.

La Encarnación forma parte de los siete eventos más importantes de la historia; estos eventos son (Chafer, 1986, p. 354):

1. La creación de las huestes angelicales (Col 1: 16).

2. La creación del Universo material y del hombre (Gn 1: 1-31).
3. La Encarnación (Jn 1: 14).
4. La muerte de Cristo (Jn 19: 30).
5. La Resurrección de Cristo (Mt 28: 5-6).
6. La segunda venida de Cristo (Ap 19: 1-16).
7. La Creación de los Nuevos Cielos y la Nueva Tierra (Ap 21: 1; Is 65: 17).

La Encarnación se define como el evento mediante el cual la segunda persona de la Trinidad entró en la esfera humana, se hizo partícipe de los elementos humanos, cuerpo, alma y espíritu. Mediante dicho evento, Cristo descendió del cielo, de donde moraba para salvar a la humanidad y llevarla a la gloria eterna, a los redimidos. Analizaremos aquí ¿quién se encarnó?, ¿cómo se encarnó?, ¿cuál fue el propósito de la Encarnación?

Quien encarnó fue la segunda persona de la Trinidad, Jesús; por ello dice la Escritura que Dios se hizo carne. En Juan 1: 14 se nos afirma la Encarnación: “Y aquél Verbo fue hecho carne”. Decir que Jesús se encarnó no implica que dejó de ser lo que había sido antes, en la preexistencia; su naturaleza divina no cambió, pues Dios es inmutable; Jesús como Dios siguió siendo el mismo antes y después de la Encarnación. La palabra *egéneto* usado en Juan 1: 14 no significa que el Logos (el Verbo) se cambió en carne, sino que tomó este carácter particular, que adquirió una forma adicional, sin que se cambiara su naturaleza original (Berkhof, 1999, p. 398).

Algunos consideran que Jesús trajo su naturaleza humana del cielo, lo cual implicaría que no participó de la humanidad como todos los hombres. La repercusión de esto se encuentra en la redención: si Jesús no participó totalmente de la raza humana, entonces no podía como verdadero hombre eliminar mediante su sacrificio el pecado del ser

humano. Los que afirman que Jesús trajo su naturaleza humana del cielo pretenden dar respuesta al hecho de que, si Jesús obtuvo dicha naturaleza de María, entonces tuvo pecado; pero la Biblia nos enseña que Jesús fue sin pecado, y por esto pudo realizar plenamente la expiación. Veamos la explicación de esto.

Jesús obtuvo su naturaleza humana de María, pero la concepción fue sobrenatural, no participó un hombre, sino el Espíritu Santo quien santificó a Jesús desde el vientre (Jn 3: 34; Heb 9: 14); de esta manera, lo conservó libre de la corrupción del pecado. El nacimiento de Jesús fue virginal (Is 7: 14; Mt 1: 18-20; Lc 1: 34-35); no tuvo padre humano; no fue fruto de la voluntad de varón, de hombre, sino de Dios. La herencia pecaminosa se transmite por parte del progenitor, porque el pacto de obras fue realizado entre Dios y Adán; este violó el pacto al pecar y, por tanto, obtuvo la culpa, la cual transmitió a la humanidad; como Jesús no nació de varón, no participó de dicho pacto ni de su violación y consecuencia.

En la Epístola a los Hebreos leemos: “Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí” (Heb 10: 5-7). Se aprecia aquí la Encarnación en la expresión “me preparaste cuerpo”, lo cual se relaciona con la expiación del pecado.

Además de la falsa doctrina según la cual Jesús trajo su cuerpo del cielo, la misma Biblia nos advierte sobre otra que considera que nunca vino en carne: “Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo” (2 Jn 1: 7). Juan se refiere en su primera y segunda Epístola a las doctrinas gnósticas que estaban entrando en la Iglesia y que consideraban que el mal era inherente a toda materia;

al ser esta mala, no era concebible la Encarnación de Cristo. El apóstol advierte sobre esta herejía.

Cristo sí encarnó y este evento fue necesario. La pregunta que surge aquí es ¿por qué Cristo tuvo que encarnar? Las razones son las siguientes (Chafer, 1986, pp. 362-370):

1. Para que pudiera manifestar lo de Dios al hombre. El Cristo encarnado es la respuesta a la pregunta ¿cómo es Dios? Cristo nos ha dado a conocer al Padre. En Juan 1: 18 dice: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. El poder, la gloria y la sabiduría de Dios se han hecho manifiestos a través de Jesús: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para la iluminación, del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo... "mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (2 Co 4: 6). A través de Cristo también se reveló el amor de Dios (1 Co 1: 24; Jn 3: 16; 1 Jn 4: 10): “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro 5: 8). La máxima expresión del amor de Dios fue la entrega de su Hijo Jesús para la salvación de nuestras almas.

A través de Él Dios también nos ha hablado: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (Heb 1: 1-2).

En síntesis, Cristo encarnó para mostrar los atributos de Dios hacia los seres humanos: el poder, la sabiduría, la gloria, el amor de Dios y las enseñanzas de Dios.

2. Para que pudiera manifestar lo del hombre a Dios. En su humanidad, Cristo, el último Adán, es el que satisface plenamente al Creador, por eso dice la Escritura: “Este es mi Hijo amado, en quien

tengo complacencia” (Mt 3: 17b). Esta expresión vino de cielo; el Padre la pronunció durante el bautismo de Jesús, también durante su transfiguración: “Y vino una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd” (Lc 9: 35); y se volverá a oír cuando Cristo asuma el trono de David como Rey: “Pero yo he puesto mi rey / Sobre Sión, mi santo monte. / Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi Hijo eres tú” (Sal 2: 6-7).

Esta satisfacción de Cristo hacia Dios es posible porque Él es el hombre perfecto, sin mancha, sin pecado, sin contaminación, que cumplió siempre la voluntad del Padre, tal como fue profetizado en el Salmo 40: “Sacrificio y ofrenda no te agrada; / Has abierto mis oídos; / Holocausto y expiación no has demandado. / Entonces dije: He aquí vengo; En el rollo del libro está escrito de mí; / El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado” (Sal 40: 6-8).

3. Para que pudiera ser misericordioso y fiel Sumo Sacerdote. Cristo es el representante perfecto del hombre ante Dios. Solo Él podía cumplir las demandas de la perfecta santidad de Dios. De esa manera, como se afirma en la Epístola a los Hebreos, a Cristo se le preparó cuerpo (Heb 10: 5) que fue crucificado y cuya sangre fue presentada por sí mismo en el lugar santísimo una vez y para siempre; Jesús, es, pues, el Sacerdote perfecto, no como los sacerdotes del Antiguo Testamento que tenían que entrar todos los años con la sangre de machos cabríos que solo cubrían el pecado, mas no lo quitaban “porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados” (Heb 10, 4). La función del sacerdote es la de presentar ofrendas por el pecado, Cristo como Sacerdote se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios (Heb 9: 14), sirvió tanto de sacrificio como de sacerdote oferente (Chafer, 1986, p. 364). Como Sacerdote misericordioso y fiel, vive siempre para interceder por los que se acercan a Dios por medio de Él (Heb 7: 25).
4. Para destruir las obras del diablo. En 1 de Juan 3: 8 dice: “El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el prin-

cipio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo”. Estas obras de las que habla el Apóstol se refieren a lo que Cristo hizo al encarnar y morir en la cruz. Veamos.

Cristo venció la tentación, como segundo Adán, acto que no pudo lograr el primer Adán quien sí cedió a la tentación y murió. Como la tentación está asociada a la esfera de lo humano, entonces Cristo tuvo que encarnar.

La muerte de Cristo es también el juicio contra el príncipe de este mundo. En Juan 12: 31 dice: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera”. Jesús afirma aquí que el mundo, el cosmos, está bajo el maligno, bajo el dominio de Satanás (1 Jn 5: 19). Con la muerte de Cristo se pronuncia sentencia sobre dicho mundo y sus moradores, pues el que no reciba, acepte y crea en lo que hizo Jesús en su muerte está condenado: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn 3: 36); “El que en él cree, no es condenado, pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas” (Jn 3: 18-19).

Así como el mundo está juzgado, Satanás también; con la muerte de Cristo se pronunció sentencia sobre él, la cual será ejecutada al final de los tiempos después de la segunda venida de Cristo, cuando el diablo y sus demonios sean echados al lago de fuego (Ap 20: 10). La expresión “será echado fuera” significa que lo que le fue otorgado por Adán cuando este pecó Cristo se lo ha quitado; el diablo queda desposeído; por eso dice la Palabra de Dios que Cristo con su muerte anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria y despojó a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz (Col 2: 14-15).

Un texto que nos aporta claridad sobre cómo la Encarnación de Cristo permitió la destrucción de las obras del diablo es Hebreos 2: 14-15: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”.

El diablo, entonces, ha sido despojado de unos derechos que robó: sobre las naciones y los reinos de este mundo, el poder de la muerte, la esclavitud del hombre. ¡Cristo nos liberta! Y esta liberación fue posible porque se encarnó y pudo morir en la cruz del calvario.

El texto “el diablo será echado fuera” también tiene contenido profético, pues se remite a la ejecución de la sentencia que ocurrirá al final de los tiempos: “Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él” (Ap 12: 9).

5. Para que Él pudiera ser la cabeza de la nueva creación. La Biblia nos enseña sobre el nuevo nacimiento, sobre la nueva criatura y la regeneración. El apóstol Pablo reitera en Gálatas 6: 15: “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación”. Los nacidos de nuevo integran el cuerpo de Cristo, la Iglesia, y justamente el apóstol Pablo afirma que el Señor es la cabeza de esta, conformada por los salvados por medio de la gracia redentora: “y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Ef 1: 22).
6. Para que pudiera sentarse en el trono de David. Cuando se habla del nacimiento virginal de Cristo, se habla de este hecho de Jesús sentado en el trono de David (Is 9: 6-7). Era necesario que Cristo encarnara para que se pudiera cumplir el Pacto Davídico a través del cual el Señor regresará y reinará mil años sobre la Tierra y durante el cual se le cumplirán todas las promesas hechas a Israel.

7. Para que Él pudiera ser el pariente redentor. El pariente redentor cuya figura encontramos en Booz quien redimió a Rut es el tipo de Cristo quien es el que pudo redimirnos del pecado. El pariente redentor debía cumplir los siguientes requisitos:
- a. Tiene que ser pariente (Lv 25: 48-49; Rt 3: 12-13).
 - b. Tiene que ser capaz de redimir (Rt 4: 4-6).
 - c. La redención la cumple el redentor o *goel* mediante el pago de las demandas justas.

La redención era de personas, no de Estados. Vemos que Cristo cumple todos estos requisitos, pues es nuestro pariente quien al encarnarse vino a ser como uno de nosotros; por ello el apóstol Pablo designa a Jesús como hermano, en la Epístola a los Romanos 8: 29: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”. Jesús fue el único que podía redimirnos, pues fue sin pecado, él tenía la capacidad para hacerlo. Y Cristo pudo pagar las demandas justas, lo cual debía hacer el *goel* o redentor; las demandas de santidad y de justicia solo Él las podía cumplir.

8. Para lograr la identificación con el hombre. El problema de la condición de los hombres, muertos en pecado (Ef 2: 1) solo pudo ser solucionado por Jesús quien se identificó con nosotros por medio de la Encarnación; pero esta identificación fue por medio de un proceso gradual que hemos tratado en páginas y capítulos anteriores, pero que aquí sintetizaremos así:
- a. Primera etapa del estado de la humillación (Fil 2: 6-7):
 - El Verbo era Dios y se hizo carne (Jn 1: 1, 14).
 - Nació como hombre (de mujer) y como judío (bajo la Ley) (Gá 4: 4).

- Fue tentado y sufrió nuestras debilidades pero sin pecado (Heb 4: 15).
- En esta etapa de su humillación todavía no se identificó con nuestra condición de ser muertos en el pecado.

b. Segunda etapa del estado de la humillación: el estado de muerte y pecado (Fil 2: 8):

- Fue hecho pecado (2 Co 5: 21). El concepto de sustitución del Antiguo Testamento: lo que no tuvo pecado fue hecho pecado (Lv 16: 20-22).
- Murió en la cruz (Fil 2: 8). Cuando Jesús murió en la cruz, Él se identificó con nuestra condición de ser muertos en pecado. Por medio de esta identificación, nos dejó la oportunidad de identificarnos con él en su Resurrección (Ro 5: 17-19; 1 Co 15: 20-22, 47-49, 54-58; Col 2: 20-23).

5.3. El Cristo ascendido y sentado a la diestra de Dios: el estado de exaltación

En teología se admiten cuatro etapas en la exaltación de Cristo (Berkhof, 1999, pp. 411-421):

1. La Resurrección.
2. La ascensión.
3. El estar sentado a la diestra de Dios.
4. El retorno físico de Cristo.

Veremos los dos últimos, pues el primero y el segundo fueron tratados en el capítulo anterior.

Después del estado de humillación, Cristo vivió el estado de exaltación. La Epístola a los Filipenses 2: 9-11 dice: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre,

para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre". Jesús fue glorificado después de haber cumplido todas las demandas de la Ley, pagando el castigo del pecado, para que los creyentes en Él también obtuvieran la vida eterna y fuesen glorificados.

Además de la ascensión, el estar sentado a la diestra de Dios también forma parte del estado de exaltación de Jesús; en Mateo 26: 64 el mismo Señor dice: "Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo". Jesús habla aquí de dos eventos: su exaltación al sentarse a la diestra de Dios y el evento escatológico futuro de su segunda venida.

La expresión "estar sentado" referida a Jesús ciertamente es antropomórfica y no debe tomarse al pie de la letra; tiene una significación simbólica y es la referencia a la participación de Jesús en el gobierno, el honor y la gloria de Dios. Cristo, después de la Muerte, Resurrección y Ascensión al cielo, se sentó a la derecha de Dios para gobernar sobre su Iglesia y sobre el Universo; ya era Rey antes de este tiempo, pero ahora hay un reconocimiento público como Dios-hombre. Jesús sentado a la diestra de Dios es Rey y Sacerdote para siempre.

5.4. El Cristo que vuelve

Es el último estado de exaltación de Jesús; consiste en su regreso que tiene dos etapas: en el arrebatamiento de la Iglesia, la cual tomará el Señor y llevará hacia sí mismo cuando Él descienda a las nubes; esta promesa se la dio Jesús a sus discípulos cuando inició su discurso del aposento alto al final de la Santa Cena: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré

otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn 14: 1-3). El arrebatamiento de la Iglesia se describe más detalladamente en la Primera Epístola a los Tesalonicenses 4: 13-18: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras”.

La segunda etapa de la venida del Señor será como juez que corresponde a lo que denomina segunda venida de Cristo, la cual será en esta Tierra, en el monte de los Olivos. En Juan 5: 22 el Señor dice: “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre”. Al final de la Tribulación, Jesús vendrá con poder y gran gloria; este hecho se relata claramente en Apocalipsis 19: 11-16.

La segunda venida de Cristo ocupa un lugar central en la revelación bíblica, pues pondrá de manifiesto la absoluta soberanía de Dios sobre la Tierra. Juan en Apocalipsis 1: 7 combina dos momentos proféticos del Antiguo Testamento: Daniel 7: 13 “miraba [...] y he aquí con las nubes del cielo venía uno como hijo de hombre”; y Zacarías 12: 10 quien contempla una visión de la intervención futura de Dios en Israel: “Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito. En aquel día habrá gran llanto en

Jerusalén, como el llanto de Hadad-rimón en el valle de Meguido.¹ Y la tierra lamentará, cada linaje aparte”. Juan dice: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él” (Ap 1: 7). Nótese cómo el profeta retoma la descripción de Zacarías sobre el lamento que todos los linajes harán por Jesús. Dice además: “He aquí viene con las nubes”, lo que implica la anunciación del profeta sobre la segunda venida de Cristo; “he aquí” (*idou*) sirve como partícula demostrativa para llamar la atención al lector; “que viene” (*érchetai*) está en presente y tiene función de futuro o presente profético; “con las nubes” es una frase tomada del Antiguo Testamento que se asocia comúnmente a la presencia de Dios (Éx 13: 21; 16: 10; Dn 7: 13; Hch 1: 9). Juan dice también “y todo ojo le verá”, con lo cual retoma a Zacarías 12: 10-12 en cuyo entorno se describe el arrepentimiento futuro de Israel.

El mismo Jesús habló de su segunda venida; en Mateo 24: 30 leemos: “Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”. Al igual que Juan, Jesús rememora las palabras del profeta Zacarías sobre el lamento de todas las tribus de la Tierra cuando vean su regreso a la Tierra (otras referencias son Mateo 26: 64, Marcos 13: 26; 14: 62 y Lucas 21: 27).

La segunda venida de Cristo en gloria será personal, corporal, visible, gloriosa y judicial (Ap 1: 7-8; 11: 15-19; 14: 14-20; 15: 3-4; 17: 14; 19: 11-21); pondrá fin al tiempo de los gentiles y los reinos del mundo vendrán a ser del Señor y de su Cristo (Ap 11: 15).

El evento de la *parousía* de nuestro Señor Jesucristo, profetizada en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento, se relata de modo completo en Apocalipsis 19: 11-16: “Entonces vi el cielo abierto; y he

1 Según la Santa Biblia de estudio arqueológica (2005, p. 1582), Hadad-rimón en este contexto puede referirse a un sitio en el valle de Meguido donde el pueblo lloró la muerte del último rey de Judá, Josías (2 Cr 35: 20-27).

aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones y él las regirá con vara de hierro; y el pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES". En este pasaje se observa claramente la unión completa entre Jesús y su pueblo, al igual que su triunfo final (Alford, 1980, citado por Belch, 1998, p. 504).

Veamos la diferencia entre el arrebatamiento de la Iglesia (la venida de Cristo en las nubes) y la segunda venida (la venida de Cristo a esta Tierra); estos son dos programas separados, que no ocurren simultáneamente. Veamos (Walwoord, 2007, cap. 6):

ARREBATAMIENTO	SEGUNDA VENIDA
Traslado de todos los creyentes	No hay traslado
Los santos arrebatados van al cielo	Los santos arrebatados volverán a la tierra
La tierra no ha sido juzgada	La tierra es juzgada y la justicia establecida
Cristo viene por su esposa	Cristo regresa con su esposa
Conduce a la remoción de la iglesia y al inicio de la tribulación	Conduce al establecimiento del Reino Milenario
Es inminente	La preceden señales definidas y profetizadas incluyen la tribulación
No fue revelado en el Antiguo Testamento	Fue profetizado en el Antiguo Testamento
Es sólo para verdaderos creyentes en Cristo	Afecta a todos los seres humanos
Acontece antes del Día de la Ira	Concluye el día de la Ira
No hay referencia a Sátanas	Satanás es atado

Pentecost (1984, pp. 159-160) agrega otras diferencias:

ARREBATAMIENTO	SEGUNDA VENIDA
Está relacionada con el programa para la iglesia	Está relacionada con Israel y el mundo
Está acompañado con un mensaje de consuelo	Está acompañado con un mensaje de juicio
Los creyentes serán juzgados pero para la entrega de galardones	Los gentiles e Israel serán juzgados
No implica cambio en la creación	Envuelve el cambio de la creación
Los gentiles no serán afectados	Los gentiles serán juzgados
No tiene ninguna relación con respecto al mal	El mal será juzgado

5.5. El Cristo que reina

Cristo reinará durante el Milenio y también durante el Reino Eterno. Analizaremos en primer lugar el reinado de Cristo durante los mil años en los que Satanás será atado.

En el capítulo 20, versículos 2, 4, 6, 7, 8 del libro del Apocalipsis se dice: “Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años [...] Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años [...] Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años. Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión y saldrá a engañar a las naciones que está en los cuatro ángulos de la tierra”.

Del pasaje anterior se pueden extraer varias características sobre el Reino Milenial de Cristo:

1. Durante esos mil años Satanás estará atado en el abismo. En Apocalipsis 20: 1-3 el Señor dice que un ángel que descendía del cielo prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, con una gran cadena; lo ató, lo arrojó y encerró en el abismo. Satanás ya no podrá engañar más a las naciones. Esto lo hará Dios para probar finalmente a la humanidad, a fin de que pueda mostrar lo que verdaderamente es, sin la influencia de Satanás, y en medio de una era con la justicia divina. Atar en este contexto, al aplicarse a un ser espiritual como el diablo, constituye un antropomorfismo que señala que Satanás será neutralizado, hecho inactivo e inoperante.
2. Cristo reinará durante esos mil años (Ap 4: 6) como el renuevo, Jehová de los ejércitos, la vara de Isaí, el Hijo del Hombre, el Pastor, el Rey de Reyes y Señor de Señores, “el Milenio será el período de la completa manifestación de la gloria del Señor Jesucristo” (Pentecost, 1984, p. 365).
3. Con Cristo reinarán los que tengan parte en la primera resurrección, es decir, aquellos sobre los cuales no tiene potestad la segunda muerte, la perdición eterna en el lago de fuego, el Infierno. En este grupo se encuentran todos los santos resucitados: los de antes del arrebatamiento de la Iglesia, los santos del Antiguo Testamento, los que murieron durante la Tribulación (Ap 20: 4-6); y por supuesto la Iglesia que vendrá con Cristo, pues la Biblia enseña que Cristo vendrá con todos sus santos (1 Ts 3: 13).
4. Estos santos juzgarán y serán sacerdotes de Cristo (Ap 4: 6).

El Milenio es la era en la cual todos los propósitos de Dios se cumplirán en la Tierra. Durante este Cristo cumplirá los diferentes pactos, a saber:

1. El pacto de Dios con Abraham, relacionado con la Tierra.
2. El Pacto Davídico, relacionado con el Rey, el trono y la casa real; este Rey es el Mesías.

3. El Pacto de la Tierra, relacionado con la posesión de esta.
4. El Nuevo Pacto, según el cual la nación tendrá un nuevo corazón, el perdón de los pecados, la plenitud del Espíritu.

El reino de Cristo durante el Milenio será de la siguiente manera:

1. Con justicia (Is 11: 4-5; 32: 1; 33: 5; Sal 110: 4; Heb 7: 2).
2. Será un reino de obediencia completa de los sometidos al Rey (Ef 1: 9-10).
3. Será un reino de santidad, de los sometidos al Rey (Zac 14: 20-21).
4. Será un reino de verdad (Is 42: 3; Zac 8: 3).
5. Será un reino con la plenitud del Espíritu Santo; se manifestará en adoración y alabanza al Rey; todos los creyentes serán morada del Espíritu Santo en el Milenio (Ez 36: 27; 37: 14).

El Milenio traerá bendición y gloria a la Tierra a través de Cristo; estas bendiciones son gozo, paz, santidad, gloria, consuelo, justicia, pleno conocimiento, instrucción del maestro Jesús, eliminación de la maldición sobre la Creación, eliminación de la enfermedad, protección, libertad de la opresión social, política y religiosa, longevidad, trabajo en un sistema económico perfecto, prosperidad económica, no habrá escasez, incremento de luz solar y lunar que aumentará la productividad en la Tierra, las barreras del lenguaje serán eliminadas, habrá una adoración unificada a Dios, los creyentes tendrán un alto grado de comunión con Dios y la plenitud del Espíritu Santo.

Los que serán regidos por el Rey Jesús en el Milenio serán todos los salvos de Israel y los salvos gentiles que estén vivos para la segunda venida de Cristo. Todos los pecadores serán cortados antes del inicio del Reino Milenial de Jesús, pues ya habrán sido juzgados y excluidos.

Al final del Milenio, Dios disolverá el cielo y la tierra presentes, y luego creará Cielos Nuevos y una Tierra Nueva (Is 65: 17; 66: 17; 2 P 3: 13; Ap 21: 1), los cuales serán el escenario del Reino Eterno teocrático de Dios. Según Apocalipsis 21: 3, el Señor Jesucristo morará con los hombres en esta nueva tierra, en el Reino Eterno; y con él también estará la Iglesia, pues la Biblia enseña que esta siempre estará con Cristo.

Durante el Reino Eterno Cristo seguirá siendo Rey en la Nueva Jerusalén, también eterna; es la ciudad de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; también es la morada de la esposa del Cordero, la Iglesia (Ap 3: 12); la ciudad tiene la gloria de Dios (Ap 21: 11, 23), el trono de Dios (Ap 22: 3); y sus moradores reinarán por los siglos de los siglos (Ap 22: 5).

La vida en esta ciudad eterna, la Nueva Jerusalén, se caracterizará por (Pentecost, 1984, pp. 439-440):

1. Una vida de comunión con Dios (Jn 14: 3).
2. Una vida de descanso (Ap 14: 13).
3. Una vida de pleno conocimiento (1 Co 13: 12).
4. Una vida de santidad (Ap 21: 27).
5. Una vida de gozo (Ap 21: 4).
6. Una vida de servicio (Ap 22: 3).
7. Una vida de abundancia (Ap 21: 6).
8. Una vida de gloria (2 Co 4: 17).
9. Una vida de adoración (Ap 19: 1; Ap 7: 9-12).

CAPÍTULO 6

La obra de redención de Cristo: expiación, justificación, reconciliación, salvación

La obra de redención que llevó a cabo Cristo a favor de los seres humanos tiene cuatro aspectos (Lacueva, 1998, p. 345):

1. El aspecto de un verdadero sacrificio.
2. El aspecto de la propiciación.
3. El aspecto de la reconciliación.
4. El aspecto de la expiación.

La muerte de Cristo fue un verdadero sacrificio; por cuanto los seres humanos somos incapaces de redimirnos a nosotros mismos, no podemos salvarnos, por lo que estamos condenados a muerte. Siendo esta la única posibilidad, Cristo tuvo que morir en sacrificio por nosotros; Él pagó la pena de muerte.

Además de merecer la muerte por el pecado, merecemos llevar la ira de Dios sobre nosotros. Cristo murió como propiciación y de esta manera se apartó de nosotros la ira de Dios (1 Jn 4: 10).

El tercer aspecto del sacrificio de Cristo es la reconciliación. El pecado separó a los seres humanos de Dios, por lo que era necesaria la reconciliación. En Cristo somos reconciliados con Dios. En la segunda Epístola a los Corintios 5: 18-20, el apóstol Pablo usa cinco veces el término: “quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo” (18), lo cual indica que Dios no se reconcilió con nosotros, porque Él no cambia, sino que nosotros somos reconciliados con Él por Cristo; “y nos dio el ministerio de la reconciliación” (18), que se refiere a la predicación y enseñanza del Evangelio mediante el cual se lleva la buena nueva de salvación en Cristo Jesús; “que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (19); aquí se expresa más claramente que el mundo es el reconciliado por el sacrificio de Cristo y esto consistía en que Dios no consideraba los pecados, por cuanto el Señor pagó el precio del rescate, nos redimió y presentó justos y limpios delante de Dios Padre. “Y nos encargó a nosotros la palabra de reconciliación” (19); los ministros de Dios tienen el encargo de llevar esta noticia de que en Cristo ya no estamos separados de Dios, sino que podemos entrar en amistad con Él; son ellos los que ruegan en nombre de Cristo, por medio de la predicación de la palabra: “Reconciliaos con Dios” (20).

El cuarto aspecto del sacrificio de Cristo es la expiación, el cual analizaremos más detalladamente. El término en el Antiguo Testamento aparece como la traducción de palabras derivadas de la raíz *kpr* que significa “cubrir”. Aparece el verbo *kafar* que significa “hacer expiación”. En general se refiere a la obra de Cristo mediante la cual nos lavó de todos los pecados para presentarnos santos, limpios delante del Padre. Esta obra encuentra su tipo en el día de la expiación (del hebreo *Yom Kippur*) del Antiguo Testamento que tenía lugar el décimo día del séptimo día (*Tishri*, septiembre-octubre), cuyo objetivo era ha-

cer expiación por los pecados de los sacerdotes y del pueblo. Pero este evento difiere del logrado por Cristo, por cuanto los pecados no solo eran cubiertos, no quitados.

6.1. La expiación en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento

En Levítico 16 se describe el día de la expiación y un análisis de los detalles nos lleva a encontrar relaciones claras con la obra redentora de Cristo. Veamos:

1. El sacrificio de Cristo como antitipo de los sacrificios levíticos. Al inicio de este libro estudiamos las cinco ofrendas levíticas y su relación con la cristología; aquí retomaremos algunos aspectos. El sacrificio de Cristo en el calvario reúne los sacrificios que se describen en Levítico 11: 1-7, así (Lacueva, 1998, p. 337):
 - a. Holocausto (*olah*), incluye dos elementos, dedicación y expiación; en el primer caso señala la subida del alma del oferente al cielo, dedicándose a sí mismo a Dios; y en el segundo caso, implica expiación por la contaminación legal del oferente. Aplicado a Cristo, este sacrificio solo tiene el elemento de la dedicación mas no el de la expiación por sí mismo, pues Cristo fue sin pecado.
 - b. Ofrenda de alimento (*minjah*). Cristo es el verdadero pan que descendió del cielo, el pan de vida.
 - c. Ofrenda de paz (*zebaj shelamim*), que se refiere a “sacrificio de amistad”, alianza; por tanto, se remite a la reconciliación (del griego *Katallagés*).
 - d. Sacrificio por el pecado (*jatah*), que se refiere al pecado general y no específico, en el sentido de errar el blanco, por lo que se re-

quiere expiación o purificación de la mancha. En Cristo se logra por su sangre preciosa que lava nuestros pecados.

e. Sacrificio por la culpa, que requería propiciación; Cristo es la propiciación por nuestros pecados.

2. El sumo sacerdote Aarón portaba dos tipos de vestiduras (Lv 16: 3, 23): las sagradas que usaba cuando ministraba en el lugar santísimo y que consistía en túnicas de lino blanco puro sin ornamentación, que indicaba la santidad y la humildad; y las de “gloria y esplendor” que usaba cuando terminaba los sacrificios por el pecado (Éx 28: 2). La relación de esto con Jesús es la siguiente: Jesús se despojó a sí mismo (Fil 2: 6-8), por cuanto dejó el cielo donde tenía la gloria con el Padre, y se vistió de siervo, del cuerpo de humillación humana para hacer expiación por la humanidad; pero luego ascendió al cielo, glorificado, y vendrá por segunda vez con gran poder y gloria (Mt 24: 30; Ap 19: 11); de la misma manera que Aarón se vestía con las ropas de humildad y luego se ataviaba con las de gloria y esplendor.
3. Aarón tomaba dos machos cabríos sin mancha para el sacrificio por el pecado y los presentaba delante de Jehová, a la entrada del tabernáculo de reunión; echaba suertes sobre ellos, una para Jehová y otra para Azazel (Lv 16: 5-8); el primero era ofrecido en sacrificio por el pecado y el segundo para hacer expiación y ser enviado a Azazel¹ en el desierto (Lv 16: 9-10). El macho cabrío muerto representa a Cristo cuando muere por los pecados o la propiciación de los pecados; el chivo expiatorio simboliza que Cristo llevó sobre sí mismo los pecados, los expió (*Biblia de Estudio Siglo XXI*, 1999, p. 187).
4. Otra relación que podemos destacar es que el sacerdote hacía todo solo de la misma manera que Cristo en la cruz del calvario.

1 Significaba “chivo que desaparece” (llevando al desierto el pecado); “macho cabrío de la remoción”.

5. En cuanto al procedimiento, el sacerdote ponía las dos manos sobre la cabeza del macho cabrío y confesaba sobre ella todos los pecados, transgresiones, iniquidades del pueblo (Lv 16: 21); así, este los cargaba sobre su cabeza y era enviado al desierto sin retorno al campamento (Lv 16: 22). De la misma manera, Cristo cargó con todos nuestros pecados (Is 53: 6) y padeció a las afueras de Jerusalén como fuera del campamento.

6. El sacerdote ponía la sangre sobre los cuernos del altar, la rociaba sobre el altar siete veces (Lv 16: 19). La centralidad de la sangre se basaba en las palabras dadas por Dios a Moisés y al Pueblo: “la vida está en la sangre, la cual os he dado sobre el altar para hacer expiación por vuestras personas. Porque es la sangre la que hace expiación por la persona” (Lv 17: 11). En Hebreos 9: 22 se retoma esta afirmación y descripción del sacrificio: “Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión”. Cristo derramó su sangre por nuestras rebeliones, transgresiones, iniquidades y pecados; hizo remisión por estos; obró la expiación perfecta: “Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Heb 9: 11-12).

Además de las semejanzas típicas entre la expiación en el Antiguo Testamento y la que operó Cristo, hay diferencias. Veamos:

1. Aarón tenía que ofrecer un novillo por sí mismo, para poder ministrarle a su familia y al pueblo; Cristo como Sumo Sacerdote no necesitó hacerlo porque Él fue sin mancha, sin pecado.
2. Los sacerdotes ofrecían anualmente el sacrificio por los pecados; Cristo lo hizo una sola vez y para siempre.

En la Epístola a los Hebreos encontramos la relación clara entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento en cuanto a la expiación. Veamos los diferentes aspectos:

1. Jesús es el gran Sumo Sacerdote (Heb 4: 14-16; 5: 1-10; 7: 1-28). Como analizábamos en páginas anteriores en Levítico, se necesitaba un sacerdote para oficiar la expiación. Cristo es designado como gran Sumo Sacerdote “que traspasó los cielos” (Heb 4: 14), sin pecado (Heb 4: 15); fue tomado de entre los hombres por cuanto se encarnó; no obstante, no perteneció al sacerdocio levítico sino al orden de Melquisedec (Heb 7: 11), no constituido conforme a la Ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible (Heb 7: 16).
2. Jesús es mediador de un Nuevo Pacto. La expiación en el Antiguo Testamento operaba bajo la Ley, bajo la provisión del Antiguo Pacto que fue reemplazado por el Nuevo Pacto del cual Cristo es el mediador. En la Ley, en efecto, había un tabernáculo hecho de manos, un santuario terrenal con una primera parte, el lugar santo, y una segunda, el lugar santísimo; en dicha primera parte los sacerdotes entraban continuamente para los oficios del culto; pero en la segunda entraba solo el sumo sacerdote una vez al año con sangre de machos cabríos para ofrecerla por sí mismo y por el pueblo (Heb 9: 1-7).

En el Nuevo Pacto, Cristo entró una vez y para siempre en el lugar santísimo con su propia sangre por nuestros pecados. De tal manera que, si la sangre de los toros y de los machos cabríos santificaba para la purificación de la carne, cuanto más la sangre de Cristo limpia nuestras conciencias de obras muertas; por tal motivo Cristo es mediador de un Nuevo Pacto (Heb 9: 13-15).

3. El sacrificio de Cristo quita el pecado (Heb 9: 23-28). Como analizábamos al inicio de este capítulo, la expiación en el Antiguo Testamento solo cubría el pecado, de donde viene el término hebreo

Kapar “porque la sangre de los toros y los machos cabríos no puede quitar los pecados [...] Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados” (Heb 10: 4, 11). En el Nuevo Testamento, en cambio, la obra de expiación de Cristo quita el pecado: “pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios”.

Así pues, la expiación que hizo Cristo por nuestros pecados difiere de la provista en el Antiguo Pacto, en que quita los pecados. Hay entonces una provisión de dicha expiación para los seres humanos que reciben a Cristo y creen en Él. Veamos:

1. Cristo hizo perfectos para siempre a los santificados con una sola ofrenda (Heb 10: 14). Esto se refiere a que Cristo no tuvo que presentar cada año ofrenda por el pecado, como lo hacían los sumos sacerdotes; sino que con su propia muerte quitó el pecado que nos separaba de Dios Padre; en esto consiste la perfección. Antes de recibir a Cristo, no estábamos reconciliados con Dios, éramos sus enemigos y delante de Él éramos imperfectos por el pecado original que pesaba sobre nosotros y nos separaba de Dios. Cristo eliminó esta separación y Él, al ser perfecto y santo, nos presenta también perfectos y santos delante del Padre.
2. El beneficio de la expiación también quita los pecados pasados. La expiación soluciona el problema de la separación del ser humano por el pecado original; pero también de los pecados que este ha cometido hasta el momento del arrepentimiento cuando recibe a Cristo como Señor y Salvador. El escritor de la Epístola a los Hebreos dice: “Y nunca más me acordaré de sus pecados” (Heb 10: 17), citando el testimonio del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento. En la expiación del Antiguo Testamento, cada año se hacía memoria de los pecados: “Pero en estos sacrificios cada año se hacía memoria de los pecados” (Heb 10: 3). Pero el sacrificio de Cristo hizo remisión de ellos, por tanto, ya no hay más ofrenda (Heb 10: 18).

3. La expiación permitió que tuviéramos libertad para entrar en el lugar santísimo. En el Antiguo Pacto, había una separación entre el lugar santo y el lugar santísimo, por una cortina o velo: “También harás un velo de azul, púrpura, carmesí y lino torcido; será hecho de obra primorosa, con querubines; y lo pondrás sobre cuatro columnas de madera de acacia cubiertas de oro; sus capiteles de oro, sobre basas de plata. Y pondrás el velo debajo de los corchetes, y meterás allí, del velo adentro, el arca del testimonio; y aquel velo os hará separación entre el lugar santo y el santísimo” (Éx 26: 31-33).

El lugar santísimo está entonces vedado para el ser humano; solo el sumo sacerdote podía entrar en él una vez al año, el día de la expiación, para ofrecer la sangre de machos cabríos por los pecados de sí mismo y los del pueblo. Jesús con su muerte rompió este velo de separación y entró a presentarse a sí mismo en ofrenda perfecta, santa, agradable delante del Padre, para remisión de los pecados de la humanidad: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne” (Heb 10: 19-20). La sangre de Cristo fue ofrecida y su carne fue el velo. Esta referencia a su carne y sangre también la hizo Jesús en Juan 6: 54, cuando dijo: “De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece y yo en él” (Jn 6: 53-56). Jesús con su carne y sangre fue la ofrenda perfecta que no solo hizo remisión por nuestros pecados, sino que también hizo posible el perdón; de tal manera que la expiación temporal del Antiguo Pacto, realizada en el lugar santísimo hecho de manos, por un sumo sacerdote humano imperfecto, fue reemplazada por una expiación completa, llevada al lugar santísimo del mismo Tabernáculo del cielo no hecho de manos, por el gran Sumo Sacerdote, Jesús. De tal manera que se obtuvo perdón, remisión, reconciliación y justificación.

El velo que separaba el lugar santo del santísimo se rasgó con la muerte de Cristo; por eso su propio cuerpo, su carne, fue velo. Marcos 15: 37-38 describe este hecho: “Mas Jesús, dando una gran voz expiro. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo”; “ y la tierra tembló, y las rocas se partieron” (cf. Mt 27: 51). Lucas dice: “el velo del templo se rasgó por la mitad” (Lc 23: 45). Esto es símbolo de lo que aconteció con la muerte de Cristo en el cielo, la puerta se abrió de par en par, el camino hacia el trono de la gracia, donde está el Padre, estaba disponible para que todo aquel que recibiera el perdón de pecados pudiera llegar confiadamente delante de Él: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hch 4: 16). Cuando Cristo murió, el velo se rasgó de arriba abajo, a la misma hora que sacrificaban los corderos de Pascua; y justo en estos momentos, Jesús completaba su obra y pronunciaba las palabras que cerraban la deuda: “Consumado es” (Jn 19: 30).

La razón de la expiación según las Escrituras es la voluntad de Dios para salvar a los pecadores mediante la sustitución, la muerte vicaria de Cristo, la cual se fundó en la combinación del amor y la justicia de Dios (Berkhof, 1999, p. 436). Ahora bien, pese a que en las Escrituras esto se revela con claridad, ha habido errores en su interpretación. Veamos a continuación algunos de ellos.

6.2. Errores en la concepción de la expiación

Hay varios errores de analistas y teólogos en cuanto a la naturaleza de la expiación. Veamos (Lacueva, 1998, p. 319):

1. El pago por nuestro rescate fue dado a Satanás. Este fue un error de Orígenes (185-254 d. C.) y Gregorio de Nisa (335-394 d. C.) quienes se basaban en el reinado de Satanás sobre la humanidad, quien es príncipe de este mundo (mundo de pecado); no obstante, este no reina sobre el mundo por derecho, sino que le fue entregado por

Adán (Gn 3: 1-6); pero le fue arrebatado por Cristo en la cruz del calvario a favor de los que creen en Él. El poder de Satanás lo ejerce sobre los incrédulos, los que tienen el entendimiento entenebrecido y no han recibido el Evangelio de salvación. El pago por nuestros pecados fue dado a Dios, porque se debía satisfacer sus demandas de justicia y santidad, las cuales solo pudo cumplir Cristo.

2. La muerte de Cristo no fue la expiación por el pecado sino la manera en que Dios mostró su amor a los seres humanos, solidarizándose con sus sufrimientos. Este error lo encontramos en Pedro Abelardo (1079-1142). Esta postura le quita el valor objetivo a la redención y tergiversa la sustitución, pues Cristo no sufrió con nosotros, sino por nosotros y tomó nuestro lugar.
3. La expiación no tiene relación con la justicia de Dios, por lo que no se requiere un pago por el pecado. Este error pertenece a Fausto Socino (1539-1604) quien consideró que la muerte de Cristo era solo un ejemplo de cómo debemos obedecer a Dios y confiar en Él. De esta manera se limita la expiación, pues, si bien Cristo es ejemplo en todo sentido para nosotros, la redención no se agota en este hecho.
4. La teoría gubernamental según la cual Dios no demandó pago por el pecado sino que Cristo demostró que la Ley de Dios se había quebrantado, por tanto, debía haber castigo. Esta teoría defendida por Hugo Grocio (1583-1645) atenta contra el carácter sustitutivo, vicario, de la muerte de Cristo.
5. Cristo nos redimió sufriendo por nosotros la pena del pecado y cumpliendo por nosotros la Ley de tal manera que nosotros estamos exentos de cumplirla. Cristo dijo que no había venido a abrogar la Ley sino a cumplirla (Mt 5: 17); y nosotros no estamos bajo la Ley sino bajo la gracia. No obstante, es peligroso aseverar que los mandamientos de la Ley ya no son asunto del creyente, pues el mismo Jesús dijo que toda la Ley se resume en dos mandamientos:

amar al Señor con todo el alma, la mente, el corazón y las fuerzas, y al prójimo como a sí mismo; y justamente el amor es el mandamiento que se expresa en el Nuevo Testamento (Jn 13: 34-35); de tal manera que el cumplimiento de la Ley es el amor. Con respecto a este error merece la pena citar a Lacueva (1998, p. 321): “Lo que la vida perfectamente santa de Cristo consiguió no fue la redención, sino su perfecta cualificación como único sumo sacerdote adecuado para ofrecer el sacrificio que la justicia de Dios demandaba”.

6. Cristo murió para dar satisfacción a la ira de Dios. Este error considera que lo que motivó al Padre a entregar a su Hijo Jesús en la cruz del calvario fue la cólera contra el pecado. Pero la Biblia claramente enseña que fue la justicia de Dios la que llevó al Padre a llevar a cabo la reconciliación de la humanidad caída con Él. Una vez cumplidas las demandas de justicia, el amor de Dios se derramó para dar salvación. Grudem (2009, p. 602) plantea que uno de los sufrimientos de Jesús en su muerte fue que cargó con la ira de Dios por haber llevado la culpa de nuestros pecados. Este autor se apoya en los pasajes bíblicos en los que se dice que la ira de Dios está sobre el incrédulo. Estos textos son Juan 3: 36; la Epístola a los Romanos 1: 18; 2: 5, 8; Efesios 2: 3; 5: 6; Colosenses 3: 6. Pero estos textos hablan de los que rechazan la verdad de Dios o los que están en desobediencia. Ahora bien, el término “hijos de ira” es usado en algunos de estos textos (Ef 2: 8) para referirse al incrédulo; pero consideramos que esta ira es respecto a la ira venidera como juicio que vendrá sobre todo aquel que no reciba a Cristo, que rehúse creer en Él; la interpretación es pues escatológica. Por tanto es necesario aclarar que Jesús no murió y expió los pecados de la humanidad para satisfacer la ira de Dios sino su justicia.
7. La expiación y redención solo es para “los elegidos”. Ahora bien, es necesario analizar a quiénes se dirige la expiación. Los calvinistas consideran que esta solo se hizo por los elegidos. Asumen erróneamente que Dios eligió a unos para salvación y a otros para conde-

nación. Esta postura la comparten Berkhof (1999), Chafer (1986), Ryrie (1993), Grudem (2009), entre otros; y se basa en las doctrinas equivocadas de la elección, la predestinación y la seguridad incondicional eterna de la salvación.

Cristo realizó la obra completa de la expiación, mediante la cual los seres humanos pueden obtener la redención, ser reconciliados con el Padre, ser justificados y obtener la salvación. El camino ya está abierto por el sacrificio de Cristo, para todo aquel que lo reciba. En la Epístola a los Romanos 1: 16 dice: “No me avergüenzo del evangelio porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, al judío y también al griego”. Claramente se expresa que la salvación no es para unos elegidos desde antes de la fundación del mundo; sino para todos, pero estos deben creer y el acto de creer corresponde a una decisión del ser humano en la que Dios actúa mediante el Espíritu Santo de Dios quien convence de justicia, pecado y juicio. En Juan 3: 16 también encontramos lo mismo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”; nuevamente se manifiesta la expresión “todo aquel”, la condición previa de creer y la consecuencia de la vida eterna. En Juan 1: 12 también se reitera este hecho: “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijo de Dios”; los que obtendrán salvación son solo los hijos y estos deben recibir a Jesús y creer en Él. Pero nótese que el texto dice “todos”, lo cual implica que está disponible no para unos elegidos.

Así pues, la expiación y sus beneficios están disponibles para todos los seres humanos, pero solo se aplica a aquel que los reciba y crea.

Finalmente, dos elementos que debemos destacar de la obra de redención de Cristo son:

1. El formal, referido a la obediencia del Señor, la cual lo llevó de manera voluntaria a aceptar el sacrificio (Ro 5: 12-21; 1 Co 15: 21, 22, 45-49); esta obediencia se inició desde su entrada al mundo (Heb 10: 5-10), hasta que murió.

2. El material, referido a los sufrimientos de Jesús en expiación penal por nuestros pecados.

Otro hecho destacable de la redención es que es una obra trinitaria: el Padre por amor al mundo perdido envía al Hijo; el Hijo lleva a cabo la obra con su muerte; y el Espíritu Santo aplica la obra de la redención a todo aquel que cree (Lacueva, 1998, pp. 356-357).

CAPÍTULO 7

Los oficios de Cristo

El Señor Jesucristo desempeña varios oficios desde la eternidad, antes de su encarnación, durante su encarnación (ministerio terrenal), después de su ascensión antes de su segunda venida, después de su segunda venida durante el Reino Milenial y en el Reino Eterno. En este capítulo analizaremos estos oficios; iniciaremos por los tres que más se han estudiado:

1. El profético.
2. El sacerdotal.
3. El de Rey.

Luego estudiaremos los oficios que ejerce en su ministerio en este momento, mientras transcurre el período de la gracia, ahora cuando está sentado a la diestra de Dios Padre, el Cristo glorificado.

7.1. Los oficios de Cristo: Profeta, Sacerdote y Rey

Estos tres oficios fueron reconocidos durante su ministerio terrenal. En el capítulo sobre este tema, analizábamos cómo Jesús fue intro-

ducido en su oficio sacerdotal durante su bautismo por agua y por el Espíritu Santo cuando fue ungido; el Señor también fue llamado profeta como cumplimiento a las profecías del Antiguo Testamento; y este ministerio profético fue reconocido cuando ocurrió su transfiguración (Mt 17: 5). Jesús fue llamado Rey de los judíos y Él mismo predicó sobre el Reino de los Cielos y los ciudadanos de este reino del cual Él es el que reina. Jesús mismo intercedió por sus discípulos y por todos los que creerían a través de estos.

Es interesante notar que en la Biblia, durante la narración del bautismo, la transfiguración y la segunda venida para sentarse en el trono de David, eventos asociados a los oficios sacerdotal, profético y de Rey, respectivamente, encontramos que el Padre pronuncia la frase: “Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia” (Mt 3: 17; 17: 5; Sal 2: 7).

Los Evangelios muestran los tres oficios de Cristo: Profeta, Sacerdote y Rey. El oficio profético es análogo a los que tenían los varones del Antiguo Testamento, pero, al decir de Scofield (1996, p. 951), la diferencia está en la dignidad del Señor, la cual lo instituye como el Profeta por excelencia. La otra diferencia es que Dios hablaba a través de los profetas pero Jesús-Profeta es Dios mismo. Un aspecto digno de resaltar es que los profetas del Antiguo Testamento eran enviados para establecer y restablecer la verdad en tiempos de apostasía, con el fin de exhortar a la nación para buscar el rostro de Dios, volverse a Él y obedecer su Palabra; por ello su mensaje era de reprensión y de exhortación. En el caso de Cristo, encontramos lo mismo, pues justamente su ministerio profético se desarrolla al máximo después de que fue rechazado, con las predicciones sobre el final de los tiempos.

El oficio como Rey está basado en el Pacto Davídico (2 S 7: 8-16) y se llevará a cabo después de su segunda venida. No obstante, Jesús vino y predicó sobre el Reino de Dios, sobre sus leyes; les predicó a los judíos quienes esperaban al Mesías; y les dijo que Él mismo era ese

Rey-Mesías que esperaban; pero fue rechazado. En su segunda venida, se sentará en el trono de David y reinará mil años y después por toda la eternidad.

Una pregunta que podemos hacernos es por qué Jesús fue ungido para los tres oficios, Sacerdote, Profeta y Rey; una explicación la ofrece Berkhof (1999, pp. 424-425) cuando plantea que Dios planeó que el hombre tuviera estos tres oficios y por ello fue capacitado con conocimiento, entendimiento, justicia, santidad y dominio sobre la Tierra; pero el pecado impidió que estos tres oficios se llevaran a cabo y, en cambio, se manifestó la ignorancia, la ceguera, el error, la mentira, la injusticia, la corrupción moral, la miseria, la muerte y la destrucción. Por tanto, se hizo necesario que Cristo como mediador tuviera los tres oficios: Profeta, Sacerdote y Rey. El oficio profético permite que Cristo presente a Dios delante de los hombres; en el de Sacerdote, el Señor presenta al hombre delante de Dios; y en el de Rey Cristo ejerce su dominio y restaura el dominio original del hombre.

7.1.1. El oficio profético de Cristo

7.1.1.1. El profeta en el Antiguo Testamento

Antes de analizar el oficio profético de Cristo, veamos cómo era el profeta del Antiguo Testamento, cuáles eran los términos que lo designaban y sus funciones.

El primer profeta que aparece en la Biblia es Moisés. No obstante, se habla del acto de profetizar antes de él y el primero que lo hizo fue Enoc, quien predijo el primer juicio sobre la humanidad: el Diluvio. Esto se corrobora en Judas 1: 14: “De estos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos, los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él”;

Judas habla de las personas sobre las que profetizó Enoc y las describe de la siguiente manera:

1. Blasfeman de cuantas cosas no conocen (cfr. Jud 1: 10).
2. Se corrompen como animales irracionales (cfr. Jud 1: 10).
3. Siguen el camino de Caín (rebeldía, homicidio) (cfr. Jud 1: 11).
4. Comen impúdicamente (cfr. Jud 1: 12).
5. Se apacientan a sí mismos (cfr. Jud 1,;12).
6. Son nubes sin agua. Llevados de aquí para allá, inconstantes (cfr. Jud 1: 12).
7. Árboles otoñales sin fruto (cfr. Jud 1: 12).
8. Dos veces muertos y desarraigados (cfr. Jud 1: 12).
9. Fieras ondas del mar que espuman su propia vergüenza (cfr. Jud 1:13).
10. Estrellas errantes para los que está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas (cfr. Jud 1: 13).

A pesar de que Enoc profetizó, no se le asigna el nombre de profeta, como sí se hace con Moisés quien cumple con el requisito de recibir un llamamiento específico y personal de parte de Dios (Éx 3: 1; 4: 17). Otros profetas aceptaron este llamado (Isaías: Is 6; Jeremías: Jer 1: 4; Ezequiel: Ez 1: 3; Oseas: Os 1: 2; Amós: Am 7: 14-15; Jonás: Jon 1: 1). El profeta Moisés se presentaba ante el pueblo como alguien que estuvo en la presencia de Dios; actuaba como su portavoz. También recibió el conocimiento de los eventos que ocurrieron, porque Dios se los mostraba en esa presencia previa que experimentaba en su comunión. En este punto es importante señalar que el Pueblo de Israel comprendió el significado de la historia, porque Dios se la revelaba a sus profe-

tas. Así es como el profeta de Dios recibe un discernimiento frente al transcurrir de los eventos en el tiempo.

Moisés actuó como un legislador profético y tuvo preocupación ética y social por el pueblo; justamente, Dios le da el código más humanitario de todos los tiempos. También es el modelo del profeta que tiene una incidencia en la política de la nación, porque el profeta bíblico siempre se enfrentó a los reyes, les proclamaba la voluntad de Dios y los exhortaba al arrepentimiento, a la santidad y a la obediencia a la Palabra de Dios.

En todos los profetas, como Moisés por ejemplo, encontramos una combinación de predicción y proclamación. Esto significa que el profeta aclara la situación del momento y la presenta en la perspectiva de acontecimientos futuros. Predicción y proclamación permiten, entonces, la relación del presente con el futuro.

Los nombres con los que se designaba a los profetas son los siguientes: “hombre de Dios”, “varón santo de Dios”, “mi, tu, su siervo”. En el hebreo se usaban tres voces: *nabi*, *ro’eh* y *hozeh*; la primera se traduce “profeta”, la segunda “vidente” (participio activo del verbo “ver”); la tercera no tiene traducción al español, pero también es un participio activo de un verbo que significa “ver”, se traduce como “profeta” o “vidente”. *Nabi* parece que proviene del acadio y significa “el que es llamado o el que llama”. Esto se refiere al hecho de que el profeta es un portavoz de Dios, como anotábamos antes; pero no solo en el sentido de que Dios quiere hacer saber a los hombres su Palabra, sino también que esta puede cambiar la situación.

La función de predecir que cumplían los profetas estaba ligada a la de proclamación o al acto de pregonar; en efecto, ellos amonestaban con palabras de aliento referidas al futuro; actuaban entonces como vaticinadores. Las razones de las predicciones pueden ser las siguientes (Bruce et al., 2003, p. 1105):

1. Es necesario que las personas sepan sobre su porvenir para que ejerzan la responsabilidad moral cuando actúan en el presente. Las predicciones están encaminadas a producir santidad en los oyentes, porque hay un llamado al arrepentimiento y exhortaciones a ser santos en la práctica, en la vida cotidiana. Cuando la profecía habla de la ira venidera, hay entonces una motivación a buscar la misericordia de Dios y a andar en santidad desde el presente.
2. Una segunda razón se refiere a que las predicciones de los profetas vienen de Dios, omnisciente y soberano sobre la historia.
3. Una tercera razón se relaciona con el hecho de que la predicción parece ser una parte integrante de la función profética. En Deuteronomio 18: 9 y ss. se habla de la diferencia entre el adivino, el agorero, el consultor de muertos, el sortílego, el hechicero y el profeta de Dios. El Pueblo de Israel estaba a punto de entrar en la tierra de Canaán y fue advertido de los agoreros y adivinos que encontraría allí y que iban a predecir el futuro; Moisés le habla al pueblo sobre el profeta de Dios a quien debían consultar y no a dichos adivinos.

Para ampliar este punto de la denominación, realicemos una revisión general de los términos y funciones del profeta en el Antiguo Testamento:

- a. El significado de profeta como portavoz de Dios aparece en Éxodo 7: 1: “Jehová dijo a Moisés: Mira, yo te he constituido dios para faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta”.
- b. El profeta actúa por el Espíritu de Dios. Números 11: 25-29 dice: “Entonces, Jehová descendió en la nube, y le habló: y tomó del Espíritu que estaba en él, y lo puso en los setenta varones ancianos; y cuando posó sobre ellos el Espíritu, profetizaron y no cesaron [...] Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su Espíritu sobre ellos”.

- c. Dios habla sobre los medios a través de los cuales habla al profeta; en Números 12: 6-8 dice: “Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él. No así a mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablaré con él, y claramente, no por figuras”.
- d. Dios habla sobre el cumplimiento de la profecía en Deuteronomio 13: 1-5: “Cuando se levantara en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciare señal o prodigios, y si se cumpliera la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma”. En Deuteronomio 18: 21-22 agrega Moisés: “Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que Jehová no ha hablado?; si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliera lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta”.

Si bien una de las pruebas del verdadero profeta de Dios es el cumplimiento de la profecía, como se establece en Deuteronomio 18: 21-22, esta no es la única y no siempre determina la veracidad y origen divino de la profecía. La prueba irrefutable de estas dos características de la verdadera profecía, veracidad y origen divino es su coherencia con la Palabra de Dios, con lo que Dios ha dicho; la profecía no puede contradecirla; esto es evidente en Deuteronomio 13: 1-5.

En este punto es importante detenernos en los verdaderos profetas y los falsos. Como vimos en el párrafo anterior, una prueba que identifica la profecía verdadera está en su concordancia con la Palabra de Dios; es decir, que la evidencia es, como afirma Bruce et al. (2003), de tipo teológico, y el caso de Moisés es un buen ejemplo en cuanto a la revelación que Dios le dio en Éxodo.

El falso profeta invita al pueblo a ir tras falsos dioses, de tal manera que enseñan la rebelión contra Jehová: “El profeta podía alegar que hablaba en nombre de Yahvéh, pero si no reconocía la autoridad de Moisés, ni aceptaba las doctrinas del éxodo, era un profeta falso” (Bruce et al., 2003, p. 1109). Jeremías 23: 9 y ss. también aporta luces al respecto:

1. El profeta falso es un hombre de vida inmoral (10-14).
2. No pone obstáculo alguno a la inmoralidad de otros (17).
3. El mensaje del falso profeta es un mensaje de paz, sin considerar las condiciones morales y espirituales que son básicas para la paz (17). El profeta verdadero busca detener la corriente del pecado y motivar al pueblo a la santidad (22); el profeta verdadero tiene un mensaje de juicio para el pecado (29); su mensaje sí es de paz, pero siempre plantea la santidad como condición. Jeremías afirma que los profetas falsos son hombres de testimonio prestado, autoridad fingida y ministerio autoasumido (30-32) (Bruce et al., 2003, p. 1110).

En Ezequiel también encontramos el tema de los falsos profetas (Ez 12: 21; 14: 11); dice que los profetas son guiados por su propia sabiduría y que no tienen Palabra de Dios (13: 2-3), hacen que el pueblo confíe en mentiras y los dejan sin recursos para el día de la tribulación (13: 4-7); su mensaje es de paz y optimismo superficial (13: 10-16); no tiene contenido moral (22). El verdadero profeta de Dios responde a la gente conforme a los requerimientos de la Palabra de Dios, confrontando las abominaciones de los corazones pecaminosos (14: 4-5), porque aquella siempre está contra el pecado (14: 7-8). (Otras citas al respecto en el Nuevo Testamento son las siguientes: 2 P 2: 1; 1 Jn 4: 1).

Si bien la predicción parece estar ligada a la profecía, en la Biblia encontramos casos de profetas que se refirieron al presente, pero cumplieron su función de exhortadores, de portavoces de la Palabra de

Dios: “Y cuando los hijos de Israel clamaron a Jehová a causa de los madianitas, Jehová envió a los hijos de Israel un varón profeta, el cual les dijo: Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Yo os hice salir de Egipto, y os saqué de la casa de servidumbre. Os libré de manos de los egipcios, y de mano de todos los que os afligieron, a los cuales eché de delante de vosotros, y os di su tierra; y os dije: Yo soy Jehová vuestro Dios; no temáis a los dioses de los amorreos, en cuya Tierra habitáis; pero no habéis obedecido a mi voz” (Jue 6: 7-10). Aquí no hay predicción sino solo amonestación según el recuerdo del pasado de lo ya dicho por Dios.

Finalmente, en cuanto a los profetas en el Antiguo Testamento, es necesario mencionar la época de Samuel, en la que se habla de compañías de profetas (1 S 10: 5, 10-12; 19: 20-24). También se mencionan los profetas de Baal que confrontó Elías (1 R 18: 13, 25, 40; 19: 1). En la época de Eliseo se habla de los hijos de los profetas (1 R 20: 35) (Otras referencias de los hijos de los profetas son las siguientes: (2 R 2: 3, 5, 7, 15; 4: 1, 38; 5: 22; 6: 1; 9: 1).

Veamos la síntesis de las características de los profetas del Antiguo Testamento, para más adelante ver cómo también se encuentran en Cristo (Martínez, 1987, pp. 300-307):

1. La autoridad y la fuerza de la Palabra de Dios. Esto se evidencia en la frase “Así dice Jehová”, que expresa el origen del mensaje en Dios mismo, y no del profeta; es producto de una revelación recibida. También encontramos frases como “Y vino a mí palabra de Jehová”. La fuerza de la palabra indica que no es una simple expresión verbal, sino que lleva un poder extraordinario de ejecución; es una palabra con cumplimiento infalible.
2. Denuncia del pecado. La predicación profética denuncia la rebelión, el pecado de los hombres y la nación, la rebeldía contra su Palabra que es la misma rebeldía contra Dios. Se denunciaba la injus-

ticia, la impiedad, la inmoralidad, la codicia, la mentira, el engaño, la idolatría, entre otros pecados.

3. Proclamación del juicio divino. Dios proclama el juicio contra la impiedad de Israel y las naciones; el pecado debe ser castigado, pues la soberbia del ser humano no puede ser aceptada. El juicio es la reiteración de la justicia de Dios.
4. Anuncio de salvación. La predicación profética también posee el elemento de la consolación que se refleja en los anuncios de salvación; se trata de la compasión de Dios que no es anulada por el juicio. Dios proclama su restauración siempre y cuando haya arrepentimiento.

7.1.1.2. Cristo como Profeta

Jesús desempeñó su función de Profeta antes de su encarnación. En el Antiguo Testamento lo ejerció como el Ángel del Señor, en las enseñanzas de los profetas en quienes actuó como el Espíritu de revelación (Berkhof, 1999, p. 426); la Primera Epístola de Pedro dice: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el *Espíritu de Cristo que estaba en ellos*, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 P 1: 10-11).

El oficio de Profeta después de la encarnación ya había sido anunciado previamente en el Antiguo Testamento. En Deuteronomio 18: 15 dice el Señor: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios, a él oiréis”. Esta cita de Moisés es retomada en el Nuevo Testamento por el apóstol Pedro en su discurso en el pórtico de Salomón y la aplica a Cristo (Hch 3: 20-22). Cristo actúa como profeta de las siguientes maneras:

1. En sus enseñanzas y milagros; en Lucas 24: 19 leemos: “Entonces él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús nazareno, que fue

varón Profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo”.

2. En la predicación de los apóstoles y de los ministros de la Palabra.
3. Y continúa su oficio profético mediante la operación del Espíritu Santo que habita en los creyentes.

La prueba bíblica del oficio profético de Cristo la encontramos en el Antiguo Testamento, en la cita de Deuteronomio 18: 25 mencionada anteriormente; en el Nuevo Testamento, por su parte, encontramos, además de este pasaje aplicado a Cristo, otros como los siguientes:

1. Jesús se autodenominó Profeta: “Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén” (Lc 13: 33).
2. Jesús declaró traer un mensaje del Padre, tal como en el Antiguo Testamento los profetas llevaban un mensaje de Dios al pueblo: “Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo. Pero no entendieron que les hablaba del Padre. Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo” (Jn 8: 26-28).
3. Jesús predijo eventos futuros: tal como se evidencia en Mateo 24: 3-35 donde el Señor da el discurso del Monte de los Olivos.
4. Jesús también habló con autoridad: “Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mt 7: 29).
5. Jesús realizaba obras poderosas que testificaron sobre la autenticidad de su mensaje; por ello, era reconocido como profeta de Dios. Esto se evidencia durante su entrada triunfal a Jerusalén, después de que el Señor había realizado hechos portentosos, milagros y prodigios: “Cuando entró él en Jerusalén, toda la ciudad se conmo-

vió, diciendo: ¿Quién es este? Y la gente decía: Este es Jesús el profeta, de Nazareth de Galilea” (Mt 21: 10-11).

6. Jesús denuncia el pecado. El Señor abiertamente denunciaba el pecado y proclamaba el arrepentimiento para salvación; no dudaba de confrontar a los escribas, fariseos y sacerdotes.
7. Jesús también proclamó el juicio divino. En el Discurso del Olive-te (Mt 24: 3 y ss.) encontramos un ejemplo claro; también cuando predicaba sobre el Infierno.
8. Jesús anunció la salvación. Él mismo es la salvación; durante todo su ministerio, su mensaje fue de salvación; y en el marco profético, dejó claro que el arrepentimiento, creer en Él y la obediencia a su Palabra llevaban a la vida eterna.

7.1.2. El oficio sacerdotal: obra de reconciliación o expiación

Hay una diferencia entre profeta y sacerdote, a pesar de que las designaciones provienen de Dios. Como anotábamos en páginas anteriores, el profeta es el representante de Dios ante el pueblo, es el que trae palabra, revelación e interpretación de estas al pueblo; mientras que el sacerdote es el representante del pueblo ante Dios; es el que habla en nombre del pueblo, es mediador.

En el Antiguo Testamento la palabra para sacerdote es *kohen* cuyo significado es incierto; sin embargo, denotaba una persona honorable y de responsabilidad, con autoridad. En el Nuevo Testamento el término usado es *hiereus* que se aplicaba a una persona dedicada a Dios. En Hebreos 5: 1 lo encontramos como “sumo sacerdote” *arhiereus*; y se nos describen además algunos aspectos sobre su persona y obra: “Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados” (Heb 5: 1). Los aspec-

tos que podemos extraer de este versículo sobre el sacerdote son los siguientes (Berkhof, 1999, 429):

1. El sacerdote es tomado de entre los hombres pues es su representante.
2. Dios designa al sacerdote: “Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón” (Heb 5: 4).
3. Está a favor o en beneficio de los hombres.
4. Su trabajo consiste en presentar ofrendas y sacrificios por los pecados. Además de esto, el sacerdote también realizaba otras obras:
 - a. Intercesión por el pueblo (Heb 7: 25).
 - b. Bendecía al pueblo en el nombre del Señor (Lv 9: 22).

Jesús es Mesías-Sacerdote y este oficio ya estaba profetizado en el Antiguo Testamento, “Juró Jehová, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre / Según el orden de Melquisedec” (Sal 110: 4). En el Nuevo Testamento se reitera: “Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús” (Heb 3: 1). La tarea de Jesús como Sacerdote consistió en ofrecer un sacrificio totalmente suficiente por el pecado del mundo. Él es el Cordero sin mancha ni contaminación que fue ofrecido una sola vez y para siempre, que quita el pecado del mundo. Cristo sustituyó en sí mismo los sacrificios que se ofrecían en el Antiguo Testamento; esto se enuncia en el Salmo 40: 6-8: “Sacrificio y ofrenda no te agrada; Has abierto mis oídos; Holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: He aquí, vengo; En el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, Y tu ley está en medio de mi corazón”. En el Nuevo Testamento se aclara cómo los sacrificios, los holocaustos y las ofrendas del Antiguo Pacto eran solo sombra de la nueva dispensación en Cristo; Hebreos 9: 23 dice: “Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales

fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos”; el escritor de Hebreos dice esto refiriéndose a Moisés cuando tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, y roció a todo el pueblo (Heb 9: 19); pero en Hebreos 9: 24-26 se aclara que Cristo hizo el sacrificio con su propia sangre: “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”.

7.1.3. El oficio real

Jesús como segunda persona de la Trinidad participa del dominio de Dios sobre todas sus criaturas; su trono está establecido en los cielos y su reino rige sobre todos. Cristo es Rey en:

1. El reino espiritual.
2. En el Universo.

7.1.3.1. Rey en el reino espiritual

Cristo reina sobre su pueblo, sobre su Iglesia (Ef 1: 22; 4: 15; 5: 23; Col 1: 18; 2: 19); Él gobierna los corazones y las vidas de los creyentes. Los que participan de este reino espiritual cuya cabeza es Cristo solo son los redimidos. Este reino espiritual es tanto presente como futuro.

7.1.3.2. Rey del Universo

Cristo administra de manera providencial y judicial todas las cosas; como Rey del Universo guía el destino de los individuos, de los grupos sociales y de las naciones, en interés de la Iglesia, protegiéndola

(Berkhof, 1999, p. 487). Jesús tiene autoridad para dominar todos los poderes, fuerzas y movimientos en el mundo.

Cristo es Rey ahora en el reino espiritual y en el Universo, será Rey durante el Milenio, pues cumplirá el Pacto Davídico; pero cuando haga los Cielos Nuevos y la Tierra Nueva, seguirá siendo Rey de estos eternamente y regirá todas las naciones por los siglos de los siglos.

7.2. Oficios de Cristo en el ministerio actual

7.2.1. El oficio de intercesor

Cristo es un sacerdote terrenal, pero también es un Sumo Sacerdote celestial. En el Antiguo Testamento el sacrificio se hacía en el altar de bronce y se quemaba incienso diariamente en el altar de oro, en el lugar santo, sobre brasas ardientes tomadas del altar de los holocaustos; esta quema de incienso simbolizaba la obra intercesora. Cristo se ofreció como sacrificio vivo, se convierte así en Sacerdote; pero también cumple dicha obra intercesora. En el Nuevo Testamento se usa la palabra *paráketos*, aplicada a Cristo; el mismo Señor usa este término para referirse a sí mismo: “Y yo rogaré al Padre, y os dará *otro Consolador*,¹ [*Paráketos*] para que esté con vosotros para siempre” (Jn 14: 16). En la Primera Epístola de Juan 2: 1 se afirma: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”; en la versión en griego, la palabra para “abogado” es *paráketon* (παρακλητον). Cristo es, pues, nuestro abogado, que nos defiende de las acusaciones de Satanás (Zac 3: 1; Heb 7: 25; Ap 12: 10).

La obra intercesora de Cristo está íntimamente ligada a la expiación que hizo por nuestros pecados. Así como el Sumo Sacerdote entraba en el lugar santísimo en el día de la expiación, Cristo entró, pero una

1 Los Padres griegos dieron a la palabra *paráketos* el sentido de “Consolador” y le dieron así prominencia al sentido secundario del término; pero el sentido principal es el de “uno que ayuda, un abogado, uno que aboga la causa de otro y que le da consejo”.

sola vez y para siempre, con un sacrificio completo para ofrendarlo al Padre. La presencia perpetua de este sacrificio contiene en sí mismo un elemento de intercesión, como recordatorio constante de la perfecta reconciliación efectuada por Cristo Jesús.

De igual manera, el pago de la deuda por el pecado que efectuó Jesús, y mediante el cual hizo justos a los creyentes en Él, forma parte de la obra intercesora de Cristo, puesto que Jesús anuló el acta de los decretos en contra del pecador, clavándola en la cruz (Col 2: 14); Satanás constantemente acusa al creyente y Cristo enfrenta todas las acusaciones, señalando su obra completa en el calvario (Berkhof, 1999, p. 478).

Un tercer elemento de la obra intercesora de Cristo se relaciona con la santificación gradual del creyente; Jesús santifica nuestras oraciones, las vuelve aceptables ante el Padre; por medio de Cristo, podemos ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios (1 P 2: 5).

Un cuarto elemento de la intercesión de Cristo por los creyentes es que nos ayuda en las tentaciones. La Epístola a los Hebreos 4: 15 dice: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”.

Finalmente, la obra intercesora de Jesús es la oración que el Señor hace a favor de su pueblo (Berkhof, 1999, p. 479). Esto se corrobora en la oración que hace Jesús por sus discípulos en Juan 17: “Mas no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” (Jn 17: 20). Cristo ora constantemente por nosotros, a pesar de que nosotros descuidemos la oración; Jesús ora para que seamos guardados del mal (Jn 17: 11-12, 15); para que seamos santificados (Jn 17: 17); para que tengamos unidad (Jn 17: 21-23); para que obtengamos la herencia perfecta en los Cielos (Jn 17: 24).

7.2.2. El ejercicio de la autoridad universal

En el Evangelio según Mateo 28: 18 Jesús dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la Tierra”. Esta potestad y autoridad de Jesús la ejerce en tres ámbitos:

1. Cuando participó en la creación de todas las cosas: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la Tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Col 1: 16).
2. En que Jesús tiene potestad para mantener todas las cosas en armonía: “Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (Col 1: 17).
3. En que Jesús después de su muerte, resurrección y ascensión al cielo está sentado a la diestra del Padre en los lugares celestiales y desde allí ejerce autoridad sobre “todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra” (Col 1: 21); además, a Jesús están sometidas todas las cosas (Col 1: 22). La autoridad de Cristo continuará hasta su segunda venida, cuando instaure el Reino Milenial y el Reino Eterno, pues en la Primera Epístola a los Corintios se nos dice claramente que Cristo entregará “el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (Col 15: 24-26).

7.2.3. Cabeza de la Iglesia

En la edad presente Cristo es la cabeza de la Iglesia: “y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia” (Col 1: 18); “y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Ef 1: 22). La Iglesia es la congregación de todos los salvos en el mundo ente-

ro que ha decidido aceptar y seguir a Cristo; no es la Iglesia organizada en un lugar específico; aunque en esta hay creyentes que forman parte de aquella. Cristo es la cabeza de los salvos de toda tribu, lengua y nación que integran la Iglesia; y por ello, Él es el que enseña a través del Espíritu Santo, Él es el que da los ministerios que la organizan y por supuesto Él es el que la sustenta y dirige.

7.2.4. Cristo como abogado

El abogado es el que defiende la causa de alguien. En la Primera Epístola de Juan se nos explica este oficio de Cristo: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Jn 2: 1). Cuando el creyente peca, lo que debe hacer inmediatamente en oración es confesar su pecado, arrepentirse, apartarse de ese pecado; y en estas acciones tenemos el Espíritu Santo de Dios quien nos redarguye y a Jesús quien es nuestro abogado que nos defiende delante del Padre.

El hecho de que tengamos a Cristo como abogado para defendernos cuando hayamos cometido algún pecado no quiere decir que el creyente tome una actitud irresponsable que lo lleve a creer que puede tener una vida pecaminosa. Es interesante ver que en la Primera Epístola de Juan 2: 1, cuando el apóstol dice “abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”, la primera parte del versículo dice: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis”; y en el versículo 3 leemos: “y en esto sabemos que nosotros le hemos conocido: en que guardamos sus mandamientos”. Como se observa, la Palabra de Dios es clara en lo que respecta a que el verdadero creyente guarda los mandamientos de Dios y no practica el pecado. Esto se corrobora en otros pasajes bíblicos en los que se nos enseña que sin santidad nadie verá al Señor y Dios nos manda a ser santos porque Él es santo (Heb 12: 14). De la misma manera, la Biblia nos enseña que el que está en Cristo nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas (2 Co 5: 17); debemos llevar una vida nueva, y esto im-

plica no seguir la vida de pecado antes de conocer a Cristo. La Palabra de Dios también nos enseña que debemos andar como Jesús anduvo (1 Jn 2: 6); y que no podemos practicar el pecado porque el que tal hace es del diablo (1 Jn 3: 6, 8, 9). El Señor también nos dice que debemos andar en el espíritu y no en la carne (Ro 8: 1).

7.2.5. Cristo preparando mansiones celestiales

En Juan 14: 1-3, el Señor Jesús dice: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros”. Una labor que Cristo hace ahora es preparar moradas para los creyentes; y para la Iglesia prepara mansiones no hechas de manos sino eternas en los Cielos.

7.2.6. El Cristo expectante

El Cristo resucitado y exaltado está a la espera de su segunda venida; en la Epístola a los Hebreos 10: 13 se expresa claramente esta expectación: “pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies”.

Bibliografía

- Almirudis, H. (1998). *Comentario de la carta del apóstol Pablo a Filemón*. Barcelona, España: Clie.
- Beasley-Murray, G. R. (1991). Resurrection and Parousia of the Son of Man. *Tyndale Bulletin*, 42(2), 296-309.
- Barclay, W. (1999a). *Comentario al Nuevo Testamento. Vol. 16: Apocalipsis I*. Barcelona, España: Clie.
- Barclay, W. (1999b). *Comentario al Nuevo Testamento. Vol. 17: Apocalipsis II*. Barcelona, España: Clie.
- Belch C. (1998a). *Tesoros escondidos: comentario gramatical y explicativo de Gálatas, 1ª y 2ª de Tesalonicenses, Apocalipsis*. Bogotá, Colombia: Centro de Literatura Cristiana.
- Belch C. (1998b). *Tesoros escondidos: comentario gramatical y explicativo de Romanos, 1ª de Corintios, 2ª de Corintios*. Bogotá, Colombia: Centro de Literatura Cristiana.
- Belch, C. (1998c). *Tesoros escondidos: comentario gramatical y explicativo de 1ª de Juan, Filipenses, Colosenses, Efesios*. Bogotá, Colombia: Centro de Literatura Cristiana.
- Benware, P. (2010). *Entienda la profecía de los últimos tiempos*. Michigan, EE.UU: Portavoz.

- Berkhof, L. (1999). *Teología sistemática*. Míchigan, EE. UU.: Libros Desafío.
- Biblia de Estudio Siglo XXI*. (1999). El Paso, EE.UU: Mundo Hispano.
- Boa, K. (2002). *Jesus in the Bible*. Nashville, EE. UU.: Thomas Nelson Publishers.
- Booker, R. (2016). *Celebrating Jesus in the Biblical Feasts: discovering their significance to you as a christian*. Shippensburg, EE. UU.: Destiny Image.
- Bruce, F. F., Marshall, I. H., Millard, A. R., Packer, J. I., Wiseman, D. J. y Powell, D. R. (2003). *El nuevo diccionario bíblico certeza*. Barcelona, España: Certeza Unida.
- Chafer, L. S. (1986). *Teología sistemática*. España: Publicaciones Españolas.
- Chase, M. L. (2017). A true and greater boaz: Typology and Jesus in the book of Ruth. *The Southern Baptist Journal of Theology*, 21(1), 85-96.
- Coenen L., Beyreuther E. y Bietenhard H. (1998). *Diccionario teológico del nuevo testamento*. Salamanca, España: Sígueme.
- Corner, D. (s. f.). *Cien títulos y nombres bíblicos de Cristo*. Recuperado de <http://www.alcanceevangelistico.org/nombres.htm>
- Couch, M. (1996). *Diccionario de teología premilenarista*. Míchigan, EE. UU.: Portavoz.
- Denney, J. (1909). *Jesus and the Gospel: Christianity justified in the mind of Christ*. Londres, Inglaterra: Hodder and Stoughton.
- Danyans, E. (2008). *Conociendo a Jesús en el Antiguo Testamento: cristología y tipología bíblica*. Barcelona, España: Clie.
- Demaray E. D. (2001). *Introducción a la Biblia*. Miami, EE. UU.: Flet.
- Duffield, G. P. y Van Cleave, N. M. (2006). *Fundamentos de teología pentecostal*. Foursquare Media.

- Fortner, D. S. (2007). *Discovering Christ in Ruth: Christ our Kinsman Redeemer*.
- Fruchtenbaum, A. (2005). *The results of the death of the Messiah*. San Antonio, EE. UU.: Ariel Ministries Digital Press.
- Gaebelein, A. C. (s. f.). *The book of Leviticus*. Recuperado de <http://biblecentre.org/content.php?mode=7&item=75>
- Grau, J. (1990). *Curso de formación teológica evangélica. Vol. 7: Escatología: final de los tiempos*. Barcelona, España: Clie.
- Grant, J. (2007). Christ ascended for us—"I have gone to prepare a place for you". *Evangel*, 25(2), 39-42.
- Grudem, W. (2009). *Teología sistemática*. Miami, EE. UU.: Vida.
- Harrison, E. (1980). *Introducción al Nuevo Testamento*. Michigan, EE. UU.: Libros Desafío.
- Hays J. D. (2016). *The Temple and the Tabernacle: A study of God's dwelling places from Genesis to Revelation*. Grand Rapids, EE. UU.: Baker Books.
- Hocking, D. (s. f.). *Christology: The doctrine of Jesus Christ*. Recuperado de <http://www.ntslibrary.com/Christology%20The%20Doctrine%20of%20Jesus%20Christ.pdf>
- Hocking, D. (s. f.). *The Angel of the Lord*. Recuperado de https://www.blueletterbible.org/Comm/hocking_david/christology/christology03.cfm%20recuperado%2019/12/2018
- Ironside, H. A. (s. f.). *The five offerings*. Recuperado de <http://www.bethelbaptistlondon.com/The%20Five%20Offerings.pdf>
- Kuen, A. (1993). *Introducción al estudio de la Biblia*. Barcelona, España: Clie.
- Lacueva, F. (1990). *Curso de formación teológica evangélica: escatología II*. Barcelona, España: Clie.

- Lacueva, F. (1990). *Nuevo testamento interlineal griego-español*. Barcelona, España: Clie.
- Lacueva, F. (1998). *Curso práctico de teología bíblica*. Barcelona, España: Clie.
- Lacueva, F. (2004). *Curso de formación teológica evangélica. Vol. 4: La persona y la obra de Cristo*. Barcelona, España: Clie.
- McDowell, J. (2004). *Nueva Evidencia que demanda un veredicto*. Colombia: Mundo Hispano.
- Maier, O. L. (1992). *Josefo: los escritos esenciales*. Michigan, EE. UU.: Portavoz.
- Martínez, J. (1987). *Hermenéutica bíblica*. Barcelona, España: Clie.
- Mathew, H. (1999). *Comentario bíblico*. Barcelona, España: Clie.
- Paley, G. D. D. (1984). *Las Epístolas de Pablo*. Barcelona, España: Clie.
- Keith, P. (s. f.). *Serious Omissions in the NIV Bible*. Recuperado de <http://www.kingjamesvideoministries.com/NIVOmissions.pdf>
- Pentecost, J. D. (1984). *Eventos del porvenir*. Miami, EE. UU.: Vida.
- Regan, D. (s. f.). *The Feasts of Israel: Do they have prophetic significance?* Recuperado de <https://christinprophecy.org/articles/the-feasts-of-israel/>
- Ryrie, C. (1993). *Teología básica*. Miami, EE.UU: Unilit.
- Santa Biblia. Anotada por Scofield*. (1996). Madrid, España: Ediciones españolas.
- Santa Biblia de Estudio Arqueológica* (2005). Miami, EE.UU: Vida.
- Santa Biblia. Reina-Valera 1960. Miami, EE. UU.: Sociedades Bíblicas Unidas.
- Scroggie, W. G., Demaray, D. E. y Lacueva, F. (1984). *Manual bíblico homilético*. Barcelona, España: Clie.

- Strong, J. (2002). *Concordancia exhaustiva de la Biblia*. Miami, EE. UU.: Thomas Nelson Publisher.
- The Historical Basis of the Christian Faith: The Resurrection of Jesus. (s. f.). Recuperado de <http://www.jesuschristonly.com/articles/denney/resurrection-of-jesus-christ.html>
- Trenchard, E. (1977). *Una exposición de la Epístola a los Gálatas*. Cursos de Estudio Bíblico.
- Trenchard, E. (1999). *Introducción a los Evangelios*. Grand Rapids, EE. UU.: Portavoz-Flet.
- Vine, W. E., Unger, M. F y White, W. (1999). *Vine: Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento exhaustivo*. Editorial Caribe.
- White, S. L. (1999). Angel of the lord: Messenger or euphemism? *Tyn-dale Bulletin*, 50(2), 299-305.
- Walvoord, J. F. (s. f.). *The Person and Work of Christ—Part XIV: Christ in His Resurrection*. Recuperado de <https://walvoord.com/article/94>

Doctrina de la Persona y Obra de Cristo

En este libro nos acercamos al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo mediante el estudio de su persona y obra en las Escrituras. Las indagaciones se plasman en 7 capítulos distribuidos así: Capítulo 1: "La doctrina cristológica en la historia", en el cual se analiza dicha doctrina en el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y en la historia humana. Capítulo 2: "Los nombres y títulos de Cristo" en el que se estudian algunas designaciones usadas para referirse al Señor en la Biblia, con sus respectivos significados. Capítulo 3: "Deidad y atributos de Cristo", en el cual se argumentan sus naturalezas humana y divina, los hechos que confirman su deidad y la unipersonalidad de Jesús. Capítulo 4: "El Ministerio terrenal de Cristo" donde se analizan los eventos de su nacimiento, los inicios de su ministerio, su predicación y enseñanza, sus milagros, al igual que la muerte, resurrección y ascensión de Cristo. Capítulo 5: "Los Estados de Cristo" en el que se estudia su preexistencia, encarnación, exaltación, su Segunda Venida y su reinado milenial y Eterno. Capítulo 6: "La obra de redención de Cristo: Expiación, justificación, reconciliación y salvación", en el cual se detalla cómo esta obra trajo salvación y vida eterna a la humanidad pecadora. Capítulo 7: "Los oficios de Cristo" en el que se analizan sus oficios de profeta, sacerdote y Rey, al igual que su ministerio actual. Esperamos que este libro sea un aporte a la cristología en habla hispana.



Sello Editorial
**UNIVERSIDAD
DEL ATLÁNTICO**

